



La configuración con Jesús en las Constituciones Escolapias

Miguel Ángel Asiain

COLECCIÓN
espiritualidad

**La configuración con Jesús
en las Constituciones
Escolapias**

Miguel Ángel Asiain

**La configuración con Jesús
en las Constituciones
Escolapias**

La configuración con Jesús en las Constituciones Escolapias
Autor: Miguel Ángel Asiain



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

ISBN: 978-84-7278-543-4

Depósito legal: M-30339-2018

Imprime: Gramadosa

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Presentación	7
Prólogo	9
1º La configuración con Jesús	11
2º La configuración con Jesús a través del seguimiento	25
3º La configuración con Jesús en la vida comunitaria	41
4º La configuración con Jesús por medio de la oración	59
5º La configuración con Jesús por medio del celibato	79
6º La configuración con Jesús por medio de la pobreza	97
7º La configuración con Jesús por la obediencia	113
8º La configuración con Jesús por el ministerio	131
9º La configuración con Jesús por medio de la formación	147
Epílogo: Retomar la vida	169

Presentación

Siento una profunda alegría y acción de gracias a Dios al presentar este nuevo libro del P. Miguel Ángel Asiain: ***“La configuración con Jesús en las Constituciones Escolapias”***. Es un libro que necesitábamos, porque apunta al centro de la vida de las Escuelas Pías, al secreto más profundo de nuestra identidad y al camino más certero para que nuestra Orden, en cada una de las personas que la componemos, en cada comunidad, en cada demarcación, pueda crecer en capacidad de vida y de misión.

Las Constituciones expresan y desarrollan las claves fundamentales de la vocación religiosa escolapia. Vivirlas, orarlas, profundizarlas, nos ayuda a todos a vivir con autenticidad nuestra vocación. Nuestras Constituciones buscan encarnar el Evangelio en la peculiar forma de vida engendrada en la Iglesia por San José de Calasanz, y ofrecen las pistas que nos pueden ayudar a ser auténticos seguidores del Señor como escolapios.

Por eso era tan necesario este libro que tienes en tus manos. Es un libro que analiza, a la luz de las Constituciones, cuál es el camino de configuración con Cristo que somos llamados a recorrer en nuestra vida escolapia. Estoy convencido de que, al leerlo y trabajarlo, iremos encontrando muchas y buenas orientaciones para ser mejores escolapios, y para acercarnos, con toda humildad, al ideal de toda vida cristiana y religiosa: vivir unidos a Cristo Jesús, haciendo de Él el centro de nuestra vida. La autenticidad de la Vida Consagrada es el fruto del proceso desde el que, poco a poco, vamos configurándonos con Cristo, el único Señor.

Sólo así podemos dar los frutos que somos llamados a dar, porque sólo *“el que permanece unido a mí... produce mucho fruto; porque*

*sin mí no podéis hacer nada*¹, y sólo «*quien pone a Cristo en el centro de su vida, se descentra. Cuanto más te unes a Jesús y él se convierte en el centro de tu vida, tanto más te hace Él salir de ti mismo, te descentra y te abre a los demás*²».

El libro va desgranando, capítulo a capítulo, ese desafío apasionante que tenemos planteado como escolapios: cómo podemos caminar, día a día, para ser cada vez mejores seguidores del Señor, conscientes de que esa es nuestra vocación. En cada capítulo encontraremos una reflexión sobre las claves espirituales que lo inspiran, sugerencias para inspirar y acompañar nuestro discernimiento sobre ellas, y propuestas metodológicas que nos puedan ayudar a caminar. Es decir, nos ayuda a entrar a fondo en lo que piden las Constituciones, nos facilita reflexionar sobre ello y nos propone algunas mediaciones que nos pueden ayudar para avanzar.

Por eso pienso que es un libro necesario y que va a producir frutos de vida y de misión en la Orden, porque nos va a ayudar a vivir desde el único centro. Esta es mi esperanza y mi convicción. Nunca olvidemos que *“es la totalidad del encuentro con Jesús lo que sostiene toda vocación. Sin ese encuentro, la vocación no es posible. Sin esa experiencia, mantenida fresca, joven y auténtica, no es posible seguir adelante. El encuentro con Jesús no es sólo la explicación de la primera decisión, es también la razón de la fidelidad. Si eso se pierde, se atenúa, se encorseta o se adapta a mis propias inconsistencias, se pierde la razón de nuestra vida*³. Porque, queridos hermanos, *“el seguimiento de Cristo es la norma suprema de nuestra vida*⁴”.

Gracias, Miguel Ángel, por este nuevo libro que nos ofreces, y que se une a la larga lista de regalos que, a lo largo de tu vida, has ido ofreciendo a los hijos de Calasanz. Gracias también por tu testimonio permanente, humilde y alegre de vida escolapia. Dios te bendiga.

P. Pedro Aguado Sch.P.

1 Jn 15, 5.

2 Francisco, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre Catequesis*, Roma, 27 septiembre 2013.

3 47º Capítulo General de las Escuelas Pías, 2015. “Discípulos y Testigos”. 2ª parte, 1.3.

4 Constituciones de las Escuelas Pías nº 17.

Prólogo

La configuración con Jesús es el culmen de la vida cristiana y, por tanto, de la vida religiosa. Dios se nos dio gratuitamente en el bautismo, haciéndonos hijos suyos. Ya cristianos, el seguimiento de Jesús ha constituido el afán de cada uno de nuestros días. Seguirle ha querido ser el empeño por vivir y obrar como él, por unirnos cada vez más a él, por asemejarnos a él. El cristiano tiene que decir como Pablo, para mí vivir es Cristo. El constituye el fundamento y lo fundamental de nuestra vida. Esa vida de seguimiento tiende hacia el objetivo final de la existencia, la configuración con Jesús.

En esta publicación queremos ver cómo nosotros, los escolapios, tenemos un camino de configuración con el Maestro, el de las Constituciones. Viviéndolas, obrando como piden, amándolas con el corazón y las obras, podemos llegar a la configuración con su Hijo, sabiendo siempre que esto es gracia que Dios nos da misericordiosamente.

La estructura del libro es sencilla. Se van recorriendo cada uno de los capítulos de las Constituciones, bajo la perspectiva de ver cómo contribuye cada uno de ellos a la configuración con Jesús. Cada capítulo está dividido en tres partes. La primera, la espiritualidad, pone de relieve en diez puntos la espiritualidad que está contenida en el capítulo correspondiente, que ha de ayudar al objetivo de la configuración.

La segunda, el discernimiento, en otros diez puntos que están en relación con los diez de la espiritualidad, busca hacer el discernimiento de lo expuesto en cada uno de los puntos de la parte primera, porque la espiritualidad ha de ser discernida si no queremos engañarnos, como a veces sucede en este campo.

La tercera, la metodología, indica, en otros diez puntos, correlativos a los diez de las dos partes anteriores, los medios que tenemos que emplear para que aprovechando el discernimiento, vivamos la espiritualidad que aparece en cada capítulo.

Así, pues, en cada capítulo tres partes, cada una con diez puntos, estando en relación cada uno de los puntos de las tres partes.

Al acabar de escribir este libro uno está todavía más convencido que la configuración con Jesús no se puede conseguir si él no nos la otorga por amor. Sólo su amor puede hacer que nazca en nosotros el amor hacia él.

También los Reyes Magos en su encuentro con el Niño de Belén y al ofrecerle sus dones, vieron en él al Rey de las naciones y en cierta manera se configuraron con él.

Zaragoza, 6 de enero de 2018

1º La configuración con Jesús

Dado que vamos a ver cómo por medio de nuestras constituciones se ha de dar la configuración con Jesús, es preciso en primer lugar, antes de entrar de lleno en materia, explicar brevemente lo que es para nosotros esa configuración con el Maestro, con nuestro Señor. Después lo veremos realizado en cada uno de los capítulos de la primera parte de las constituciones.

1. El centro de la vida

El eje sobre el que se configura la vida del cristiano es la persona de Jesús. Él es el centro de la vida. Desde el momento del bautismo, la vida ha de girar en torno a su persona. Tendrá una vida laboral, social, cultural, quizás política y la mayoría de las veces matrimonial. Es lo que ocupará la mayor parte de su tiempo, de su quehacer, pero lo más íntimo de su ser es que ha sido bautizado en el nombre de la Trinidad. Y por eso la trayectoria íntima de su ser está dominada por la filiación divina, hijo en el Hijo; por eso su vida se centra en Jesús.

De aquí que sea fundamental en la vida del cristiano el encuentro con Jesús. Si él es el centro, si él es quien ha de conducir la vida, si él ha de mostrar los caminos del Reino, si él ha de enseñar cómo se debe trabajar por el Reino, el cristiano ha de encontrarse con él, como les sucedió a los discípulos, a los doce en su vida.

Encuentro que puede ser de distintas maneras. Puede darse el *encuentro de salvación*. Puede suceder que el cristiano se vea en situaciones límites en su vida, en momentos decisivos de su existencia, entonces se encuentra con el Señor y se siente salvado. Pueden ser situaciones de enfermedad, pero también de pecado o amenazas de

muerte. Lo vemos tantas veces en los evangelios: una persona que está mal se encuentra con Jesús, se entabla un diálogo, cosa que no siempre ocurre, viene la palabra o la acción salvadora de Jesús y la persona queda curada y se celebra la salvación.

Puede darse también el *encuentro de relación*. En este caso la situación de la persona no es angustiada. O bien ella busca al Señor o, al revés, es el Señor quien va en su búsqueda, a su encuentro; pensemos en la samaritana. Este caso casi siempre tiene que ver con el discipulado. Aquí lo importante es la relación, el tú a tú personal, el seguimiento que es el resultado de semejante encuentro, y todos los sentimientos que van brotando en la persona como consecuencia de ese encuentro. Jesús suscita la fe y el seguimiento, aunque éste puede no ser aceptado, sino más bien rechazado por la persona. Y puede ser que en este caso el encuentro de Jesús con una persona, como la samaritana, sea motivo de otros muchos encuentros, de que mucha gente vaya a verlo y quizás creer en él.

Y está el *encuentro de mediación*. Aquí ya es diferente. En este caso la autoridad de Jesús se subordina a la autoridad de Dios. En este caso no se da un distanciamiento de Jesús de la persona, sino que ésta viene introducida en un nuevo modo de centralidad; Jesús es la auténtica mediación ante el Padre y el encuentro con él produce una gran dicha, la gran dicha de la vida porque pone a la persona en comunicación con el Padre de los cielos. Y ese es el gozo inmerecido de este encuentro de mediación. Jesús como auténtica mediación ante el Padre.

Estos encuentros con Jesús no son excluyentes, como si al darse uno de ellos no se pudieran dar los otros; de hecho pueden suceder en distintos momentos de la vida, a veces de una manera concatenada, llevando uno a otro; otras más distanciados en el tiempo. Lo definitivo de todo ello es que el centro de la vida del cristiano es Jesús y, en consecuencia, lo importante es el encuentro que tiene que darse con él. Cuando éste se da, uno siente que la vida se le inflama, que el corazón arde por dentro, que ha encontrado la dicha de su vida, lo que más ansiaba su corazón. La fe le lleva a una entrega sin límites.

2. El subsuelo del encuentro con Jesús

La persona se define por el amor. Dime a quién amas y, sobre todo, cómo amas, y te diré quién eres y cómo eres. El amor define a la

persona. Por eso, el encuentro con Jesús tiene una base afectiva. Y por eso es importante examinar la imagen afectiva que se tiene de Jesús. En este sentido se debe hacer una distinción; no hay que discernir tanto la imagen aprendida, porque desde pequeños o desde un cierto momento de la vida, dependiendo de personas y sus circunstancias, se ha enseñado o inculcado una determinada imagen afectiva del Señor; lo verdaderamente importante es la imagen de relación, la imagen vivida, la imagen que se hace vida. Porque puede ocurrir que por los estudios realizados, por las lecturas que uno ha hecho u otras circunstancias, se tenga una imagen bien elaborada del Maestro, pero que nada tiene que ver con la afectividad vivida; y, sin embargo, ésta es la imagen importante.

Por eso, ¿quién puede ser o cómo puede ser ese Jesús con quien se tiene relación? Para algunos Jesús es una especie de segundo Dios; un Dios que pasa aprisa por nuestro mundo; hay quienes han dado importancia a la Encarnación y a la Pascua, sin que ese Jesús dejara rastro profundo entre estos dos acontecimientos. Una de las grandes adquisiciones de la espiritualidad del s. XX ha sido recuperar al Jesús de la vida pública. Jesús es alguien que nació entre nosotros, que vivió una vida como la nuestra y que sabemos cómo acabó. A veces en los lenguajes coloquiales se habla de Dios y de Jesús con una indiferencia grande. Eso significa que no hay historia de Jesús, que no hay una imagen histórica de ese judío concreto.

Para otros, Jesús es simplemente un modelo de identificación. Lo mismo podían ser ellos cristianos que mahometanos como podían pertenecer a cualquier otra religión o a cualquier otra institución, porque no hay una profunda asociación entre sus creencias y sus vivencias íntimas. Entonces Jesús queda en el reino de las ideas, de los dogmas, de las creencias, pero no en el terreno afectivo de la persona, en lo más personal del ser humano. En este caso no se ha construido una verdadera relación con Jesús.

Para otros Jesús es el amigo cercano. En este caso sí que existe relación afectiva, pero diríamos que es una relación primaria. Sin duda es más válido vivir de esta manera con Jesús que no tener a un Dios lejano o a un Dios que se siente como amenaza. Pero no existe una verdadera relación afectiva. A veces se afirma que el Dios del AT es un Dios lejano, iracundo, que castiga, mientras que el Dios del NT es el Padre cercano. Pues bien, esto es una visión irreal, pura psico-

logización de Dios. Y la psicología no puede realizar la síntesis entre cercanía y distancia, humanidad y divinidad; eso sólo lo puede dar el Espíritu Santo. Y hay que tener en cuenta una cosa, que cuando se vive aferrado a las necesidades psicológicas preteológicas, se está impidiendo la auténtica relación con Jesús.

3. El desarrollo de la vida

En la vida del cristiano, en esta relación con Jesús que incluye el encuentro con él, tiene que darse un doble momento. El primero es más humano, el segundo más espiritual. Lo primero que necesita la persona, toda persona, es expandir la vida. Pasados los primeros años de la vida, llegada la adolescencia se le empieza a abrir de una manera especial el mundo, el horizonte. Empieza a comprender, es decir, a pensar, querer, vivir. El deseo se proyecta hacia ideales que nacen en su corazón. Le atraen muchas de las cosas que ve. Es el momento en que toda el ansia de su ser se abre al mundo y comienza la etapa de tener mundo propio, de querer intervenir de alguna manera en el mundo externo. Es la fase de expansión que durará años en la que la persona tiene su mundo, realiza las opciones fundamentales que van a constituir su existencia, opta por un estado de vida y vive, como decía Freud, del trabajo y el amor.

Pero para el cristiano llega un segundo momento, puede ser que adentrada ya su vida o quizás siendo aún joven. Se puede pensar en las diversas edades de personas como las que siguen: Teresa de Lisieux, Teresa de Jesús, Teresa de Calcuta, el P. Foucauld, Van der Meer y tantas otras personas. Es el momento en que se empieza a sentir que la vida se debe ir concentrando en Cristo el Señor. No es que ya no trabajen, es que el interior de la vida tiende a unificarse en Jesús, a concentrarse en él, se camina hacia una configuración con el Señor. El resto sin duda es importante, en él se ocuparán desde lo que Dios les pida, pero no es lo más importante. En su corazón ha nacido una nueva realidad, una nueva mirada, un deseo intenso de ser, de pertenecer completamente al Señor. Han sentido algo que no habían sentido nunca antes. Este hecho puede provenir de un acontecimiento irruptivo o puede ser el resultado de un largo camino que ha ido conduciendo el Señor sin que la persona se diera cuenta. Resultado, el deseo de configurarse con Jesús, de unificarse en Él, de concentrarse en Él.

Este paso implica otro paso importante, y es que mientras en un primer momento se vivía la fe como ideología, en el segundo momento se vive como auténtica vida.

La fe como ideología es la capacidad de asimilar creencias, modos de conducta, valores, ideales porque suscitan interés vital. Esta capacidad de asimilar lleva a identificarse con ellas y muchas veces es la causa de las opciones que se toman en la vida. La ideología se busca porque da seguridad y crea convicciones. Y en los Institutos religiosos se hace fuerte hincapié en ella porque se quiere crear identidad en quienes pertenecen a ellos. Y cuanto más cerrados son los Institutos, más cuidan la ideología y la asimilación de la misma. Basta que examinemos nuestra vida para darnos cuenta de esta verdad.

Pero esta manera de vivir la fe tiene una grave dificultad y es que la ideología jamás transforma a la persona. Sí que puede tener algún elemento positivo, por ejemplo puede hacer a las personas más abiertas, menos rígidas, puede incluso cambiar las referencias doctrinales, pero jamás cambia el centro personal. Con los años se seguirá reproduciendo el equipamiento que se adquirió siendo jóvenes, pero la ideología nunca cambiará en el ser las raíces personales, lo más profundo de la vida, aquello donde se juega la vida ante Dios.

De ahí la importancia de que lleguen las crisis. Sólo por medio de ellas se puede salir de la ideología y dar el salto a una fe verdadera. No que sea fácil, pero nada hay más importante que dejar de vivir la fe como ideología y llegar a vivirla como vida que transforma el ser. Por eso quien no ha vivido crisis, no puede comprender muchas cosas, y el no vivirlas no es signo de ser mejor o de vivir más cercano al Señor.

Crisis que pueden ser (por poner algunos ejemplos): de la autoimagen cuando quizá después de bastantes años luchando y esforzándose, la persona se da cuenta de que ya no puede vivir de ideas ni de proyectos. Todo esto no le lleva a ningún resultado positivo. Entonces la persona se siente sin base, desnuda, desprotegida, con la necesidad de encontrar un nuevo fundamento. Y lo busca de manera desesperada.

O crisis producidas por decepciones personales, que pueden ser de muchos tipos, pero que poseen el denominador común de que ayudan a salir del hueco en el que se encuentra la persona. Y son por eso un bien para la persona. Benditas crisis.

O bien el encuentro real con el Evangelio. Encuentro que si es auténtico le hace a la persona tomar conciencia de lo que es real y de lo que son meras fantasías, deshacer los montajes de fe que ha ido construyendo, haciéndola experiencia real. Es preciso desmontar todo lo vivido con anterioridad para encontrar a Dios como el fundamento de la vida.

Y entonces ocurre el paso de la fe como ideología a la fe como vida. He aquí algunos rasgos de esa nueva fe.

Primero, ser uno mismo, obedeciendo a Dios como fuente de la propia libertad.

Segundo, ser auténtico. Autenticidad entendida como ser fiel a uno mismo, prefiriendo verdad a seguridad. Es algo muy importante y que, por desgracia, suele faltar mucho en los Institutos religiosos. Estos con frecuencia buscan dar identidad pero como suelo de seguridad, y se empeñan en no dejar que la persona viva a la intemperie en muchas ocasiones, ni que sea fiel a sí misma, aunque pueda equivocarse.

Tercero, la soledad. Cuando uno no se apoya en sus sistemas ideológicos, se encuentra con la propia soledad. Así cuando descubre su unicidad personal y quién es, quiere ser fiel a sí mismo y se libera de las expectativas del grupo ideológico al que pertenece, entonces está condenado a la soledad. Pero es una soledad que al final ha de ser soledad habitada.

Cuarto, descubriendo a Dios. Es decir, hay un comienzo, al inicio suave, de descubrir el mundo teologal, y poco a poco, esto va configurando todo su ser al de Cristo el Señor. Hará cosas, pero el centro es el Señor. Trabajaré, pero su corazón le pertenece a él. Se dará a los demás, pero en lo más recóndito de su ser, se va configurando, uniendo al Señor. Porque es el Señor a quien de verdad pertenece, y la pertenencia es un elemento fundamental. Puede seguir haciendo lo mismo que hacía antes, pero todo es distinto. Y entonces se comprende la inmensa distancia entre función y misión. Quien no es capaz de distinguir ambas cosas, aún vive ideológicamente.

Quinto, así nace la libertad de conciencia que hace que la persona tome auténticas decisiones, que no responden a modelos de conducta aprendidos. La capacidad de decidir en conciencia es un buen test para darse cuenta de la desideologización.

Sexto, es el momento de dejarle a Dios la iniciativa de la vida, perder el autocontrol, y esto libera de sistemas de seguridad, sobre todo espirituales. Es el Señor el dueño de la vida y él obra con cada uno según su designio de amor, y el creyente no puede hacer otra cosa que abandonarse a ese Dios que ha entrado de esa manera en su vida.

4. Unificar la vida

Todo lo dicho lleva a unificar la vida. Momento importante del proceso espiritual. ¿Qué se quiere decir con “unificar”? La unificación para un cristiano está en que su corazón queda totalizado y polarizado por Dios. Ya lo dijo Jesús: “donde está tu tesoro allí está tu corazón”. La unificación significa concentrar las energías en un centro vital, en un amor que totaliza, y que aquél a quien se ama da sentido a la vida. Con frecuencia no se unifica la existencia, el corazón en Jesús porque se busca que la vida sea un combinado controlado en el que Dios también tiene su sitio, pero lo que tiene, en el fondo, es simplemente una parte del corazón.

La persona se implica en muchas realidades, tiene trabajo, se compromete con muchas acciones en sectores distintos, pero si de verdad quiere hacer un proceso de unificación en Cristo Jesús, tiene que aprender a distinguir lo que centra el corazón de lo que ocupan en su vida muchas otras realidades, a las que también ama, por las que se interesa, por las que trabaja y que pueden interesarle vitalmente, pero que no centran el corazón. Es importante todo esto para que la vida en ese segundo momento al que nos hemos referido antes, vaya unificando la existencia en Cristo Jesús o, como hemos indicado en el título de este capítulo, se vaya dando la configuración con Él.

¿Cómo puede una persona saber que su vida tiende a esa unificación con Jesús? ¿Qué elementos son importantes percibir para saber que se va por buen camino y que Dios va conduciendo la vida hacia esa configuración con Cristo que ha de ser el deseo predominante de todo cristiano y de todo religioso, al menos desde el segundo momento de la vida antes señalado? Indico algunos aspectos que hay que atender.

Uno, la persona siente por dentro que emerge el deseo de Dios, el deseo de ser uno con él, el ansia de pertenecerle. Es un elemento

que no se da de la misma manera en todos, ni en todos tiene por qué darse. Recordemos el libro de los Hechos: Dios abre el corazón de algunas personas para que crean, pero no el de todas. Es decir, creyeron aquellos que de antemano habían sido elegidos. Dios elige libremente, da, entrega, escoge, pero eso lo hace para que todos sepan que Dios obra amando a todos. Pero también es cierto que no se puede nivelar a todas las personas.

Segundo, hay que discernir lo que ocurre en la propia vida, porque de nuevo los acontecimientos no ocurren en todos de la misma manera. Por ejemplo, sucede una desgracia en una familia, la madre se abre a Dios y el padre lo rechaza, o al revés; oran tres personas, una está pendiente de controlar, otra está obsesionada por el método y la tercera por conseguir gratificación en la oración; unos se resguardan de Dios y ponen un cierto escudo ante sus llamadas, y otros comprenden que tienen que desprotegerse ante el Señor y emprender el camino que él va marcando. En consecuencia, no pueden unificar la vida o, mejor, no se dará la unificación de la vida, la configuración con Cristo lo mismo en unos que en otros, y quizás a veces se ponen tales obstáculos que no se puede dar semejante unificación.

Tercero, hay que estar atentos a las intuiciones que van apareciendo en el corazón. Se suelen dar con frecuencia en quienes trabajan su proceso de fe constantemente. Es señal que empiezan a hacer la síntesis propia de la fe. Ahí es donde se empieza a jugar la auténtica vida espiritual. El Espíritu Santo suscita intuiciones en el corazón que tienen que ver con la vida del espíritu, con el Jesús de la existencia. Con frecuencia esas intuiciones señalan y ayudan a realizar un camino; quiero decir que pasan de ser menos claras a ser más evidentes. Hay que estar muy atento a esto.

Cuarto, pero lo principal aparece cuando se vive el primado de la relación con Dios en la vida. La vida le ha llevado a uno por muchos lugares, acciones, responsabilidades, trabajos; ha pisado muchos terrenos; a veces se ha alejado de su Señor y otras ha tratado de acercarse a Él; pero no siempre el Dios de su vida era la vida de su vida, Dios era importante, pero no lo importante, significaba, pero no era lo significativo de su existencia. Hasta que llega el momento, gracia del Señor, en que nota que lo fundamental va siendo el primado de Dios en su vida. Todo lo demás es secundario. Quien de

verdad importa en la vida es el Señor. Y es que el primado de la vida cristiana está en la fe, la esperanza y el amor a Dios. Tres realidades totalmente intercomunicadas. Quien tiene fe, espera contra toda esperanza y eso es señal de que ama. Quien espera de verdad, no desespera aunque la espera sea larga y aburrida, y en ese acto ama y manifiesta su fe, su confianza. Quien ama, sin duda confía, y porque confía espera lo que sea necesario; esa espera es ejercicio de fe.

Estas virtudes teologales no responden a métodos, sino que las tiene quien confía y se entrega. Sólo cuando uno hace el acto de fe, descubre la presencia de Dios. No hay ningún método de interioridad de los muchos que se proponen que produzca la presencia de Dios, sólo la fe, aunque hablando exactamente, tampoco la fe capta la presencia de Dios, sino lo que hace es percibir lo que se da, y se da esa presencia de nuestro Dios.

Por lo tanto hay que implicarse en las tareas y en las funciones desde el corazón. Y la unificación depende de eso.

Definitivamente para llegar a la unificación en Dios, a la configuración con Cristo, recordando que siempre es gracia, ese proceso de unificación y configuración obliga a una concentración. Para lo que es bueno un auténtico camino de oración que ayude a la concentración. Lo veremos más adelante, en uno de los capítulos. Camino de oración que ha de ser a la medida de cada uno, sencillo, constante y que mantenga el corazón en la misericordia divina.

5. El camino de la fe

Hay muchas personas que para realizar ese camino acuden a la interioridad como si de ella dependiese el auténtico encuentro con el Señor y fuese la rampa de lanzamiento para la unificación con Jesús. Y sin embargo no es así. Porque la relación afectiva con un tú produce más interioridad que los procesos de autoconciencia. Influye todo: el autoanálisis, el desarrollo interior, la entrega al prójimo, las actitudes éticas, pero nada hay más transformante que la relación afectiva. Todo es importante, todo influye, pero nada transforma más que la relación afectiva interpersonal. De ahí la importancia que daremos constantemente en los capítulos siguientes a la afectividad con Dios, con el Señor de nuestra vida, porque sin afectividad teologal todo cae en el vacío.

No hay una realidad que me transforme tanto como la relación afectiva personal con el Dios de Jesús, que quiere y puede relacionarse conmigo personalmente. Nuestro Dios busca la relación afectiva con nosotros. Por eso es preferible desarrollar la interioridad a través de la relación afectiva, aunque para comenzar a desarrollar esa relación afectiva hacen falta ciertos presupuestos psicológicos, sin tener que llegar a ninguna interioridad elevada.

Es importante que seamos lúcidos sobre estos dos caminos: el de la interioridad y el de la fe. Las claves del camino de la interioridad son las siguientes:

- la sabiduría está dentro de ti y no tienes que buscarla fuera. A partir de ahí se desarrollan técnicas de interioridad, como son el yoga o el zen, la meditación transcendental, donde los maestros orientales son únicos, admirables. Esto posibilita un desarrollo de la conciencia a niveles superiores, que no está a merced de los estímulos externos ni de los discursos mentales. Cuando llega el momento de la iluminación posibilitará la ruptura del nivel de conciencia. Es un modelo de persona que merece la pena. Es la grandeza de los maestros del Oriente y la razón de porqué mucha gente los sigue;
- las claves de la fe son la alteridad y la relación interpersonal. En el camino de la interioridad no existe alteridad, pero para la fe es el punto de partida de todo: Alguien distinto, el Otro, la alteridad. La transformación se hace por relación afectiva, entendiendo afectividad la capacidad de ser afectado por un tú, por otro que es importante en la propia vida.

En este proceso afectivo hay etapas de maduración afectiva:

- se empieza por una relación infantil: se le busca a Dios desde el sentimiento primario para estar a gusto. Etapa necesaria. Ocurre en los primeros momentos del camino personal. De esta relación infantil
- hay que pasar a una relación madura vinculándose al otro, que éste me importe, reconocerle como lo mejor que me ha ocurrido, “conocer tu amor es el tesoro por el que merece la pena vender todo lo demás”, como dice el Evangelio; en el

fondo es, de manera humana simplemente, lo que ocurre entre los enamorados;

- después se pasa a una relación muy peculiar, más que madura. Es la vida teologal, vivir bajo la iniciativa de Dios, saber a quién se pertenece, y se da fundamentar la vida en Él.

Pero hay que empezar por donde estemos. Mucha gente adulta vive una afectividad religiosa propia de los años infantiles. Atención a esto, la afectividad solo cambia afectivamente. Hay gente que inconscientemente tiende casi siempre a poner barreras al tú, protegiéndose, para que no le roben su “yo”. El Dios cristiano se nos ha acercado libremente para hacer una historia de amor con nosotros. Nos llama personalmente, y se nos revela a sí mismo a través de ella. La oración, entendida y vivida como relación personal con Él es vital.

Por tanto hay que optar: la interioridad o la fe. No son incompatibles, la interioridad puede ser un paso previo. Pero todavía no es relación, por lo que no hay alteridad.

6. *Cómo prepararse a vivir esta configuración*

Elemento indispensable para hacer ese camino es, sin duda, vivir en autenticidad. Si no se es auténtico, no se puede hacer el proceso de fe que llegue a la configuración con Jesús. Cuando hablo de autenticidad es preciso aquilatar a qué nos referimos. No hablamos de la autenticidad moral, sino de la existencial. La primera se refiere al comportamiento; significa que se es coherente entre lo que se piensa y lo que se hace. Que uno no se engaña o engaña a los demás. Tenemos que confesar que en la moral católica y, en consecuencia, en sus instituciones, en los seminarios o casas de formación de la vida religiosa, tanto masculinas como femeninas, se ha insistido con fuerza y exclusivamente en esa autenticidad. Ser auténtico equivalía a ser coherente, a cumplir con perfección lo ordenado, a lo que se definía como “ser bueno”.

En cambio cuando hablamos de autenticidad existencial, nos referimos a algo no objetivable. Para vivir esa autenticidad se requieren algunos presupuestos que no son fáciles de llevar a la práctica, de asimilar y, sobre todo, de vivir de verdad. Y es que esta autenticidad existencial presupone por una parte que la persona toma la vida en

sus manos; es decir, se hace sujeto de su propia existencia. Y, por otra, se requiere que no se conciba la libertad como simple responsabilidad que se somete a un orden de quien tiene una autoridad suprema, como es Dios, o no suprema, como cualquiera otra restante autoridad, sino como algo a conquistar en relación directa con la maduración de la misma persona. Y estos dos elementos no se han propiciado en las Instituciones religiosas; diría que han sido olvidados, si no excluidos como algo no conveniente para la persona.

Con esto no queremos confundirla con un auténtico capricho, nada más lejos de nuestro pensamiento. Es más bien vivir la experiencia de incondicionalidad que tiene la propia vida. O, dicho de otra manera, que nadie puede responder por uno mismo, sino sólo él mismo. En consecuencia, esta autenticidad va en contra de la búsqueda de seguridad a la que tiende a aferrarse con fuerza quien siente que sus pies no se apoyan en algo firme y sólido. Pero es que el espíritu de verdad está por encima de la búsqueda de cualquier seguridad. Lo que importa no es tranquilizar la conciencia a partir del cumplimiento de una observancia, de una práctica, de lo mandado sea por quien sea, sino vivir el riesgo de ser fiel a sí mismo por encima de normas e ideologías de cualquier clase que sean. Si no existe esta autenticidad, no se puede hacer el proceso hacia una unificación con Jesús, hacia una configuración con él, hacia una condensación de la vida en él. Y esto es muy importante y no se suele atender mucho en formación.

7. Necesidad del discernimiento

Para recorrer todo el proceso que lleva a una persona a la configuración con Jesús, es preciso e instrumento fundamental, el discernimiento. Porque discernir es hacer en todo lo que más agrada al Padre de los cielos. Todo cristiano, y ahora nos estamos refiriendo al que hace el proceso del que estamos hablando en estas páginas, tiene que buscar sólo a Dios, su reino y su servicio. Y esto quiere decir que debe actuar con total rectitud en todas las eventualidades agradables o menos de su vida; es necesario que busque los intereses de Jesús y no los propios. Su único criterio ha de ser buscar y hallar la voluntad de Dios y debe empeñarse en esto. Si lo hace de este modo llegará al ansiado puerto que busca con tanto ardor. Discernir requiere dejar de lado lo que no sea según Dios, según el evangelio,

según la propia conciencia, porque Dios se revela a la conciencia de cada persona. El discernimiento depende de muchos factores que le ayudarán en ese ejercicio: la lectura de la Palabra con aplicación a la propia vida; el consejo de un hermano a quien acude porque conoce su santidad y sabiduría, o sabe que ha pasado por los trances por los que está pasando él; si es religioso, el superior que es también una instancia en la búsqueda de la voluntad de Dios, y si es laico muchas veces el diálogo con la propia pareja cuando los dos se ponen en las manos de Dios y suplican su ayuda, y de otras muchas maneras.

Una cosa es cierta, si se hace el discernimiento con pureza de corazón, en oración, con humildad y sencillez, invocando la intercesión del Señor, Dios manifestará su voluntad, su querer e indicará el camino a seguir; sólo queda que la persona siga ese camino con ánimo y de corazón.

8. Partes de este libro

Dicho todo lo anterior, se comprenden los ejes que constituyen cada uno de los capítulos de la presente obra. El objetivo último es señalar el camino hacia la configuración con Cristo a través de las constituciones escolapias. Cada uno de los capítulos señalará una línea de ese camino. Y en esa línea constantemente señalaremos tres aspectos necesarios para recorrer el camino, como hemos indicado en el prólogo. El primero, el aspecto espiritual que se contiene en el capítulo correspondiente, para captar mejor su contenido; el segundo, el discernimiento de lo que se dice en el capítulo y que se ha expresado en el aspecto espiritual, ya que el discernimiento es necesario para la aplicación a la propia vida del elemento que se trate; y, en tercer lugar, la metodología, o cómo se puede llegar, recordando que todo es gracia, o cómo se puede trabajar por hacer realidad en la persona el elemento espiritual, discernido en el segundo momento. Con el conjunto de capítulos queremos indicar el camino a recorrer que presentan las constituciones escolapias para llegar a la configuración con Cristo, elemento supremo de la vida cristiana y religiosa.

2º La configuración con Jesús a través del seguimiento

1. Espiritualidad

1. No hay configuración sin seguimiento. Quien desee llegar a la unificación con Jesús, a una configuración con él es preciso que se ponga en su seguimiento. Seguimiento que es el inicio del proceso que ha de realizar para llegar al objetivo que pretende. La configuración con Jesús es gracia que él concede a los pequeños y a los humildes. Por eso seguirle es hacer lo que pidió en el evangelio: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré, porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”. Si la configuración es gracia, también el seguimiento. Esto incluye la elección por parte del Señor. No se le puede seguir si no se es elegido. La elección es el impulso que se recibe para ir detrás de él. Así se manifiesta en los evangelios: elige a quienes pide que vayan y vean dónde y cómo vive; elige a quienes ve remendando las redes de pesca con su padre; elige a uno que está detrás de una mesa de impuestos. Siempre es elección.

No se le puede seguir por las propias fuerzas, por propio empeño, por una decisión personal. La iniciativa siempre le corresponde a él. No hay nada en la persona que merezca esa iniciativa de llamada, porque no elige a los mejores o más sabios o más preparados o a los que lo desean; no, elige siempre a los que él quiere. Llamó a los que quiso para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, dice el evangelio. La elección es lo más grande que puede sentir una persona. Pero no pensemos que la elección de unos incluye exclusión de los demás. El elige a todos aunque para distintos puestos,

para misiones diferentes, y en todos los casos esa elección es manifestación y plasmación de su amor. Y cada uno ha de vivir con amor de respuesta en el lugar donde le ha situado el amor de llamada que ha recibido. Por eso, cuando llama hay que seguirle y empezar el proceso de vida que ha de terminar en la configuración con él.

2. Este seguimiento de Jesús es obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo se nos da para que podamos amar al Padre y al Hijo, para que nuestra vida pueda ser una vida de hijos en el Hijo. Si el Espíritu Santo es el amor entre las dos personas de la Trinidad, poseer el Espíritu es tener la posibilidad de amar intensamente a los dos. El Padre es amado por la gracia del Espíritu que se nos ha otorgado; el Hijo es amado porque el Padre nos concede el Espíritu para que podamos amar a su Hijo querido. Es el Espíritu quien nos une íntimamente a los dos. Por eso, para vivir el seguimiento de Jesús, hay que poseer el Espíritu Santo, lo que es gracia. Y, en consecuencia, para realizar el proceso, para recorrer el camino que lleva a la configuración con Jesús, es preciso tener el Espíritu divino.

Posesión en ambos sentidos, por una parte que nosotros poseamos el Espíritu, y esto es una inmensa gracia porque sólo se puede poseer si el Padre lo otorga, y, por otra, que él nos posea, nos introduzca en su vida, en su realidad, que no es otra que el amor. Por eso, el seguimiento se realiza en el amor, la configuración con Jesús se vive en el amor. El Espíritu Santo viene con mucha frecuencia olvidado en la vida cristiana y religiosa, y hay que volver una vez y otra a él, implorar su presencia, pedir su venida, suplicar su estancia en nosotros. Ven Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Al Padre sólo se puede ir por el Espíritu Santo, porque a él se llega por el amor del Hijo, amor que no es otro que el Espíritu Santo. Y lo mismo, al Hijo se llega por el Espíritu Santo, porque nadie conoce, ama al Hijo sino aquel a quien el Padre le concede esa gracia y amor, es decir, el Espíritu Santo. De ahí la íntima interrelación de las tres personas de la Trinidad.

3. Hablamos de seguimiento, pero para seguirle de verdad hay que dejar todo. Esto está claro en el Evangelio. Dejaron las redes, dejaron la familia, dejaron el trabajo en el que estaban, la mesa de impuestos, dejaron una vida que no era según Dios porque el que cobraba impuestos se aprovechaba de su situa-

ción para esquilmar cuanto más podía a los demás, por eso eran personas tan odiadas. Si alguien quiere compaginar lo que tiene con el seguimiento, escuchará la palabra del Señor, vende lo que tienes y después sígueme, y si no lo hace, no logrará seguir los pasos del Maestro. Hay que estar ligero de equipaje, libre de ataduras, abierto al camino que hay que hacer. De lo contrario ese camino viene entorpecido, no se puede avanzar con ligereza, no se está libre para ir a donde quiera el Maestro con la libertad que concede el haberlo dejado todo.

Pero no sólo hay que dejar las cosas, el trabajo, lo que uno hace, el tiempo y la familia; el Señor pide algo más profundo, hay que dejarse a sí mismo. Lo importante ya no es uno mismo, sino Jesús. Lo que debe ocupar el pensamiento, no es la propia preocupación, sino el modo de seguirle mejor y no rezagarse en el camino, de manera que uno pueda perderlo de vista. Lo importante no es lo que conviene a uno mismo, sino lo que le importa a él, a sus deseos. Y dejarse uno mismo es mucho más difícil que dejar las cosas. Porque la persona al no poseerse pierde su seguridad, queda sin fundamento sensible, sin lugar donde aferrarse. Y le puede dar la sensación de perderlo todo, de hundirse. Y, sin embargo, así hay que seguirle.

4. Seguirle no es lo mismo que imitarle. Quizá fue lo mismo en los primeros tiempos del cristianismo, cuando Pablo escribía sus cartas. Pero es que entonces la imitación no tenía el sentido mimético que fue adquiriendo después. Ocurrió que poco a poco la vida concreta de Jesús se hizo norma de vida. Se trataba de imitar a Jesús de una manera literal. Y de ahí la famosa pregunta que se solía hacer con frecuencia, ¿cómo obraría Jesús en esta determinada situación en la que yo me encuentro? La creatividad del Espíritu era subordinada a la reproducción o, mejor, a determinada representación de la vida de Jesús, interpretada según los conocimientos históricos y los intereses ideológicos del tiempo.

Pero había que superar este evangelismo. Basta para ello profundizar en el NT. Por ejemplo, en Pablo, la imitación sí es de Cristo, pero sin referencia a ningún recuerdo histórico de Jesús. De hecho cuando él afirma que “hay que tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús”, no alude a ningún pasaje evangélico, sino a la actitud existencial básica que atraviesa toda la existencia del Maestro. Por

eso, más que de imitación hay que hablar de seguimiento, dando a entender que la vuelta al evangelio no es imitación-reproducción, sino ser discípulo.

5. Escuchemos a San Juan de la Cruz durante estos capítulos: “¿Adonde te escondiste,/ amado, y me dejaste con gemido?/ Como el ciervo huiste,/ habiéndome herido;/ salí tras ti, clamando, y eras ido./ Pastores, los que fuerdes/ allá, por las majadas, al otero,/ si ido por ventura vierdes/ aquél que yo más quiero,/ decidle que adolezco, peno y muero”.
6. Para nosotros el seguimiento tiene una determinada concreción. Por una parte es la norma de nuestra vida, pero semejante norma se hace realidad en aquello a lo que Jesús nos ha llamado en la Iglesia, que es la evangelización de niños y jóvenes, ante todo de los abandonados. El seguimiento no se hace en la línea de un amor abstracto, se concreta en acciones determinadas que tienen como foco iluminador el carisma de Nuestro Santo Padre. No tenemos otra manera de seguirle, pero siempre que esas acciones no sean simples trabajos o funciones que pueden realizar otras muchas personas; han de ser para nosotros ejercicio de nuestra misión. Y misión no es lo mismo que tarea, aunque puedan coincidir en la materialidad de lo que se hace; la misión tiene una dinámica interna que la diferencia completamente de la tarea o el trabajo.

Quien no acierte a distinguir en su vida trabajo y misión, es que vive preteologalmente y no ha dado aún el salto a lo teologal en su vida. Función y misión se pueden vivir como si fueran lo mismo, pero no lo son. Basta acercarse a la experiencia y vida del Fundador.

7. El seguimiento comporta cruz. No se le puede seguir a Jesús si no es recorriendo la misma senda que él hizo. Hay que acompañar al Señor al Tabor para contemplar su Pasión como Glorificación. Nuestra tentación es siempre la de Pedro, aferrarnos al final feliz, pasando de largo el sufrimiento. Escuchar la voz del Padre que dice “Escuchadle”, es lo mismo que oírle decir, “dejad atrás el deseo, a la luz de la fe en mi Hijo; seguidle aunque no entendáis nada”. Pero por eso mismo hemos de pedir constantemente al Padre que consolide nuestra fe en Jesús, que nos atraiga a él.

Y al mirar a Jesús como nos pide el Padre nos damos cuenta que él insiste una y otra vez en que hay que renunciar a todo, que hay que preferir y buscar el último puesto, como los niños a los que servimos. Esta es la sabiduría existencial del seguimiento, que el amor de Jesús nos identifique teologalmente con su camino de cruz. Que el amor a Jesús pase a ser progresivamente amor de fe y no simple deseo nuestro. Que la indiferencia espiritual sea lugar de identificación de amor con las preferencias de Jesús: pobreza, pequeñez, servicio y olvido de sí mismo.

8. Seguirle es amar a los otros como él nos ha amado. No se puede decir que lo seguimos si no vivimos como él y no hacemos lo que él nos pide. Y si algo es evidente en el evangelio es el amor de Jesús a cuantas personas encontró en su vida. Fueran amigos o enemigos; estuvieran a favor de él o en su contra; eso no importaba. Lo decisivo para nosotros es ver cómo fue capaz de amar a todos y hacerlo hasta el final: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”.

El amor a los otros ha de estar por encima de cómo nos afecten las personas. En todo caso, amar tanto más cuanto menos somos amados por ellas. El amor no tiene límite, se expande continuamente y no hay barreras que lo puedan parar. Dios es amor; Jesús amó hasta la muerte y muerte de cruz, y cuando se fue nos dejó como herencia el mandamiento del amor. Por eso, el amor es la plenitud de la ley. Si no se ama, se está condenado, quien ama está en el camino de Jesús. El amor no tiene distinciones ni exclusiones, y lo que es nos lo dice maravillosamente Pablo en la 1Cor 13.

9. Para seguir a Jesús hay que revestirse de sus mismos sentimientos. Sentimientos que vemos en los evangelios y que en nosotros se pueden reproducir por el Espíritu Santo. El puede hacernos vivir a semejanza de Jesús. Pero en el seguimiento es importante vivir todo ello en el anonimato. Muchas veces se busca el relumbrón, el aparentar, el figurar, el estar por encima de los otros y, en cambio, es muy importante la pequeñez y sencillez, el anonimato de una vida que no quiere figurar, sino simplemente vivir en el ejercicio del amor y la entrega.

Ese anonimato agrada a Dios, y de hecho fue la forma de vivir de María. La criatura más importante en la historia de la salvación, la

más amada por Dios, la que fue siempre pura disponibilidad al Altísimo, la que aceptó con todo su corazón el querer del Padre que se lo indicó por medio de un arcángel, pasó toda su vida en el sencillo anonimato y así fue agradable a Dios. El seguimiento puede vivirse perfectamente sin aparentar, sin relucir, sin hacerse ver.

10. Por eso, la imagen del perfecto seguimiento, se nos presenta en María. Ella nos antecede con su luz en esta asignatura; aprender de ella es aprobar la asignatura. Además, ella, como verdadera madre, ayuda a todos sus hijos para que vayan detrás de Jesús, porque desea que todos se le asemejen, que todos se configuren con él.

2. Discernimiento

1. Discernir el seguimiento, incluye un doble elemento. No cabe la menor duda que todos los cristianos han sido llamados a seguir a Jesús. Cristiano viene de Cristo. Ser bautizado es ser hijo de Dios, e hijo en su Hijo, coheredero con él. Este discernimiento de saber si uno ha sido llamado, es sencillo, basta con el hecho de saber que ha sido bautizado, porque como hemos dicho el bautismo incluye la llamada a seguir a aquél en cuyo nombre uno ha sido bautizado.

Otro elemento distinto es saber si uno ha sido llamado a un particular seguimiento del Maestro; está el seguimiento de las viudas, de las vírgenes, de quienes pertenecen a los Institutos seculares u otras formas de vida y el de los religiosos, es decir, de quienes han sido llamados a vivir según la forma como lo hizo Jesús en este mundo. Para discernir esto hay que ver: si en la vida emerge el deseo de vivir como lo hizo el Señor; si siendo indiferente a cualquier llamada, no obstante se tienen signos evidentes más o menos claros, de que el Señor le quiere a uno en esa forma de seguimiento; si se muestra indiferente a esa llamada, no porque no le importe, sino porque cree que lo realmente importante es el designio de Dios sobre él, su querer absoluto que está por encima de cualquier deseo propio; si está dispuesto a vivir cualquier otro seguimiento si se le manifestara que esa es la voluntad del Señor. Uno no quiere un seguimiento concreto sino porque ha discernido que es la voluntad de Dios y si viera que esa voluntad le pide otro seguimiento lo haría. Podemos pensar en Madre Teresa de Calcuta.

2. Es importante discernir si el Espíritu Santo actúa en la propia vida como impulsor del seguimiento. El Espíritu Santo no es controlable, sólo se le conoce por sus efectos. Sabemos que el Espíritu actúa en una persona si se intensifica en ella el amor al Padre y éste llega a ser el lugar de reposo de la vida; si quiere estar envuelto en su divina misericordia y ternura, de modo que éstas le empapen como la esponja queda empapada por el agua; si percibe que el corazón está abierto a sus insinuaciones, aunque éstas a veces sean difíciles de individuar; si puede realizar en su vida la síntesis de contrarios, cosa que no logra conseguir la simple razón humana, sino que es siempre gracia del Espíritu; si la capacidad de seguir a Jesús en todo momento siente que es algo que se le concede, que él no puede lograr con sus propias fuerzas; si percibe que el amor que brota en su interior no es pura imaginación, ni algo ideal o idealista, sino que le viene dado y que es como manantial que no es suyo, pero del cual puede beber y lo hace abundantemente.
3. Para discernir si uno lo deja todo, incluso a sí mismo, no hay que fijarse tanto en lo que se hace, sino en cómo y desde dónde se hace. Porque incluso las cosas más espirituales pueden nacer de fuente contaminada. Por ejemplo, no se trata de si se reza, sino por qué se reza, porque el motivo puede ser tener una buena imagen ante sí mismo, ante Dios o ante los demás que le ven, o porque viene mandado por las constituciones o por cualquiera otra razón como las dichas. Y lo que se dice de la oración, se puede aplicar a todo lo demás.

En este punto es preciso discernir si uno deja casa y bienes, es decir, vive en pobreza, pero examinando desde dónde hace todo eso o por qué lo hace. Y en este sentido hay que discernir también el dejarse a sí mismo, viendo si no se preocupa de su persona simplemente para quedar bien, si vive en disponibilidad ante Dios, si no se cierra sobre sí mismo procurando que nadie le moleste o pueda invadir el espacio de su vida, en el que se encuentra atrincherado; si no está metido en un caparazón para que nada ni nadie pueda hacerle salir de él, si sabe sufrir las humillaciones que le pueden sobrevenir, si no busca estar por encima de los demás, queriendo ser el centro de todo y de todos.

4. No es difícil discernir si uno está abierto al sufrimiento. De principio lo normal es huir de él. A nadie le gusta sufrir. El su-

frimiento por el sufrimiento resulta masoquista. Pero hay un sufrimiento que salva, cuando se vive cristianamente, no de manera estoica. Para estar abierto al sufrimiento no es necesario buscarlo; no obstante, la búsqueda del mismo puede proceder de un don de Dios que hace que el hombre lo busque por unirse a Jesús; también él sufrió.

Pero puede proceder igualmente de un ansia masoquista que en su motivo último puede incluir incluso la búsqueda del placer; estamos ya en la aberración. Se está abierto si se saben recibir los sufrimientos que trae la vida, las circunstancias de dolor que llegan sin que uno las quiera, si no se rechaza con todas las fuerzas aquello que pasa en la vida, que hace sufrir y uno no lo puede evitar, si cuando llega el dolor, que yo sé que llegará, uno se somete de corazón a lo que sucede y hace del sufrimiento camino de identificación con Cristo Jesús.

5. De nuevo S. Juan de la Cruz: “¡Ay, quién podrá sanarme!/ Acaba de entregarte ya de vero;/ no quieras enviarme/ de hoy más mensajero,/ que no saben decirme lo que quiero./ Y todos cuantos vagan,/ de ti me van diciendo mil gracias refiriendo./ Y todos más me llagan, / y déjame muriendo/ un no sé qué que quedan balbuciendo”.
6. El seguimiento de Jesús, para nosotros escolapios, se concreta en el evangelio en los niños y jóvenes ante todo abandonados. Esto ha de darse con claridad en el seguidor de Calasanz. Y se da cuando esta entrega es la pasión de la vida, cuando se vive para Dios y por ellos, y a Dios se les ama en ellos y al amarlos se manifiesta de verdad el amor a Dios. Cuando se prefiere a los pobres, a los más débiles, a los inmigrantes, a los que tienen dificultades personales, a los que son rechazados por los demás o por sus familias, a quienes nadie les protege, a quienes se encuentran solos y desprotegidos.

Este es el discernimiento de un carisma en el que y con el que se quiere vivir el seguimiento de Jesús. Se realiza este discernimiento cuando se vive el empeño de hacer a los niños y jóvenes más íntegros, menos violentos, más pacíficos, y se trabaja por insertarlos en la sociedad. Estar así con ellos. Y con los que tienen, cuando se les enseña que la vida en la que todo lo tienen fácil, crea la responsabi-

lidad de trabajar por los demás. Cuando se trabaja para que el pobre no odie al rico, ni éste desprecie al primero. Y hay que discernir si lo que se hace con ellos es un mero trabajo o se toma como la misión que uno ha recibido de Dios por la cual quiere entregar de corazón la vida entera.

7. Si pensamos de forma evangélica hay que discernir si nos encontramos en Galilea o en Jerusalén. Galilea fue la etapa en la que la manifestación de Jesús fue más clamorosa; donde realizó constantemente milagros, donde hizo sus discursos más memorables, donde la gente quedó entusiasmada con él y le siguió. Hasta el momento de Cesarea de Filipo y su etapa de Jerusalén, cuando la gente empezó a apartarse de él, y él se fue dando más a sus discípulos, previendo lo que podía ocurrir, que al final sucedió: su pasión, muerte, pero también resurrección.

¿En qué momento se encuentra cada uno de nosotros? Galilea significa el triunfo falso, confundido, no según los deseos del Padre y de Jesús. Jerusalén fue la etapa en la que el Señor se sometió a la muerte, incluso una muerte de cruz. Por eso hay que discernir la cruz en la vida y si estamos dispuestos a seguir al Maestro en esos momentos supremos de su existencia. Amamos la cruz si huimos de las consecuciones fáciles que alegran la vida, pero que son superficiales y no según Dios. Amamos la cruz cuando aceptamos de corazón el querer del Padre que nos lleva por caminos que nos parecen intransitables, pero que con su ayuda se puede aguantar el dolor de los pies. Amamos la cruz si llegamos a ver en ella el sentido de nuestra vida. Amamos la cruz si en medio de ella, pedimos a Dios que aparte de nosotros el cáliz, pero al final nos sometemos a sus designios y a su querer. Amamos la cruz si la vemos no como el final de todo, sino como el tránsito hacia algo mejor que nos depara Dios. Amamos la cruz cuando todo lo que ella conlleva no destruye nuestra vida, nuestra confianza y nuestra esperanza. Amamos la cruz si después de todo llega a ser el lugar de nuestra resurrección.

8. Hay que discernir si en la vida se da el amor a los demás, ese amor que se ha recibido del Señor. El amor es verdadero cuando uno nunca se juzga mejor que los demás. Cuando la vida se vive como servicio a los otros, quitándose, si es necesario, el manto, tomando la jofaina y empezando a lavar los pies a los otros. El amor es verdadero cuando no existen rescoldos de rabia, odio o

malquerer. Cuando se supera el mal con el bien. Cuando se vive disponible para los otros, atento a sus necesidades, dando lo que piden, perdonando el mal recibido, tratando lo mejor posible a cada uno, alegrándose de los triunfos de los demás, alabando lo bueno de los otros y ocultando lo que parece malo, disculpando las faltas y tropiezos, convirtiendo las ofensas en simples equivocaciones. El amor se discierne en los hechos concretos, no en las simples intenciones o en los deseos inútiles.

9. El evangelio es la auténtica Palabra que ayuda a discernir. Cuando uno ve que Jesús sacia la sed y él se examina si ayuda a beber a los demás. Cuando Jesús se da como alimento y uno mira si su vida es de ayuda para los otros. Cuando Jesús promete vida eterna, y uno ha de examinar si es vida o tropiezo para los demás. Cuando Jesús ilumina la vida de todos y luce para que nadie tropiece y uno, sin embargo, procura que los otros caigan o al menos se alegra si no han conseguido los objetivos por los que luchaban. Cuando Jesús es resurrección y uno no ayuda a los otros en sus graves necesidades. Cuando Jesús es verdad y uno engaña a los demás. Cuando Jesús es camino y uno se niega a acompañar a quien le ha pedido su ayuda en su caminar. Cuando uno se asoma a los sentimientos de Jesús y no obstante no pide ayuda para que le dé lo que él no puede conseguir. Cuando Jesús es gracia y uno se empeña sólo en ser esfuerzo y empeño, lucha que al no tenerle a él siempre acaba en fracaso.

El cristiano tiene que vivir siempre según el querer de Dios. Hacer lo que él desea. Vivir según su voluntad. Por eso hay que discernir diariamente el designio del Padre sobre la propia vida. No se discierne sólo en momentos importantes de la existencia, lo que sin duda hay que hacer. Vivir cristianamente es vivir en discernimiento, porque se quiere cumplir en todo momento la voluntad de Dios. El discernimiento no es una práctica esporádica, es la forma de vivir del cristiano. En todo momento uno ha de saber qué es lo que el Señor quiere de él, y obrar en consecuencia. A veces el Señor desea que la vida pase en el anonimato, que no se llame la atención para nada, que nadie se fije de forma especial en uno, que no se le tenga en cuenta cuando se busca a alguien para un trabajo especial. Ahí se manifiesta que Dios lleva a esa persona por el camino del anoni-

mato, y su dicha ha de ser vivir de esa manera. Lo mejor para uno es siempre lo que dispone para él. Has sido llevado al anonimato, sé feliz, no luches por salir de él, vive en paz y tranquilidad, que Dios está contento de ti de esa manera. Si llegara el momento que quiere otra cosa, te lo manifestará de la manera que a él le parezca mejor para que tú puedas llegar a comprenderlo.

10. La relación con María ha atravesado momentos muy distintos en la historia, desde la normalidad a una exageración piadosa, para acabar, a veces, en un rechazo de la misma. Y en la historia personal puede haber ocurrido que siendo joven se insistiera mucho en el tiempo de formación en la devoción a María, pero luego pudo pasar casi al olvido esa devoción y el amor a la Virgen. Es el momento de revisar la relación en la vida personal para conseguir que María ocupe el lugar que le corresponde en la vida del cristiano. Señal positiva es la necesidad de recurrir a ella con confianza filial y elemento negativo sería sustituir a Jesús por María.

3. Metodología

La “metodología” que aquí tratamos no busca la manera de lograr el aspecto espiritual del primer momento, que ha tenido su complemento en el discernimiento del segundo momento. Sabemos que eso es imposible. En el campo espiritual, todo es gracia y aunque la gracia no está reñida con la actividad humana, sin embargo es lo que sólo y simplemente se nos da y se recibe. Pero puesto que no está reñida con la actividad humana, la metodología indica presupuestos, acciones o maneras de obrar que pueden propiciar la presencia de la gracia, pero ha de ser de tal manera que no entorpezca su acción en la persona.

1. Como base principal hay que decir lo que hemos repetido de manera general: el seguimiento de Jesús no se consigue, se recibe; no se logra, se acepta; frente a él no valen los puños cerrados que indican el esfuerzo y el empeño por conseguirlo, sino más bien las manos elevadas y abiertas, dispuestas al don de Dios. Sabemos que ser cristiano es seguir a Cristo.

Hay actividades que ayudan a recibir la gracia del seguimiento: la atención a personas buenas y sensibles que perciben el paso del Se-

ñor, como ocurrió con los dos discípulos del Bautista a quien escucharon que pasaba el Cordero de Dios y siguieron a Jesús; la lectura de la Palabra, en la que el Señor habla, pero que hay que leerla con un corazón virgen, como si no se conociese y fuera la primera vez que se lee el texto; la actitud de disponibilidad que atrae siempre al Señor y puede constituir un buen presupuesto para recibir su llamada; la petición constante e intensa del pobre que sabe que nada puede por sí mismo, pero todo lo puede aquel a quien se dirige.

2. Pedir al Padre que nos conceda el Espíritu. Sólo él puede hacerlo. Y como siempre lo concede a los pequeños y sencillos de corazón, por eso hay que vivir de esa manera. Hay que estar atentos interiormente al paso del Espíritu; viene sobre nosotros, pero tantas veces las muchas ocupaciones o preocupaciones, el estar atareados por tantas cosas, hace que pase desapercibido.

Por eso he aquí algunos elementos que nos pueden ayudar: la súplica y oración al mismo Espíritu. La delicadeza interior con todo y en todo lo que se refiere a Dios. El saber esperar, en paz y silencio, aun cuando eso nos aburra, porque si permanecemos así, él se sentirá atraído y vendrá. El presentarle nuestra pequeñez, nuestras oscuridades, nuestra nada, para que él llene, ilumine, conceda todo lo que necesita nuestro corazón. La súplica al Padre y al Hijo para que nos mande su amor porque lo necesitamos y sólo en él podemos agradecer a la Trinidad, de la que tendríamos que ser cada vez más conscientes en la vida.

3. Hay personas para quienes dejar lo que poseen les produce un profundo trauma. No sólo están apegadas a las cosas, sino que son su apoyo y seguridad. Necesitan el desprendimiento y en este caso no vale decir, “yo no puedo y por eso espero que el Señor me lo conceda”; eso es una trampa del ego que quiere seguir con lo que tiene y abandonar el despojo. Aquí sí que hay que obrar, es decir, dejar, desprenderse. A veces se poseen muchas cosas, demasiadas. Se tiene de todo y nada falta en las habitaciones de muchos religiosos. Habrá elementos necesarios para desarrollar el propio ministerio, no cabe duda, pero en muchas ocasiones se busca todo y lo mejor.

Uno sabe que está desprendido cuando hace la experiencia de dejar lo que tiene o algo que le gusta y no le es de verdad necesario, y lo

hace con paz, sin trauma alguno. Realizar este desprendimiento es necesario. Basta echar una mirada a la propia habitación para ver si todo cuanto se posee es necesario, si no se puede pasar sin algunas de las cosas que se tienen, si estaría dispuesto a dar mucho de lo que tiene. Muchas veces se habla de los pobres, pero poco se hace por ellos, aunque lo que se pudiera hacer fuera como una gota en la inmensidad de un océano. No importa. La gota de agua manifiesta lo que hay en el corazón. Y hay que desprenderse también de sí mismo. ¿Cómo? Dando no ya cosas, sino realidades más profundas y que tocan más el propio ser: el tiempo, el acompañamiento, la cercanía, el consejo, el amor, la escucha. Hay cosas que se comprueban en el mismo acto que se realizan. De lo contrario todo queda en pura fantasía, y una de esas cosas es el propio desprendimiento de sí mismo.

4. Toma el evangelio, vete leyendo despacio diversos pasajes del mismo, mira cómo se comporta Jesús y examina tu comportamiento para ver si obras a su manera. Esa imitación sí es seguimiento. Tendrás que hacer una transposición porque no tendrás a tu lado ciegos de verdad, personas con el brazo paralizado, leprosos que gritan. Pero no te será difícil ver todas esas realidades o de alguna manera semejantes en personas que pasan junto a ti o se te acercan o piden tu ayuda.

Es el momento de poner en práctica aquello de que “tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve en la cárcel y me visitasteis”. El evangelio es el libro que hay que leer constantemente; por una parte ilumina la vida, y por otra la Palabra concede las fuerzas para llevar lo que se lee a la práctica de la propia vida. Y, sobre todo, en ella nos encontramos con el Señor que es quien da la fuerza para comportarse como él lo hizo. Obrar como él obró; vivir cristianamente, ayudando a los demás.

5. San Juan de la Cruz: “Mi alma se ha empleado,/ y todo mi causal, en su servicio;/ ya no guardo ganado,/ ni ya tengo otro oficio,/ que ya sólo en amar es mi ejercicio./ Pues ya si en el ejido/ de hoy más no fuere vista ni hallada,/ diréis que me he perdido;/ que andando enamorada,/ me hice perdidiza, y fui ganada”.
6. La vivencia de la configuración con Jesús en el carisma recibido se puede realizar de distintas maneras: quien es joven, pre-

parándose para lo que le tocará después; preparación que requiere estudio serio, aprovechamiento del tiempo, realizando al mismo tiempo experiencias de lo que será la vida terminado el tiempo de formación inicial. Pero el joven no puede olvidar que se encuentra en tiempo de formación y por tanto no puede olvidar lo fundamental de este tiempo, que es sobre todo la preparación para el mañana, ya que de lo contrario lo notará no poco en el futuro.

Cuando ha terminado el período de formación inicial debe darse de lleno a aquello que la Providencia ha puesto para su bien en sus manos. Quien se encuentra en esta situación, tiene que entregarse con toda su pasión, con ilusión a la práctica de lo que deseaba el Fundador, servir, ayudar y enseñar a los necesitados. Y no sólo como un trabajo que realiza, lo que es ya importante, sino como una misión que cumple porque es su manera de hacer cada vez más presente el Reino en este mundo. Hay experiencias muy positivas en este campo, como dedicarse, dentro de la obediencia, a vivir en lugares pobres, donde se carece de tantas cosas que los demás tienen. O bien, entregando algunos meses de las vacaciones para sustituir a los hermanos de tierras lejanas para que puedan descansar ellos, y para experimentar la verdad y tener la experiencia de que es cierto que los pobres nos evangelizan, y ver con los propios ojos la verdad de lo mucho que sufren y de cuánto carecen muchas personas en esos lugares.

7. El cristiano aprovecha las situaciones que la Providencia le ofrece para el amor de seguimiento. Hay realidades que obligan al consentimiento: fracasos, sufrir por parte de otros incompreensión y humillaciones, la enfermedad, las impotencias dolorosas... Todas estas realidades no se escogen ni se pueden escoger, simplemente se reciben y aceptan. Y hay que aceptarlas pidiendo la gracia para hacerlo. Es la sabiduría de la Cruz aplicada al cristiano que ha gozado de la intimidad del Señor y en torno a esa intimidad ha desplegado sus mejores deseos.

Por ejemplo, la aridez en la oración que enseña a desapropiarse de las expectativas afectivas, de las aspiraciones más legítimas a la unión con el Señor, de sentir el amor... El fruto es la obediencia de amor en intimidad con el Señor, pero a través de la noche del deseo. La cruz se hace presente en la experiencia misma de Dios. Pues bien, existen realidades, las principales, en las que hay que

consentir, recibirlas de Dios con confianza desnuda. Pero también hay que hacer opciones preferenciales que preparan para vivir esa cruz del Señor; ejemplos: preferir ciertos desprecios, amor especial a los excluidos, disponibilidad de la propia persona a favor de los otros, escoger servicios ocultos...

8. El amor que Dios nos ha tenido se descubre examinando la propia vida, nuestro pasado: historia de perdón, de ayuda, de fuerzas para no caer, de gracias inmerecidas, de donación de tanto bien, de salvación de peligros y de salvación de la vida entera. Si algo es evidente en la vida de un cristiano es el amor incomprensible, desmesurado, inaudito de Dios por él. Uno queda confundido cuando ve cómo ha sido amado, y por eso ha de agradecer a menudo a quien así le ha querido. Este amor tiene la fuerza de llevar al cristiano a amar a los demás como él ha sido amado.

Hay que recordar las palabras de Jesús: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo”. Uno queda extasiado, sin palabras, al escuchar lo que dice el Señor. Por eso tiene que perdonar cualquier injuria recibida, porque él sin tener por qué ha injuriado al Señor y pese a todo ha sido perdonado; tiene que olvidar el mal recibido, porque Dios se ha olvidado por completo del mal que él ha causado; tiene que darse con entrañas de afecto a quien no le cae bien, porque siendo él pecador, Dios le amó con entrañas de divina misericordia y con ternura infinita; tiene que ayudar a quien le parece que no lo merece, porque no mereciendo él nada, el Señor ha lavado tantas veces sus pies y se ha inclinado sobre él con amor; tiene que servir a los otros, porque el Señor hizo lo propio con él, inclinándose sobre su miseria. Lo propio del amor es abajarse, y Dios se abajó en Jesús hasta la miseria de nuestra vida. Hay que obrar así, porque así obró Dios con nosotros y más de lo que nosotros podemos hacer por los demás.

9. Hay que hacer experiencias de anonimato: procura pasar desapercibido, no te juzgues nunca superior a otro, alaba el bien que hacen los demás, no seas envidioso, no murmures nunca de una persona, recuerda que nunca puedes comprender del todo el motivo de lo que te parece que los otros han hecho mal, porque el corazón sólo lo conoce Dios. Ante el aparente mal comportamiento de los demás, mira cómo tú te has comportado tantas veces mal y has querido siempre que nadie te condenase.

10. ¿Te encomiendas diariamente a María? ¿Rezas el rosario tan recomendado por el Fundador? ¿Pides la intercesión de María en tu vida por tus necesidades y las de los demás? ¿Lees con frecuencia los capítulos del evangelio donde está presente María de manera que puedas ver e imitar sus actitudes y comportamiento? ¿Le pides que te ayude a comportarte con Dios como lo hizo ella? ¿Es abogada tuya en todos tus conflictos? ¿La miras con amor en las tentaciones o momentos difíciles de tu vida? ¿Le pides que te ayude a imitar cada vez más y mejor a su Hijo? ¿La consideras como una madre que cuida de ti como toda madre cuida de sus hijos? ¿Sabes que te ama de verdad y que lo único que desea es tu bien? “A tu amparo y protección, Madre de Dios acudimos, no desoigas nuestros ruegos y de todos los peligros Virgen gloriosa y bendita defiende siempre a tus hijos”.

3º La configuración con Jesús en la vida comunitaria

1. Espiritualidad

1. La configuración con Cristo, aun siendo un camino personal, en nosotros, los religiosos, pasa por el ámbito comunitario. La comunidad, los hermanos, tienen una función especial en ese proceso que nos parece tan personal y sólo nuestro. Es importante la comunidad porque es el lugar donde se va realizando nuestra vida; no podemos pensar que la configuración con Cristo se realice en la estratosfera, casi fuera de nuestro mundo o en el interior de la persona que nada tiene que ver con las circunstancias de la vida y, en consecuencia, con cuantos viven a nuestro alrededor. Al revés, la configuración se realiza día a día, en medio del ambiente en que vivimos y que es ayuda, a veces dificultad, para obtener el objetivo que deseamos. La comunidad afecta cuando se crea un ambiente de paz, de realización, de amor de unos con otros. Y, aunque parezca mentira, a veces pueden hasta ayudar las dificultades comunitarias, las oposiciones, las contrariedades, porque por medio de todo eso aparece la cruz del Señor, elemento fundamental, como ya hemos dicho, de la configuración con él. Con lo cual, sea por los aspectos positivos que se dan en el ámbito comunitario, como por los negativos que pueden aparecer, en ambos casos la comunidad interviene en el proceso personal de unificación con Cristo Jesús.

En muchas ocasiones tenemos que preguntarnos ¿qué situaciones de la vida o personas concretas han abierto una brecha en el muro de nuestro corazón tras el que estábamos parapetados, y nos han

ayudado a seguir el proceso de configuración con el Maestro? Probablemente siempre podremos encontrar razones para nuestro estancamiento, para no dar un paso adelante en el camino emprendido, porque nos cuesta. Pero, de repente, una circunstancia comunitaria, un hermano, sin que él sepa lo que ocurre en nuestro interior, es camino para avanzar nosotros en el camino de la configuración con Jesús. No cabe la menor duda, la configuración con Cristo, pasa siempre por el hermano. Este paso no tiene por qué darse en situaciones extraordinarias. La mayoría de las veces sucede en la vida ordinaria, de la forma más imprevista y en las circunstancias más normales. En esos momentos nos jugamos nuestro ser cristiano y por ello hay que desprotegerse y liberarse de los contextos y convenciones sociales.

2. La configuración con Jesús en el ambiente de vida comunitaria se va realizando poco a poco por medio de la vivencia de los votos. A través de ellos son nuestros hermanos quienes nos ayudan a caminar hacia la unión con Jesús. De cada uno de los votos hablaremos más adelante, pero aquí nos referimos al conjunto de ellos. Por medio de la castidad amamos en plenitud a los demás miembros de la comunidad, y así ese amor nos acerca más y más a Jesús; él amó como nadie jamás lo ha hecho, y nosotros imitando su vivir célibe, deseamos y buscamos imitarle, le miramos en esta faceta de entrega a todos, de donación plena a los demás; es una configuración que poco a poco queremos tener con Jesús en la fiesta del amor. Después de todo, el amor es lo que más une, una de las realidades que más nos asemejan a él.

Viviendo la pobreza compartimos todo con los hermanos de comunidad; nadie llama “mío” a nada porque sabemos que todo es de todos, y compartir, además de ser manifestación de amor, nos acerca a Jesús quien compartió todo con nosotros, haciéndose en todo semejante a nosotros, menos en el pecado; por eso se hizo hombre como nosotros, vivió como nosotros; lo tenía todo con sus discípulos y vivía una vida de entrega total a ellos; por eso, viviendo pobremente, llevando una vida sencilla, nos unimos a Jesús pobre que es como él mismo vivió en nuestro mundo. Así también nos acercamos cada día más a él.

Y en la obediencia lo que hacemos es unirnos estrechamente con los demás para cumplir con mayor certeza la voluntad de Dios. Si

algo es evidente en Jesús es cómo su vida no fue otra cosa que cumplir el designio del Padre. Por él vino a nuestro mundo, por él vivió treinta años en el anonimato, por él predicó tres años dando a conocer el designio amoroso del Padre sobre los hombres, por él aceptó el destino de su vida en el que nos amó hasta la muerte en cruz. La vida del Maestro fue una vida de obediencia total a Dios. Con nuestra obediencia nos unimos al Señor, hacemos lo que él hizo en su vida y de esa manera nos vamos configurando cada vez más a él. Por eso la vivencia de los votos en comunidad, ayudándonos unos a otros, nos lleva a ser cada día más semejantes a Jesús, y eso es una manera de vivir la identificación con el Maestro.

3. La configuración con Cristo por medio de la comunidad, tiene momentos especiales. Por una parte, la vida comunitaria se centra en la eucaristía y no hay nada que más nos una a Cristo que comer su Cuerpo y beber su Sangre. En ella somos uno con él; en ella vivimos el inmenso amor que ha tenido con nosotros quedándose en un trozo de pan para acompañarnos durante toda nuestra vida; en ella recibimos el alimento que nos sostiene diariamente en medio de las dificultades que podamos encontrar; en ella se hermana con nosotros; en ella nos va transformando en él mismo; en ella recibimos la fuerza para las luchas que se nos presentan durante la jornada; en ella se abaja hasta nosotros para limpiarnos del pecado y recrear en nuestra vida la gracia; en ella su misericordia no tiene fin. Por eso, la eucaristía es un momento de identificación con Cristo y nada puede configurarnos más a él que la eucaristía vivida con un corazón lleno de amor. De ahí la importancia de la eucaristía vivida en comunidad para el proceso de configuración con el Maestro.

Por otra parte, la comunidad se fundamenta en la fe. Sin fe no hay comunidad; en todo caso lo que existe es un grupo de personas que viven juntas, con las ventajas, pero también desventajas, que esto comporta. Lo que hace que el grupo sea cristiano es la fe que se vive en él. Una fe que lleva al grupo a poner en el centro del mismo a Cristo Jesús, como la fuerza que atrae a todos para que exista unidad y no se rompa; una fe que hace que todos miren al Maestro como Señor que viene a salvarnos a todos; una fe que no depende de sentimiento ni de sentimentalismos; una fe que hace que todos

se traten como hermanos en Jesús y coherederos con él de los bienes eternos. Pues bien, esa fe, alimenta el proceso de configuración con Cristo. Sin fe no hay relación ni unión, no hay imitación, no hay configuración con el Señor. Sin fe, todo se queda en simples elementos humanos que no llegan al Señor ni a la unión con él.

Por otra parte, la comunidad se consolida en las relaciones comunitarias, interpersonales. Quiere decir que estas relaciones son importantes en el proceso de configuración. Por una parte pueden trastornar a las personas si son negativas o raras, si abunda la murmuración o el rechazo entre los miembros de la comunidad, si los choques son permanentes, si se evidencian las antipatías, si no se soportan entre ellos. Todo esto hace que una persona no pueda vivir con normalidad la vida de unión con Cristo, a no ser que se trate de una persona excepcional. Pero si las relaciones son auténticas y vivas, ayudan en este camino.

4. El proceso de maduración de la persona para ir consiguiendo la configuración con Jesús, se tiene que apoyar en unas virtudes humanas muy necesarias en el religioso. En particular, la sinceridad, la afabilidad, el respeto de las personas, sin constituirse juez de nadie. De esta manera se puede crear un ambiente de diálogo y se evitan motivos de división entre hermanos. Y es que lo espiritual no está reñido con lo humano, sino que la maduración de la persona lo requiere.

Sobre esas virtudes humanas, se tienen que dar otros aspectos también importantes. Por ejemplo: dar calidad a las relaciones humanas en el ámbito comunitario y laboral; crear ámbitos de diálogo que faciliten la búsqueda de verdad desde actitudes de autenticidad; promover la sensibilidad hacia la belleza y lo gratuito; propiciar el primado del amor en la existencia humana, por encima de otros valores que quizás hoy se estiman más como el poder, el dinero, la independencia individual; dedicarse a las personas más que a las instituciones; mostrar el amor de Dios a través de la palabra, y, sobre todo, de la propia vida. Esto ayuda a la persona a que vaya acogiendo en sí los trazos de la vida de Jesús y de esta manera se vaya asemejando a él y configurando con él. La comunidad no es un estorbo, es una ayuda, y si en un momento no lo es, hay que examinar de qué depende, si es de la misma comunidad que no lleva una vida de verdadero seguimiento de Cristo, o del individuo que se

encierra en sí mismo y le falta la capacidad de vivir en comunidad el seguimiento del Maestro.

5. El proceso de configuración en medio de la vida comunitaria se va realizando a través de los actos de la vida ordinaria. No se requieren cosas excepcionales. No se necesitan actos extraordinarios. Es en la vida diaria, sencilla, cada uno donde le ha puesto el Señor. Y es que desde la sabiduría de la confianza en Dios, en el Abbà, hay que saber dar densidad de eternidad al tiempo. Lo dijo Jesús: el Reino ha llegado, y, en consecuencia, hay que vivir cada día como si fuera el último; de hecho, eso es lo que pedimos en el padrenuestro, que venga ya su reino, es decir, el final de la historia y que manifieste espléndidamente su designio salvífico sobre toda la humanidad.

Hay que caminar viviendo cada día la unión con el Señor, sabiendo que cada día nos reserva una novedad, aunque sólo podamos percibirla si nos mantenemos vigilantes. Cada día, el amor guarda la sorpresa de una fuente inagotable de vida. Cada día, el Señor nos sigue llamando al encuentro con él. Cada día la configuración con Cristo es una realidad que nos atrae más y más, siendo gracia suya. En el cada día de la voluntad de Dios se realiza la esperanza. Cada día el Señor quiere entrar más en lo hondo de nuestro corazón. Cada día sentimos que somos más amados. Cada día él intenta que descansemos en el Padre, que le amemos más a él, que el Espíritu sea nuestra herencia. He ahí la importancia del “cada día”.

6. Al mismo tiempo que buscamos la unión con Jesús y la configuración con él, ayudamos a los demás en su camino; a quienes acaban de entrar en el Instituto, a los angustiados con dificultades personales, a los enfermos y ancianos. Ayudar es necesario, porque el amor al prójimo es el criterio de la verdad del amor a Dios. Y aquí se entrelazan la ética y la fe. Es cierto que la primera como criterio de verdad tiene prioridad sobre la segunda, pero nunca puede fundamentar la vida, porque la fuente del amor para un creyente es siempre la fe. La fuente del amor al prójimo es la fe. Lo que ocurre es que a veces los caminos son inversos. Están aquellos que comienzan por la ética y poco a poco van descubriendo la fuente más alta que es Dios, y otros, en cambio, comienzan por Dios y al ir introduciendo a Dios en la realidad, van descubriendo al prójimo. La unificación de am-

bos aspectos se da cuando Dios quiere. Por eso, ambos elementos son importantes en el camino de configuración con Cristo.

Así, se tiene que entrar en el camino progresivo de unificación con Cristo. Porque este es el amor de Jesús en su quehacer salvador. Cada vez que perdona, es el Padre quien está perdonando; cada vez que se acerca a los enfermos, es la vida de Dios la que pasa a través de él. En él no hay diferencia entre ética y fe.

7. En lo posible el superior ha de ayudar a la persona en el recorrido que hace hacia la configuración con el Señor. Nos sirven estas estrofas del Cántico espiritual de S. Juan de la Cruz: “¡Oh bosques y espesuras,/ plantadas por la mano del amado!/ ¡Oh prado de verduras,/ de flores esmaltado,/ decid si por vosotros ha pasado!/ Mil gracias derramando,/ pasó por estos sotos con presura,/ y yéndolos mirando,/ con sola su figura/ vestidos los dejó de hermosura”.
8. Este camino del que estamos hablando no es propiedad de nadie. Todo cristiano está llamado a la unión con Jesús en base al bautismo recibido, y, por tanto, a llegar a la configuración con Cristo. En consecuencia, no sólo los que tienen una vocación especial, como podría parecer por lo dicho hasta ahora, sino también los laicos. Por lo tanto el laicado debe recobrar su principalidad en la comunidad de la Iglesia, pero en función de su vocación propia de laicos, es decir, el de Iglesia en el mundo y para el mundo. Y debe procurar que su vida se transforme cada día más en la unión con Jesús.

Lo que requiere algunos elementos: hay que valorar el carisma vocacional del laico, casado o no, como referencia básica de la forma de vida cristiana. Los demás carismas son subsidiarios. Por eso ha de poner todo su empeño en valorar su vocación, el sentirse llamado a vivir con Jesús y saber que esa llamada incluye el llegar a la configuración con el mismo Maestro. Y entonces comprende que su espiritualidad se define no desde el mundo, sino desde Jesucristo en el mundo. El camino hacia la configuración ha de pasar en el laico por la evangelización ante todo de la familia, de forma que cualquier otra es subsidiaria y menos importante. Ha de estar convenido que algunos laicos están llamados a tener una responsabilidad en las instituciones eclesiales, aunque la promoción principal del

laicado en la Iglesia no debe centrarse en tener responsabilidades eclesiales, sino en el mundo. Y en él, en medio de los problemas, dificultades, sinsabores y luchas, ha de caminar hacia lo que es el culmen de la vida cristiana, a lo que tanto debe ansiar su corazón, que es la configuración de su vida y desde ahí enseñar a su familia y a los demás cómo Jesucristo ha de hacerse presente en el mundo a través de todo cristiano.

9. Como es natural, este camino se vive en la Iglesia. El lugar de cada uno en la Iglesia es muy variado; basta leer a Pablo en 1Cor 12. La imagen de la Iglesia como Cuerpo de Cristo es una metáfora, pero como ocurre con frecuencia, la metáfora apenas expresa la densidad real de la unión con Cristo y los hermanos. El camino, por lo tanto, para la unión con Cristo en la Iglesia es variado, múltiple y diverso. Cada uno tiene su lugar y nadie puede apropiárselo, pues cada uno viene actuado por el mismo Espíritu y vive en orden al conjunto. Este camino es interior y nadie conoce el que recorre otra persona, aunque a veces se den destellos y algo se pueda intuir.

En la diversidad hay diferencias, pero sin rivalidad. Además, ¿qué mayor alegría para cada uno que saber que también sus hermanos han sido llamados a la unión con Jesús y van recorriendo el camino por otras sendas distintas de las suyas? El amor fraterno y el sentido de cuerpo hacen que el camino del otro sea tan apreciado como el propio. Puede ser que haya personas que desde el punto de vista social, identifiquen el camino que ellos recorren como el más importante. Pero no es así. No sabemos lo que ocurre en el corazón de los demás, sólo vemos ciertos signos, y a veces ciertas contradicciones en la persona. Pero sólo cada uno sabe que la Providencia le ha regalado un camino determinado, que es el suyo y de nadie más. Hay que vivir de corazón lo que esto significa.

10. La cristificación se da para que haya una entrega a todos los hombres, como ocurrió con Cristo Jesús. El se dio a todos. Es lo que termina diciendo este capítulo de las Constituciones sobre la vida comunitaria. Y es que cada uno ha de hacer suyas, con gusto y decisión, los gozos y las esperanzas, las tristezas y los afanes de todos los hombres. Esta cristificación ha de ser para bien de todos los hombres. Y de ella se puede tener conciencia refleja o no. No importa que sea de una manera u otra. Lo esen-

cial es que la vida de quien se une estrechamente con Jesús se haga obediencia al mismo modo de lo que fue la vida misma del Maestro y de su Madre.

Pero hay que decir que en la medida que una persona realiza sus tareas en obediencia, dando paso a la obra de Dios, el Señor se encarga de llevarle progresivamente a la unión con él y a su misión única, aunque para ello hagan falta años. Cuando llega ese momento ocurre uno de esos milagros que tienen el sello de Dios, unión de lo mejor de uno mismo con lo que es puro don suyo, el desarrollo de las propias potencialidades y la pobreza más radical, la propia unicidad y el ser en él y desde él. Es el gozo de pertenecerle por completo, la dicha de compartir totalmente su vida, la alegría de estar unido a él y con él para siempre.

2. Discernimiento

1. En la vida comunitaria es importante el amor al prójimo. Y es lo que hay que discernir, porque ese amor es clave de desideologización. Si no se tiene en cuenta este punto, se puede bloquear todo el proceso de configuración. El amor al prójimo desideologiza porque el prójimo es lo concreto. Basta que pensemos en las dificultades de convivencia diaria o en rostros humanos no gratificantes. Y es que cuando se vive lo real concreto todos los esquemas ideológicos tienden a romperse. ¿Por qué ocurre esto? Primero, porque la realidad nos hace encontrarnos con nuestros fondos oscuros, con aquello que revela la condición humana en su lado negativo. Y, segundo, porque es en el amor concreto a todos los demás, en los roces y conflictos de nuestra existencia humana, donde también experimentamos las grandes incoherencias que tenemos entre los grandes valores, las grandes causas que deseamos, y lo que realmente damos cada uno de los días.

Por eso hay que discernir si el amor al prójimo, si la comunidad me ayuda realmente en el proceso de unión al Señor. Si queremos saber si el amor al prójimo aparece ideologizado, basta que examinemos algunos de los puntos siguientes: si se contraponen el amor a Dios y el amor al prójimo como interpretaciones autónomas y globales del cristianismo; si vivimos el amor al prójimo desde el abstracto uni-

versal, sin referencia a la responsabilidad de lo concreto. Un amor al prójimo que no tiene por qué realizarse simplemente en la relación interpersonal, sino que puede incluir igualmente lo social y lo estructural. Es importante este discernimiento comunitario del amor al otro porque es en la comunidad donde se vive concretamente y a diario el proceso personal interior de unión a Jesús.

2. Hay que discernir si los votos se constituyen en verdadero camino para cada uno en su vida personal. Si la castidad lleva a amar al Señor con todas las fuerzas del ser o más bien se convierte en un comportamiento fruto del miedo, del deseo de ganarse a Dios, de un idealismo infundido en el corazón desde pequeño, de un rechazo a la mujer o de un querer aferrar al Señor deseando dominarlo en cierta manera porque como le damos nuestro celibato, él tiene que devolvernos su entrega.

Si la pobreza es un vivir como Jesús, con la libertad de quien nada posee y con la riqueza del que nada tiene y nada necesita, o bien a través de ella queremos ser dueños de muchas más cosas, porque la pobreza nos abre las puertas de todos los lugares que pertenecen al Instituto en el que estamos.

Si la obediencia es realmente entrega de amor, obediencia de amor, búsqueda y cumplimiento del querer del Padre, obsequio a sus designios, o más bien el deseo y búsqueda de una seguridad que me garantiza un futuro feliz, sin problemas, tranquilo, porque si le obedecemos adquirimos derechos ante él. Y hay que discernir hasta qué punto los votos se relacionan. Que la castidad es pobreza amada por la voluntad del Señor, que la pobreza es la carencia de amores que no están de acuerdo con la voluntad del Señor sobre nosotros, que la obediencia es amor descalzo ante sus designios y pobreza de nuestra pequeñez ante él.

3. ¿Qué es la eucaristía? ¿El amor inasible de un Dios que hace lo incomprendible por el hombre? ¿Es la manifestación palpable de un deseo de quedarse con el hombre y acompañarlo a lo largo del transcurso de la historia para que no se encuentre solo en un mundo duro y difícil, para que posea fuerzas en las luchas por las que ha de pasar, la luz que ilumina su camino, el agua que amortigua su sed abrasadora por tantas cosas que desea tener? Discernir la eucaristía, es ver si realmente el amor de

Dios ha llegado al propio corazón por medio de la fe en un pequeño trozo de pan y en un sorbo de vino consagrados. De ahí la importancia de la fe. La fe es esa pequeña luz que hace que podamos caminar en medio de la oscuridad de nuestro mundo sin tropezar ni caer. Cuando uno entra en una habitación llena de trastos y que está oscura, tropezará, se caerá y se hará daño. Basta que encienda una cerilla, poca luz es, pero suficiente para que con precaución camine sin hacerse daño. Eso es la fe y hay que discernirla en la vida.

Y hay que discernir también las relaciones comunitarias. Por ejemplo: que el amor al otro me hace percibirme más hermano. Que el otro realmente me compromete, no sólo en la acción y en las cosas, sino también en mi corazón y me vincula. Pero atención, amor vinculante no quiere decir que me hace dependiente, sino que es entregarse en una relación vivida, donde la otra persona se hace significativa para mí. Y en las relaciones interpersonales es muy importante vivir dependencia e independencia, que necesite del otro, y a la vez, sea yo mismo; que en ese amor voy integrando gratificación y renuncia.

4. En este camino de configuración con Jesús hay que discernir si se van dando las virtudes humanas y espirituales citadas en la parte anterior de la espiritualidad. Si se van dando, a la fuerza tienen que influir en mí, madurando la afectividad. Es decir, si se va percibiendo el amor al prójimo como fuente del propio ser y de la propia libertad, aunque no se sienta ese amor como sentimiento gratificante. Es preciso tener en cuenta en el discernimiento que la mayoría de las ayudas al prójimo obligan a unas experiencias de amor que no tienen manifestación de sentimientos primarios y, sin embargo, son auténticas experiencias de dilatación del corazón, de salir de sí, de percibir al otro, de significación personal. Ese amor se hace fuente del propio ser y de la propia libertad.
5. Hay que discernir la comunidad en la vida diaria; el amor al prójimo en lo concreto de cada día. Para ello es bueno situarse ante las dificultades, o bien vividas en el pasado o que se dan actualmente ante el amor. Es decir, allí donde se experimenta la dificultad de amar o se siente la tendencia a cerrarse; allí donde se provocan los fondos oscuros de genio, rabia, agresividad, resentimiento y a veces hasta de odio.

Es bueno también recordar algunas dificultades de la convivencia diaria que a todos aquejan en algún momento; o recordar personas que han cometido alguna injusticia con nosotros o nos han humillado o esparcido mala fama. Pero en el camino hacia la configuración con el Señor es importante darse cuenta si esas mismas dificultades pueden ser convertidas en ámbito de crecimiento; o si el amor permanece fiel a sí mismo, lo que nada tiene que ver con simpatías, ni con sentimientos gratificantes; y, sobre todo, si a pesar de lo ocurrido, de lo que nos han hecho, permanece la persona abierta, si en medio del mal hecho soy capaz de salir de mí e intentar comprender al otro.

6. Es importante discernir en este camino si ayudamos a los demás, a los más pequeños o más jóvenes, a los ancianos y enfermos, a los que más lo necesitan. Y así como el Señor nos ayuda a nosotros con su amor, no existe otro medio de ayudar a quienes hemos citado, sino es amando. El amor es la auténtica ayuda eficaz que se puede ofrecer a los demás. Sólo el amor hace crecer, ayuda y consuela, acompaña y hace sonreír y es un buen alivio en todo momento. Y aquí es donde encontramos que algunas dificultades que podíamos sentir en el amor, se convierten en la verdadera gracia para amar en comunidad. Y eso porque al no poder amar a los otros desde el sentimiento espontáneo, nos obliga al amor verdadero. Por tanto, lo que considerábamos un mal, no poder amar, es un verdadero bien, porque nos coloca en nuestro verdadero sitio y nos ayuda a amar a las personas por sí mismas sin que respondan a nuestros deseos.

Pero hasta en esto podemos engañarnos; por eso para que el amor no quede en simples buenos deseos, hay que ver si se está de verdad implicado con alguien. Si no encontramos rostros concretos con los que uno se implica afectivamente, debe cuestionarse cuál es ese amor. Por eso, hay que preguntarse, ¿qué grado de implicación tengo en la vida de cada día? No basta funcionar bien; lo que importa es saber con quién estoy implicado, con mi comunidad, con un hermano, con quien me ha hecho mal... Examinar esto es necesario.

7. A la pregunta que hemos visto que s. Juan de la Cruz pone en boca de las criaturas, en la parte de espiritualidad, responde de esta manera la esposa y es unión de amor: “¡Mi amado las montañas,/ los valles solitarios nemorosos,/ las ínsulas extrañas,/

los ríos sonoros,/ el silbo de los aires amorosos;/ la noche sosegada,/ en par de los levantes de la aurora,/ la música callada,/ la soledad sonora,/ la cena que recrea y enamora”.

8. Para comprender la significatividad existencial de la vocación laical tenemos un referente especial, que es el sermón de la montaña. A la luz del mismo, podemos decir: que las bienaventuranzas son el lugar del laico, previo y más radical que cualquiera otra vocación, y que es el camino que posee para ir hacia la unión con Jesús, su identificación con él; que es llamado a ser luz del mundo y sal de la tierra en las obras que glorifican al Padre y eso en la vida de todos los días, en medio del ajeteo de su devenir laboral; que las tres obras que configuran la vida según Dios, es decir, oración, compartir los bienes y ascética, adquieren su densidad de existencia teologal cuando se realizan en lo escondido; que es normal que tenga preocupaciones, ligadas a la inseguridad de la familia por la subsistencia económica como otras muchas familias, pero que ha de vivir con la confianza de hijo, despreocupado evangélicamente del porvenir; que su camino de unión con Jesús pasará por las fases habituales de todos los demás, aunque él las viva en circunstancias diferentes, debido a la familia que tiene, al trabajo, a la implicación en las tareas humanas y entre nosotros a compartir de diversas maneras el carisma escolapio; que ha de encarnar una determinada determinación por el seguimiento de Jesús aceptando la estrechez que supone: incompreensión, soledad, renuncia; que para él como para todos sirve la regla de oro de tratar a los demás como a uno mismo y que ese camino le ayudará en la vivencia de cuanto pide el evangelio; que ha de vivir la alegría de que Dios se le haya dado en la abundancia de amor que siente para hacer de su vida testimonio de un vivir evangélico ante el mundo entero.
9. Es preciso discernir si se vive en parámetros eclesiales, pero no con la idea de una Iglesia triunfante, potente, reconocida socialmente como podía ocurrir en el pasado, sino más bien si el camino que está realizando hacia Jesús encarna las notas de un nuevo vivir la Iglesia y en la Iglesia, como lo quiere el Papa Francisco. Si está contento con la pérdida de significación social y reducción numérica, al menos en los países occidentales.

Si vive con paz el hecho de la pérdida de poder, para centrarse en lo esencial, la fidelidad a Jesús y al evangelio. Si vive con alegría intensa esta nueva situación que hace que el camino de configuración con Jesús sea o pueda ser así más auténtico.

¿Ayuda todo esto a una regeneración de la comunidad y del servicio que ésta ofrece a la Iglesia? ¿Comprende y vive que las formas de misión han cambiado y que hay que realizarlas ahora “desde abajo” y “desde dentro” de la sociedad? Es la aplicación de la parábola del pequeño grano de mostaza y de la levadura en la masa. Y todo esto le ha de llevar a asumir de corazón una esperanza renovada, es decir, aquella que no se apoya en la eficacia controlable, sino en el señorío del Resucitado.

10. Aquí hay que discernir si el trabajo y misión de la comunidad está abierto a todos los hombres, a toda la humanidad. El camino de seguimiento de Jesús que a través de la comunidad ha de llegar a la configuración con el Maestro, ha de ser gracia derramada sobre todos los hombres. No se concede esto a una persona para su simple santificación y perfección, sino para que sirva para el bien de todos los hombres. Y entonces el corazón se abre a las necesidades que existen en la humanidad. Así sigue los pasos de Jesús. Como él se dio a todos, sin exclusión alguna, vivió para todos y por todos murió, el cristiano que se va configurando con Cristo tiene que seguir también el camino del Señor, de lo contrario habrá que dudar de su verdadera unión con él.

3. Metodología

1. Hay que vivir la vida comunitaria en función de la configuración con Cristo. Por eso hay que trabajar en ello, implicarse en ello, no buscar en la comunidad el propio hueco en el que se encuentra uno a gusto y procura que nadie entre en su espacio personal, ni le moleste. La comunidad es más que la simple suma de personas que vive cada una sola, es la relación personal de quienes buscan lo mismo, trabajan por igual causa, y sin conocerse han sido llamados a vivir la misma forma de seguimiento de Jesús. Hacer de la comunidad una suma de soledades, lleva al fracaso comunitario. Nadie puede apartarse de los

hermanos si quiere vivir la vocación a la que ha sido llamado. Esto requiere esfuerzo en los momentos de dificultad comunitaria, pero hay que reconocer que también estando juntos se siente lo bueno que es vivir unidos, siguiendo al Señor.

2. En este camino de configuración con Jesús el celibato aparece no para aislarnos de los otros, como si incluyera el rechazo del amor, sino precisamente para lo contrario, para amar más a los otros; el celibato no rompe los lazos del amor, sino que los hace más fuertes; viendo las comunidades tendría que darse de nuevo aquel grito cuando los paganos veían a las primeras generaciones de cristianos, “mirad cómo se aman”. El celibato no es la negación del amor, sino la asunción de la ternura y misericordia de Dios para amar a los demás con esa misma ternura y misericordia.

Para vivir la pobreza en el camino de la unión con Jesús, hay que hacerse pequeño; la pobreza es la preparación del discípulo que quiere imitar al Maestro poniéndose al servicio de los demás, de sus necesidades, de sus dolores y sinsabores para procurar ayudarles para que no sufran o que su sufrimiento sea camino de purificación y redención.

La obediencia se vive mirando a Dios y comportándose con los hermanos como lo quiere Dios. La obediencia a Dios pide la ayuda a los necesitados. La obediencia se hace concreta en el trato con el prójimo y nuestro prójimo más próximo son precisamente nuestros hermanos de comunidad. Por eso los votos tienen una dimensión antropológica que se realiza en comunidad, con aquellos que Dios ha puesto junto a nosotros, convirtiéndolos en hermanos nuestros. No son hermanos nuestros porque nosotros los hayamos escogido, sino porque Dios los ha elegido para nosotros y por eso los amamos y nos damos a ellos.

3. Si queremos que cada día sea un paso más en nuestra cristificación, hay que vivir los tres elementos que citan las Constituciones. El primero, la eucaristía. Es el centro del día. El momento de máxima adoración y amor a Dios, el lugar donde experimentamos la entrega inconcebible del Señor por nosotros. Vivirla no tanto con devoción, sino con fe. No siempre el fervor es el hervor de la fe. Por eso, no importa tanto el fervor que alberga-

mos, sino la fe que actuamos. Y en la fe se nos da la gracia de un amor sin límites. En la eucaristía recibimos lo más grande que Dios nos puede dar, su propio Hijo. Requiere por eso preparación de nuestra parte, actitudes de receptividad de nuestro corazón.

Segundo, la fe, que ya hemos afirmado que es insustituible. Sin fe no hay eucaristía. Sin fe, la eucaristía se convierte en simple rito social. Sin fe y sin comunión es como ir a un banquete y luego no probar bocado.

Tercero, las relaciones interpersonales. Al recibir el Cuerpo sagrado de Jesús, se fortifican los lazos del Cuerpo místico. Cada uno come el mismo Cuerpo del Señor. En los banquetes cada uno come lo suyo, aunque sea semejante a lo del vecino; en la eucaristía comemos lo mismo, porque es el Cuerpo y la Sangre del Señor la que alimenta a cada uno. Por eso se deben estrechar las relaciones de unos con otros; la eucaristía tiene que crear comunidad, unidad.

4. En el camino de unión con Jesús hay virtudes que ayudan al propio caminar. Como en todo lo cristiano, estas virtudes son don, es decir, proceden de la gracia del Señor, pero, al mismo tiempo, son combate y, por tanto, empeñan a la persona y requieren de ella esfuerzo. De ellas hablan las Constituciones. La sinceridad debe ser elemento fundamental en la comunidad. Quien no es sincero no obra como verdadero miembro comunitario. La sinceridad se requiere en todos los comportamientos de la persona, en su vida y en su obrar; en público y en privado; con quienes son de su agrado y con quienes tiene más dificultades para amar. Quien es cogido siendo insincero, pierde la confianza de los hermanos y, con frecuencia, superar después esta especie de trauma suele ser difícil.

Se requiere afabilidad: una realidad que hace que todos se encuentren felices con quien es afable, que hace que las personas busquen su compañía, que logra que su presencia anime al grupo, que cuando el grupo está apagado en seguida se dan cuenta de que falta el que suele animar a los demás con su alegría y presencia. Es una inmensa gracia cuando la afabilidad no viene oscurecida o apagada por el mal comportamiento de algún miembro comunitario, normalmente algún envidioso. A quien Dios ha dado el don de la ale-

gría y de hacer felices a los demás, que cuide ese don y que procure que ninguna circunstancia, por adversa que sea, se lo arrebate.

Y, finalmente, es importante el respeto a los demás. Sin respeto, se rompen todos los lazos de una comunidad. Respeto de las ideas de los otros, respeto a las personas, respeto por su manera de ser, incluso si se debiera dar la reprensión, hay que hacerlo con respeto porque la persona está por encima de todo.

5. La vida comunitaria es fruto de cada día. No es el resultado de algunos días especiales que animan a todos. Esto debe existir y es importante. Pero se hace auténtica comunidad en el cada día, en el comportamiento diario, en medio de la rutina de la repetición constante de las mismas cosas, asumiendo incluso el aburrimiento que a veces puede aparecer porque las mismas cosas se repiten de la misma manera. Cada persona ha de empeñarse en que el vivir cotidiano sea normal.

Hay que estar bien con las personas en todos sus momentos, cuando se encuentran bien como cuando están depresivos, situación no extraña en la vida comunitaria. Hay que cuidar que no se dé la depresión comunitaria porque entonces sí que peligra la verdadera vida en común. En el cada día está el motivo de una auténtica vida comunitaria. Y quien camina en unión con el Señor y va hacia la configuración más estrecha con él, tiene que atender a este elemento.

6. La unión con el Señor nos hace más sensibles a los hermanos. Sobre todo con esos de quienes las Constituciones pide que se tenga especial cuidado. Por una parte, de quienes acaban de entrar en el Instituto. Llegan llenos de alegría; con los ojos bien abiertos; sin conocer la rutina del cada día; creen que todo es oro en la vida religiosa. Tendrán que hacer su camino; descubrirán con el tiempo qué es vivir una auténtica vida religiosa, con sus altibajos; encontrarán hermanos afables y otros hueraños, pero quien vive en su interior la unión estrecha con el Señor, procurará ofrecer la mejor atención a esos jóvenes llegados a la vida comunitaria para que la desilusión no rompa sus primeras esperanzas, para que encuentren buena acogida, para que nadie destroce sus primeras ilusiones.

Hay que cuidar de forma especial a los angustiados con dificultades personales. Hay hermanos que pasan por caminos duros: la enfer-

medad, la angustia, el sinsentido, la soledad, la depresión, el mal carácter o quizá creen haber recibido malos tratos de otras personas porque en el fondo tienen una sensibilidad casi enfermiza. Muchas veces en comunidad se ignora el camino doloroso de algunos o muchos hermanos. Quien vive la unión con Jesús y en su corazón está viva su presencia, tiene una capacidad especial para intuir esas situaciones que no son evidentes a todos, sino que residen en el corazón de la persona. Ha de cuidar, pues, de los hermanos y concebir la gracia de la unión con Jesús como una llamada a unirse al dolor y sufrimiento de quienes llevan ciertas llagas en su espíritu.

Y están los ancianos. Han dado su vida por el Instituto. Algunos son agradables y agradecidos, que no quieren molestar lo más mínimo a nadie; otros, en cambio, rencorosos, tozudos, difíciles, descontentos de todo. Con todos ellos hay que tener amor y cuidar la unidad.

7. Para quien hace el proceso de la configuración con el Señor, son de alegría, gozo y descanso estas estrofas del Cántico espiritual de S. Juan de la Cruz: “Cuando tú me mirabas,/ tu gracia en mí tus ojos imprimían;/ por eso me adamabas,/ y en eso merecían/ los míos adorar lo que en ti vían./ No quieras despreciarme,/ que si color moreno en mí hallaste,/ ya bien puedes mirarme,/ después que me miraste,/ que gracia y hermosura en mí dejaste”.
8. Hay que despertar en los laicos el convencimiento de que también para ellos es el camino de la configuración con Cristo. Hay laicos que son más abiertos o por formación o por la vida que llevan o porque han encontrado un lugar donde pueden vivir profundamente su vida cristiana participando en un carisma religioso, o porque tienen un director espiritual que entiende de estas cosas, y han podido emprender el camino de la unión y configuración con Jesús. Hay que animarles a que sigan adelante, a que se mantengan atentos a las llamadas del Señor y a las insinuaciones del Espíritu.

Otros podrían hacer este proceso, pero para eso hay que despertar en ellos la conciencia de lo que significa y el convencimiento de que el Señor les puede llamar a seguir esta senda. Es absurdo considerar que semejante configuración con Jesús sea sólo para vocaciones especiales; siempre hay que repetir que la vocación fundamental es la cristiana y que las demás son subsidiarias. Ayudar a un laico

en este proceso, es abrir caminos insospechados, porque el laico a su vez puede ser agente multiplicador y en el futuro ayudar a otras muchas personas. Y así, en lo escondido de la vida, se va desarrollando la cristificación de los demás.

9. Aunque los lugares de los cristianos en la Iglesia sean distintos porque Dios llama a quien quiere a lo que él desea, sin embargo, la unión con Jesús es llamada común a todos. Se llegará a ella por un camino u otro, pero en la Iglesia todos han sido llamados a vivir según Jesús, a encarnar las bienaventuranzas, a ser propagadores del Reino. Por eso hay que impulsar a que cada uno, discerniendo cuál es su lugar en la Iglesia, quiera ocuparlo con corazón agradecido por el don que le concede el Padre. Porque ocupar cualquiera que sea el lugar de la Iglesia donde él nos pone, es una gracia inmensa que nos concede su amor y que no se merece. Hay que vivir en la Iglesia, hay que vivir para la Iglesia, hay que ser Iglesia.
10. ¿Cómo hacer propio, como piden las Constituciones, con gusto y decisión, los gozos y las esperanzas, las tristezas y afanes de todos los hombres si no es acercándose de alguna manera a ellos? ¿Cómo no estar junto a los dolores de los hombres, y en esto hay que concretar, si Jesús ha estado junto a ellos y nosotros tenemos que imitarle? ¿Cómo se puede vivir el proceso de configuración con Jesús sin vivir las experiencias que él vivió? Quien desee hacer lo que hizo el Señor, tiene que desvivirse por los hombres, empezando por los más cercanos, los que más sufren, los más necesitados. Y quien vive así ha recibido la gracia inmensa de asemejarse a Cristo, de vivir como él, don que nunca podrá agradecer suficientemente.

4º La configuración con Jesús por medio de la oración

1. Espiritualidad

1. No es posible vivir un proceso que lleve a la configuración con el Señor si no se realiza en oración. Por eso dicen las Constituciones que hay que orar sin tregua. La vida cristiana conlleva esta vivencia necesaria para caminar hacia el Señor y llegar a una unión profunda con él. Sin oración no hay posibilidad de unión; sin unión no se puede llegar a la concentración en él; sin concentración no se da esa configuración. De ahí la necesidad de una oración constante. Pero esta oración puede realizarse de distintas maneras.

Una de ellas es la lectura de atención pasiva. Se elige un texto; se hace desde el corazón; no se trata de información ni de estudio; se está en otra perspectiva. Hay que dejar que la Palabra afecte, resuene, sin racionalizarla. Ha de ser una palabra virgen, como si nunca se hubiera escuchado. Y en cuanto uno es afectado, ha de abrirse a la relación personal con el Señor. La sabiduría de esta forma de orar está en la importancia que se concede a la escucha. Hay personas que oran y hablan de todo con el Señor, pero no construyen una historia afectiva con él, y en esto se encuentra lo más importante. Esta historia se consigue cuando uno aprende a escuchar. Es una oración que se puede hacer en todo momento y que puede alimentarse constantemente por medio de jaculatorias, de recuerdo del Señor, de ir a él en un momento, de recordarlo con amor.

Está la oración tradicional, inaugurada por Ignacio de Loyola. La noche anterior se ha leído un texto y se sintetiza en tres puntos de

meditación. La oración consta de presencia de Dios, ejercitando la fe; petición de la gracia para abrirse a la palabra y a la voluntad del Señor. Viene luego la composición de lugar, recuerdo de la escena que se ha leído y que se medita y en la que uno se hace presente como un personaje más de lo que se medita; brota luego la relación afectiva, que Ignacio denomina coloquio, que es el centro vital del ejercicio de la meditación; esta relación afectiva se centra en aquello que el Espíritu Santo suscita por dentro, y se termina con una oración de entrega al Señor. Después, a lo largo del día, se mantiene el contacto afectivo con Jesús desde la perspectiva desde la que se ha desarrollado la oración. La sabiduría del método se encuentra en elementos de la tradición: proceso de iluminación que lleva a la relación afectiva y que termina en entrega; la importancia de la persona en su totalidad porque está presente toda ella: sentidos, imaginación, inteligencia y corazón, y el principio de fe de que en la historia de Jesús se contiene mi propia historia.

2. En la tradición escolapia elemento fundamental de la oración, en el que el escolapio ha de poner todo su empeño y que le ha de ayudar a vivir la unión con Jesús, es centrar la oración en Cristo crucificado. La pasión del Señor ha sido siempre un aspecto privilegiado de la espiritualidad calasancia. Centrar la mirada en el crucificado: mirarán al Traspasado. No se trata en este caso de vivir una especie de dolorismo o de centrarse de manera especial en el sufrimiento físico del Señor. Sin duda, también esto es importante. Y ayuda en la propia vida: ver cómo sufrió él, ha de ayudar a cada uno a vivir el dolor y sufrimiento que le puede tocar en la vida. Por eso él se hizo semejante en todo a nosotros menos en el pecado. Semejantes en el sufrimiento y el amor con que hemos de vivir ese sufrimiento. No es fácil.

Amar será a veces simplemente soportar o aguantar lo que ha surgido en la propia vida. Otras, a lo mejor, unirse a él, a su pasión. Pero es importante sobre todo la actitud interna del Señor: su aceptación de la voluntad del Padre, el amor que manifiesta a su designio, que no le falle la confianza en él, aunque tenga que sufrir, que la fe sea tanto más íntima cuanto más comprende que la mano del Padre es mano amorosa que quiere su bien. Lo importante es que Jesús en ese sufrimiento se entrega por la salvación del hombre, por el perdón de todo pecado. Esta mirada al Crucificado ha de tener su

momento de paz, su tiempo de entrega y puede también ejercitarse a lo largo del día. Una mirada, una palabra, una elevación del corazón, un sentimiento, un instante de contacto con él, y estamos así en esa oración continua, sin tregua, que piden las Constituciones. Y junto a Jesús crucificado, dice el texto constitucional, que se han de meditar también los Misterios de la vida del Maestro, a ejemplo de s. Pablo. En este sentido, toda la vida del Señor es objeto de meditación, de oración y de contemplación. Así estaremos unidos a él y haremos el proceso que tiene que llevarnos a configurarnos con él.

3. La oración ha de apoyarse en la Palabra. Esta es la fuente de la oración. Quizá al principio y en otros momentos particulares, sea necesario y bueno apoyarse en otros libros; el peligro está en hacer de la oración una simple lectura, que si es espiritual es buena, pero que muchas veces se convierte en lectura de conocimientos porque el autor es muy importante, conocido o porque el libro gusta. Pero si esta lectura no conduce a la relación afectiva, al encuentro personal con el Maestro, a la aceptación de su voluntad, todo queda en simple hecho intelectual y no es oración. Cosa distinta son los métodos que ayudan a la oración. Es preciso insistir en que si la lectura de la Palabra nos pone directamente en relación afectiva con el Señor, con eso basta, no hace falta método alguno en la oración, pues en su sentido más profundo los métodos de oración lo que han de pretender es llevar a la persona a una relación de amor con el Maestro.

Si queremos algunos criterios que iluminen el sentido de los métodos de oración, he aquí algunos: el método tiene como fin la relación; si lleva a ésta, es bueno, si no, no merece la pena porque se pierde el tiempo en otras cosas que no conducen al objetivo de la oración. Además cuando la relación es percibida como don, la intimidad y escucha de la Palabra se enriquecen entre sí. Hay que atender, por otra parte, a la dinámica del proceso. En cada caso, en cada etapa, es preciso elegir el método que mejor le va a la persona. Puede ocurrir que el método estorbe, entonces hay que prescindir de él. Ya hemos indicado que cuando la lectura de la Palabra conduce inmediatamente a la relación, es suficiente y no se necesita ningún método, porque se ha llegado al objetivo de la oración. Conviene recordar que toda relación es única. Por eso cada uno ha de encontrar su método personal, el que a él le va y le sirve porque

le conduce al núcleo de lo que es la oración, la relación afectiva, y debe saber prescindir de todo aquello que le estorba en la consecución de este fin.

4. Elemento fundamental de la oración es la escucha. Solemos hablar nosotros mucho en la oración. Y Jesús había desechado este modo de orar. Sin duda que nos dirigimos a Dios. Sin duda que le habla nuestro corazón. Sin duda que pedimos, porque él mismo nos lo enseñó: “Pedid y recibiréis”. Todo esto es conveniente, pero es necesaria la escucha. Que las Constituciones lo piden así: “El espíritu de oración se nutre y consolida con el silencio y el poco hablar en medio de los cuales se oye más clara la voz de Dios” (nº 44).

La escucha presupone la alteridad personal de Dios. Es el otro quien habla a nuestro corazón, que se dirige a nosotros. Él es una persona distinta de la nuestra y la relación entre los dos se llama comunicación. Esta se puede hacer por medio de las palabras, pero no es ésta la única manera. Es posible comunicarse con el silencio y la escucha. Escuchar al otro es entrar en comunicación con él. Estar en silencio con el otro, también puede ser comunicación. Una mirada, una sonrisa, un elevar el corazón, un pensamiento de amor. El silencio y la escucha son una manera de oración. Y Dios se entrega a quienes así se comportan. A veces nos han educado mal, como si la oración fuera un parloteo constante con Dios. Y lo que él necesita es que le miremos, le amemos, le escuchemos. Así se incrementa la unión con Dios y con Jesús. Así se recorre el camino de la configuración con el Señor. La alteridad implica libertad de autocomunicación. Esto lo podemos llamar revelación, lo cual significa que nos relacionamos con el Señor de la historia y del mundo, que interviene cuándo y como quiere. También él nos habla. Antiguamente por medio de los profetas; últimamente por medio de su Hijo que es la Palabra eterna que se nos ha manifestado.

Si queremos un símil humano ocurre como cuando están juntos dos enamorados; no siempre están hablando, se miran, se entienden de esa manera, se quieren y eso es lo principal.

5. La oración es diálogo de amor. Escuchemos a la Esposa en el Cántico espiritual de s. Juan de la Cruz: “De flores y esmeraldas,/ en las frescas mañanas escogidas,/ haremos las guirnal-

das/ en tu amor florecidas,/ y en un cabello mío entretejidas:/ en sólo aquel cabello/ que en mi cuello volar consideraste;/ mírástele en mi cuello,/ y en él preso quedaste,/ y en uno de mis ojos te llagaste”.

6. La oración se manifiesta también en actos, en las posturas que adoptamos, en la manera de ponernos ante él. Las Constituciones, siguiendo al santo Padre, insiste en este hecho en el n° 43. Sabemos que la oración es relación de gracia, pues es el don que el Señor nos hace de llamarnos a su presencia para vivir con nosotros una comunión de amor. Por eso sentimos vértigo y agradecimiento a un tiempo, y en el mismo acto que se nos da dignidad de hijos, nos vemos pecadores ante la majestad de Dios. Por todo ello, ante él adoptamos posturas distintas que nos nacen del corazón y quieren manifestar lo que es él para nosotros. Ponerse de rodillas, sirve para adorar. Postrarse en el suelo, indica nuestra pequeñez ante él. Elevar las manos es impetrar. De rodillas, con la cabeza tocando el suelo, indica respeto. Y así cualquier postura que nos sugiera el Espíritu. Con todas ellas queremos unirnos más y más a Jesús, centrarnos en él, configurarnos con él. La oración es camino de configuración. Deseamos ser como él, a su imagen y semejanza.

A veces se da un hecho que nos llama la atención y que hay que cuidar con especial atención. Es lo que los maestros de espíritu llaman aridez espiritual. Como dicen algunos autores espirituales puede en ocasiones confundirse con una etapa de sequedad. Esta sequedad nada tiene que ver con la tibieza, que es el veneno mortal de la vida espiritual. La aridez espiritual es un estado de relación afectiva que se da, justamente, cuando anteriormente ésta ha sido rica y fácil. Y esto lógicamente produce extrañeza en la persona.

Para distinguir semejante situación se pueden tener en cuenta los siguientes elementos: uno, incapacidad de relación afectiva que se había vivido anteriormente y que, por tanto, se conocía bien lo que era; dos, existe en la persona un deseo intenso de intimidad con el Señor, pero en cuanto se recoge en su interior para tener la relación afectiva, aparece el bloqueo afectivo, una especie de desierto, distracciones constantes y desabrimiento; tres, por tanto se tiene la sensación de pérdida de tiempo, de que no merece la pena intentar lo que no produce efecto; cuatro, es cierto que existe una determi-

nación fuerte de cumplir la voluntad de Dios, pero la motivación no es gratificante; cinco, y, sin embargo, fuera de la oración, se nos dan momentos de presencia que sobrecogen y le llenan a uno de ternura; se da cuenta de que no ha hecho nada especial, quisiera retener esos instantes, pero no es posible porque como han venido, así desaparecen; seis, tiende a creer que él tiene la culpa de lo que le sucede, pero si se examina no encuentra motivo concreto, incluso percibe que la fidelidad al Señor se ha reforzado. Es importante estar atento a esta realidad que configura profundamente con la persona de Jesús.

7. Como el hombre es pecador, necesita reconciliarse constantemente con el Señor. La reconciliación se hace de muchas maneras: una oración de petición de perdón; una mirada de amor al crucifijo; poner todo el mal personal en sus manos; salir de sí para abrirse de corazón a él. De muchas maneras, pero una fundamental es el sacramento de la reconciliación. Quizá en el pasado y en algunos ambientes se exageró la necesidad de este sacramento; se exageró su frecuencia y se convirtió en un hecho moralista. No cabe duda que tenemos que reconciliarnos con Dios; nuestra vida es pecadora y el mal nos acecha constantemente y lo sentimos por dentro. Mal que radica de modo especial en lo profundo de nuestro ser. Somos pecadores. Es el pecado el que nos lleva a obrar mal. Por eso es necesario el sacramento de la reconciliación.

Vivido de una manera puramente moralista quiere decir que confesamos nuestras faltas y que el sacramento nos sirve para perdonar los pecados confesados. Un ejemplo que aclara: en un campo pueden aparecer hierbas malas. Si con un instrumento cortante quitamos esas hierbas, en ese momento el campo queda limpio de malas hierbas. Pero no hemos arrancado las raíces, con lo cual, al cabo del tiempo, de nuevo aparecen las malas hierbas porque las raíces las hacen de nuevo brotar. Así es la confesión moralista. En cambio si en el campo se remueve la tierra y se arrancan las raíces de las malas hierbas, los bulbos de las mismas, éstas ya no crecerán; han muerto. Esta sería la confesión teológica. Necesitamos la sangre del Señor que se nos da en el sacramento de la reconciliación para que pueda penetrar hasta lo íntimo de nuestro ser y vaya poco a poco quitando, matando las malas raíces que existen en nosotros. La sangre de Jesús va purificando lo íntimo del ser y va transfor-

mando la vida. Así la confesión se percibe como la necesidad de ser más de él, de identificarnos más con el Señor, de centrarnos más en él, de irnos configurando más con él. Por eso es muy distinto vivir la confesión desde un ángulo moralista que desde una perspectiva teológica. En el primer caso, muchos se desaniman y la dejan o bien porque siempre se encuentran con las mismas faltas a pesar de la confesión o porque no dan importancia a las faltas y fragilidades del hombre. En el segundo caso, uno vuelve una vez y otra al sacramento de la reconciliación para recibir la sangre del Cordero y ser lavado y purificado en todo su ser por ella.

8. Todo es gracia. Lo dijo magistralmente Teresa de Lisieux. Todos los acontecimientos son gracia, lo que pasa que para percibirlos de ese modo son necesarios los ojos de la fe. Ojos que da Dios para que comprendamos que todos los acontecimientos son regalos venidos de su mano. Lo que no es sencillo comprender cuando lo que ocurre en la vida es cansancio, dolor, sufrimiento, pena, incompreensión. Sólo en oración podemos llegarlos a percibir de ese modo. El simple coraje humano no es suficiente. Es cierto que existen caracteres que pueden tener un temple capaz de percibir con tranquilidad cuanto les ocurre en la vida. Pero este temple no es suficiente para ver en lo que sucede la mano de un Dios Padre que cuida de sus hijos y busca lo mejor para ellos. Para eso es necesario estar en oración.

Con la oración, entrar en Dios, pedirle su divina misericordia para que ella envuelva la vida entera, para que su misericordia empape todo el ser. Así el corazón se esponja con la misericordia y ternura de Dios y se abren los ojos de la fe que permiten ver que todo es gracia. Y es que la oración cristiana por ser escucha, tiene como fuente propia la relación de obediencia filial a Dios. Es el signo más evidente de que la oración, siendo actividad humana, es oración del Espíritu Santo que se dirige al Padre y nos transforma en Jesús, y hace de nuestro corazón su mundo. Por eso la oración nos ha de llevar a vivir cuanto acaece como presencia de la mano de Dios que cuida de nosotros; y cuando esto es difícil hay que suplicar su ayuda. Muchas veces será en el silencio donde se acogerá esa voluntad del Padre, y la referencia primordial de este silencio cristiano es Jesús en la Cruz, abandonado en el Padre en medio de una angustia atroz. Pero no sólo los acontecimientos difíciles de aceptar vienen

de la mano del Padre; también los que dan alegría, paz y felicidad. Y entonces en la oración hay que ser agradecidos, porque el agradecimiento es modo de unirnos más al Señor y configurarnos con él.

9. En el camino de la oración vamos acompañando con amor de hijos a María Virgen en la participación del Misterio de Cristo. Ella que vivió con Jesús es quien mejor nos puede enseñar cómo debemos vivir con el Señor. Ella nos puede enseñar en cada una de nuestras situaciones cómo acceder a Jesús, cómo invocarlo, cómo amarlo, qué pedirle y cómo esperar sin desesperar, pase lo que pase. Hemos de pedir a María que ilumine el camino de nuestra vida, que nos ayude a vivir íntimamente unidos a su Hijo. El camino de la vida es un proceso y en él María nos ayuda a seguir a Jesús, a vivir según los deseos de su Hijo, a configurarnos cada vez más con él.
10. La oración transforma la vida, pero surge una pregunta: ¿Hay correlación entre los grados de oración que establecen los maestros de espíritu y la transformación del creyente? De principio hay que afirmar que normalmente los cristianos son transformados a través del conjunto de la vida, dentro de la cual está, sin duda, la oración, pero no como elemento determinante. Eso en la mayoría de los casos.

Sin embargo, hay correlación en aquellos que son llamados por Dios a ser transformados por el camino precisamente de la oración. Identificar transformación personal y grados de oración, no hace sino confundir la fenomenología de la experiencia y la vida teológica, que en sí es transexperimental. De hecho, Teresa de Jesús que tiende a sistematizar la transformación a la luz de las “moradas”, otras veces reconoce que no tiene por qué darse semejante correlación. Pensemos en Teresa de Lisieux, transformada por el amor, por el sufrimiento horrible de los dieciocho últimos meses de su vida, y no precisamente por la oración. Cuando hablamos de personas llamadas al apostolado o al servicio de otras personas, podemos observar admirados la libertad de la acción de la gracia. Por tanto esta realidad hay que dejarla en las manos de Dios. El sabe cómo obra con cada uno y nadie puede decirle por qué no obras de esta u otra forma. La gracia de Dios es imprevisible, los caminos de Dios sólo él los conoce y nosotros no podemos hacer otra cosa sino disponernos a lo que él quiera hacer con nosotros.

2. Discernimiento

1. Es necesario discernir cuándo oramos sin tregua. Es aspecto fundamental en el recorrido para la configuración con el Señor. Orar sin tregua no quiere decir que hay que pertenecer a una Orden contemplativa. No se ora sin tregua porque se está todo el tiempo en la capilla o retirado en la habitación o a solas. Esta oración depende más que de los labios, del corazón. Cuando el corazón está en Dios, cuando él es el centro de toda actividad por muy diferentes que sean las cosas que uno hace. Cuando nuestro espíritu se abre a él por medio de una mirada, de una jaculatoria o de un pensamiento que reposa en él. Cuando cumplimos su voluntad en nuestro hacer. Cuando nuestro corazón descansa en él en medio del fragor del día. Cuando nos sentimos envueltos en su divina misericordia y es ésta la que empapa todo nuestro ser y hacer. En todos estos casos oramos sin tregua.

Este orar sin tregua se alimenta de ratos de oración explícita, cuando dejamos cualquier otro trabajo, nos ponemos ante él y en intimidad, en su presencia le alabamos, bendecimos, glorificamos y ensalzamos. Se da entonces el tú a tú, el cara a cara, el encuentro directo donde el amor fluye de nuestro corazón y, sobre todo, su amor descansa y fortalece nuestra vida. Pero si nuestra vida está dedicada de manera especial a la acción, todos los otros momentos han de ser de oración implícita, a través de actitudes, comportamientos y acciones como las ya señaladas. Ahora bien, el escolapio ha de recordar que el Fundador deseaba que sus hijos fueran al mismo tiempo de vida activa y contemplativa. Por eso, acción y contemplación entran en la oración sin tregua del escolapio. Pero esa oración continua no se debe confundir con la simple interioridad. En todo momento el creyente debe distinguir entre interioridad y relación, entre el silencio del yo y el silencio de la obediencia de fe, entre el proceso de iluminación y la vida teologal. La oración sin tregua se alimenta precisamente de la vida teologal, y la vivencia teologal (fe, esperanza y amor) es una oración que el cristiano hace ininterrumpidamente a Dios.

2. Que la oración ha de ser cristocéntrica y que de manera especial ha de centrarse en Jesús crucificado, no consiste simplemente en el hecho de meditar los hechos de la pasión. Si fuera así podríamos caer en una especie de materialismo en el senti-

do de que materialmente estamos meditando la pasión. El discernimiento de este elemento requiere que penetremos en las actitudes internas de Jesús en su pasión. Porque podemos leer sobre personas que han sufrido lo indecible, personas que han pasado por tormentos que causan escalofrío. Sabemos que en tiempo de Jesús eran crucificados hombres que pudieron sufrir externamente como el Señor. Pero es que lo más fundamental de la pasión del Maestro, son las actitudes internas con las que vive su pasión.

Veamos. Por una parte, era un inocente quien sufría; al mismo tiempo sentía sobre sí todo el pecado del mundo y entonces ante el Padre quedaba anonadado por toda la maldad del mundo, de todos los hombres que descargaban sus pecados sobre sus espaldas y así aparecía el inocente como el gran pecador ante Dios. Al mismo tiempo vivía todo lo que le sucedía con una obediencia total y amorosa al Padre y se sometía con todo el corazón a lo que el Padre le pedía y permitía que sucediera. En ningún momento se queja del sufrimiento, y aunque pide al Padre que si es posible pase de él todo ese cáliz, al final acaba diciendo que pese a todo se cumpla su voluntad. Ante lo que le están haciendo no maldice a los que le torturan, les disculpa y perdona porque, dice, no saben lo que hacen. Por tanto, discernir si nuestra oración es cristocéntrica y se centra en la pasión del Señor, no consiste simplemente en tomar el evangelio y leer y meditar lo que le pasa al Señor, que ya es algo bueno y está bien. Lo fundamental está en entrar en las actitudes internas de Jesús con las que vive su pasión y tratar de imitarlas y vivirlas en lo posible en nosotros. Este es el camino seguro para unirnos íntimamente con él y para configurarnos con él.

3. La oración ha de hacerse apoyada en la Palabra. En el discernimiento de este elemento entran cuatro aspectos. El primero, la “lectio” o lectura directa de la Sagrada Escritura. Ha sido llamada “lectura de atención pasiva” porque refuerza la actitud de escucha desde la alteridad de Dios. Lectura que debe acompañar constantemente la vida y ha de ser el pan cotidiano de la oración. Todo lo demás o ha de ser un simple apoyo en ciertos momentos del proceso personal, o resulta inútil.

En segundo lugar, está la “meditatio” de la Palabra en la que se introduce la mediación de la reflexión, para que la relación con Dios

ilumine la mente, responda el corazón y se traduzca en praxis de vida. Aquí se da una resonancia de lo leído, para que se integren las distintas facultades de la persona: memoria, inteligencia y afectividad. Hay que discernir el comportamiento de cada una de las facultades, su actuación, su desarrollo, su intervención en el proceso de meditación. Porque toda la persona ha de implicarse en la oración, porque a Dios se le ora con todo el ser.

En tercer lugar está la “oratio” que es el encuentro personal u oración de intimidad. Es el momento en que prevalece la relación afectiva, que puede a veces surgir de la Palabra, y otras, desde el comienzo por medio de una mirada de amor, de una palabra que brota del corazón.

En cuarto lugar la “contemplatio” que se da cuando la relación se simplifica. La afectividad se concentra en la mirada amorosa a Dios. El otro es lo más importante de la vida. El otro es aquel a quien se pertenece con todo el corazón. El otro es aquel a quien uno se entrega en intimidad de amor, en quien busca concentrarse y así nace la configuración con él.

4. La oración tiene estos dos componentes, silencio y escucha. Y con frecuencia faltan en la oración porque se ha dado una formación equivocada en este elemento y no se ha enseñado a vivir la oración desde esta perspectiva. Por eso hay que discernir cuándo y cómo se dan estos elementos en la oración. Que en la oración exista el diálogo con Dios, es normal. Por tanto, que el hombre se exprese, se comunice y, como dijo el Señor, pida. Pero no es lógico y no está bien que la oración se convierta en esto sólo, porque entonces la convertimos en monólogo.

Por eso, hemos de discernir hasta qué punto entra en nuestra oración el silencio. Silencio no es adormilamiento. Silencio no es quedarse con la mente en blanco como si estuviéramos en el nirvana. Silencio es una actitud positiva que puede encerrar agradecimiento, sumisión, obediencia, adoración, “estar con”. El silencio en ese sentido no es algo negativo, sino totalmente positivo. Así el silencio se convierte en escucha. En la oración no habla sólo el hombre, habla igualmente Dios. La oración no es monólogo, es diálogo y hay que dejar que Dios hable. Para lo que se necesita silencio atento para poder percibir el susurro de su voz, la presencia de su Espíritu,

el paso de la gracia, la llamada que hace para que atentos podamos recibir lo que nos quiere dar. Hay que discernir qué capacidad de silencio y escucha hay en nuestra oración, o bien, si no le dejamos intervenir a él. No podemos configurarnos con el Señor si no le dejamos que entre en nuestra vida con toda la fuerza de su amor. Y es que el silencio es también o puede ser amor. Ejemplo que todos hemos vivido: hemos estado con nuestra madre, juntos, en la cocina y quizás sin hablar, pero esa presencia, ese silencio incluía amor y amor de verdad.

5. Y en esta oración, le decimos al Señor con s. Juan de la Cruz: “Cogednos las raposas,/ que está ya florecida nuestra viña,/ en tanto que de rosas/ hacemos una piña,/ y no parezca nadie en la montaña./ Deténte, cierzo muerto;/ ven, austro, que recuerdas los amores,/ aspira por mi huerto,/ y corran sus olores,/ y pacerá el amado entre las flores”.
6. También la aridez espiritual que puede aparecer en la vida de oración ha de ser discernida. Para ello, con frecuencia, se requiere la ayuda de un acompañante. La persona en esa situación se siente desconcertada y necesita de alguien que pueda abrirle el camino por los vericuetos difíciles por los que está pasando. Normalmente esa aridez no es sino que el Espíritu Santo quiere transformar el deseo en amor de fe y para ello le hace pasar a la persona por esos momentos. Hay que purificar teologalmente la vida.

El discernimiento se puede hacer examinando los frutos que se dan en la persona. Como son los siguientes: la persona vive con mayor humildad; aparece con frecuencia el amor de obediencia; la esperanza teologal se fortalece; crece el amor desinteresado al prójimo; se da libertad interna respecto a los intereses vitales y, al mismo tiempo, una atracción por la sabiduría de la Cruz. Pero en el discernimiento hay que tener en cuenta la persona de quien se trata. Puede ser que este hecho se dé en quienes se entregan a la oración, y en ellos aparece en forma de aridez en la intimidad. Pero en personas que están metidas en la acción, por ejemplo en los laicos, la misma aridez puede manifestarse en formas distintas, como situaciones de rupturas afectivas o de desamparo económico. Hay que estar muy atento a Dios que de modo imprevisto puede hacer su obra en sus hijos de formas muy distintas.

7. Discernir la importancia del sacramento de la reconciliación, no es sino examinar cómo vivimos la confesión. Vivirla como un simple perdón de las faltas que se van a seguir dando continuamente, es vivirla de una forma moralista. No se puede negar que esto no sea positivo, pero sí que no se vive con la profundidad que se debiera. La forma de vivir la confesión está también en relación con la manera de vivir el pecado, la manera de concebirlo y la importancia que se le da. Porque el pecado no se ha de concebir tanto por lo hecho, sino por el amor negado. Por eso quien más ama, ve pecado allí donde los demás no lo distinguen. Y no se trata de nimiedades, porque concebir el pecado como una nimiedad es no entender qué significa negar el amor a Dios y a su Hijo Jesús. Quien deja el sacramento de la reconciliación ha de examinar si comprende hasta qué punto ha sido amado y cómo el amor recibido, que es lo que le justifica, procede nada menos que de la Cruz del Señor, es decir, del Hijo de Dios muerto por él y por el mal que él ha cometido.
8. ¿Cómo reaccionas ante los acontecimientos que se dan en tu vida? No sólo ante aquellos en los que te sientes feliz, contento, que te proporcionan alegría y gozo, sino en aquellos otros en los que aparece el sufrimiento. Porque a veces las personas están muy contentas con Dios en su vida porque todo les va bien; pero en cuanto aparece el mal o un hecho doloroso se quejan de Dios, piensan que les ha abandonado o que no les ama. Si fuera así, ¡qué poco habría amado a su Hijo! El dolor no es manifestación de negatividad, es participación en la vida y experiencia de Jesús. Uno no puede unirse a Jesús si no participa de su suerte, de su camino. Y sabemos cómo fue el del Maestro.

Por eso, en todo acontecimiento de la vida hay que buscar la mano amorosa del Padre que quiere el bien de sus hijos y que cuida de ellos más de lo que ellos mismos pueden pensar. Hay que abandonar todos los miedos y angustias en Dios, porque él se preocupa de nosotros. El santo Padre decía siempre que todo provenía de la mano providente del Padre y él quiere siempre nuestro bien.

9. Se ha de examinar si se acompaña a María en los Misterios de su Hijo. María vivió como nadie unida al Señor. Durante el tiempo de la concepción tenía que vivir el misterio de que Dios había intervenido en ella, aunque no supiese más. Ella simplemente

te en ese hecho había accedido, había consentido y en ella se encarnó el Hijo de Dios. Lo único que hizo fue consentir, acceder. Vivió sin duda maravillada el nacimiento de su hijo que de manera virginal había concebido y así mismo lo había dado al mundo. Vivió en paz el tiempo de la vida oculta de Jesús, pero guardaba todo en su corazón y seguía consintiendo. Y Jesús se marchó de casa y ella de nuevo, consintió. Y sin duda que le llegarían noticias de lo que iba haciendo su hijo; ella no estaba con él, pero consentía a los designios de Dios. Y qué decir cuando le vio sufrir la pasión y lo tuvo ante sus ojos en la Cruz. A lo largo del año litúrgico revivimos toda la historia de Jesús. ¿Acompañamos a María en todos esos diversos tiempos? ¿Vivimos con ella los misterios de la historia de su Hijo? Nadie nos puede ayudar tanto a unirnos con Jesús como María. Por eso, acompañarla en su participación en el Misterio de Jesús, hará que nos sintamos más unidos al Maestro y que nuestra vida se vaya configurando a la suya.

10. Existen muchas formas de orar, y de ellas hemos hablado. Pero el verdadero culto al Padre ha de ser en espíritu y verdad. Los lugares pueden ser importantes y ayudar. Depende de sitios y de personas. Pero el auténtico culto a Dios se ha de dar en el corazón que tiene fe, esperanza y amor. Es el culto en espíritu y verdad. Si no se da esto, no hay verdadera oración.

3. Metodología

1. Para orar sin tregua hay que disponer el corazón. Por una parte, tiene que estar abierto, mirando al cielo. No es posible estar en oración con el corazón cerrado sobre sí mismo, preocupado sólo por los propios intereses, despreocupado de cuanto acontece a su alrededor y en todo el mundo. Porque la oración tiene que abarcar todo y a todos. Orar sólo por uno mismo o por los intereses personales simplemente, es una oración que no puede subir hasta Dios. Él se preocupa por todos y hace salir el sol para todos, buenos y malos, sin distinción alguna.

En segundo lugar, se requiere un corazón que ame. Sólo el amor lleva a la oración verdadera. El amor como intimidad y el amor como necesidad. Si hay intimidad, hay diálogo, hay entrega y entonces

brotan la oración. Otras veces lo que lleva a la oración es la necesidad. Y el Señor lo comprende. Comprendió a los necesitados durante su vida mortal y a ellos se entregó cuando le pedían su ayuda.

Tercero, un corazón que mira a los hombres, a todos los que están necesitados de tantas cosas y no hablo sólo de cosas materiales; necesitados de atención, de amor, de compañía, de tener fuerzas, de conseguir un objetivo. Cuando uno mira nuestro mundo y de forma especial a los necesitados, le brota de lo profundo del alma la oración. Por eso la oración abraza todo y a todos.

2. La oración cristocéntrica puede hacerse de diversas maneras. Es bueno tomar la Palabra, acudir a los textos del evangelio que narran la pasión del Señor y meditarlos. Se puede hacer como oración de recogimiento ante tan gran misterio. Para ello, después de ponerse en la presencia de Dios e invocar la luz del Espíritu Santo para que dé conocimiento de amor y entrega a su voluntad, hay que dejar que, considerando lo que hemos leído, el corazón se exprese desde sí mismo. Mirando y dejándose mirar por él. Mirarán al Traspasado. Si fluye la relación, permanecer, sin ningún apoyo, allí donde el Espíritu conduzca. Si la afectividad se paraliza, seguir leyendo el texto, hasta que de nuevo brote la relación. Al final de la oración ha de venir el agradecimiento por lo meditado y también la intercesión, pues la relación con Jesús ensancha el corazón y necesita integrar el amor en la vida diaria. Pero esta oración presupone que se cultive la relación con Jesús en todo. La intimidad no se improvisa.

Otra forma, es ponerse ante el crucifijo, en la postura que nazca de dentro. Mirar al Señor, adorar sus llagas, besarlas, dejar que su sangre descienda sobre la propia vida y que inunde todo el ser. El Espíritu cuando él quiera y como él quiera hace de la oración un gemido, un abrazo, una presencia que sobrecoge haciéndonos salir de nosotros mismos. Y otra manera es descubrir en los hechos de la pasión los sentimientos más íntimos del Señor; unirnos a ellos, pedir al Señor que nos lleve a vivir a semejanza suya, sabiendo que todo ello es gracia de su amor y que él puede darnos por amor lo que quiera. De esta manera tratamos de configurarnos más y más con el Maestro.

3. La Palabra, tomada en fe, transforma siempre la vida. Es la fuerza del Espíritu que crea un corazón nuevo a semejanza del de Jesús a quien escuchamos en la Palabra. Pero la Palabra hay que recibirla virginalmente. Estamos quizá muy acostumbrados a leerla u oírla; ciertos pasajes los conocemos de sobra y puede ser que al oírlos de nuevo apenas les hagamos caso o los escuchemos como algo sabido. Incluso en la eucaristía puede que al finalizarla no recordemos exactamente el evangelio proclamado. Y con frecuencia al leer un pasaje, hasta medítándolo, nos quedamos estancados siempre en los mismos aspectos. Recibir virginalmente la Palabra es escucharla como si nunca la hubiéramos oído. Con una atención que se sorprende al escuchar lo que se proclama, que le sabe todo a nuevo, que le abre horizontes distintos, nunca descubiertos. Sin duda es gracia del Señor este hecho, pero requiere el presupuesto de una atención pasiva, de un acoger de manera nueva la Palabra, de estar de manera distinta ante ella.

Otro hecho: muchas veces la oración se convierte en lectura de libros que pueden ser importantes, de teología o espiritualidad; pero ocurre que así dejamos de lado lo más importante que es la Palabra del Señor. La oración habría que hacerla siempre con la Palabra. Y ya hemos indicado que cuando surge la relación, uno se queda con el Señor, y cuando se afloja se vuelve siempre a la Palabra.

4. En la oración hay que saber también hacer silencio. Orar es entrar en interrelación. Oración no es monólogo, sino diálogo de amor. Como dos cuando se quieren a veces hablan, pero otras permanecen en silencio. Se contemplan, una contemplación que es ejercicio de amor. La contemplación es silencio amoroso, es mirada cálida, es encuentro con el otro tú, sin necesidad de palabras. De lo contrario el mucho hablar puede desviar de la auténtica oración. Escucha y silencio son los dos elementos necesarios para que pueda darse una oración que sea de verdad encuentro de dos "tú", dos que se quieren. Y no se puede olvidar que la oración es el encuentro con el Tú más importante de nuestra vida, por el que hemos entregado todo nuestro ser y que es la razón de nuestra existencia.
5. Y con un corazón agradecido le decimos al Señor con Juan de la Cruz: "Gocémonos, amado,/ y vámonos a ver en tu hermosura/

al monte o al collado/ do mana el agua pura;/ entremos más adentro en la espesura./ Y luego a las subidas/ cavernas de la piedra nos iremos,/ que están bien escondidas,/ y allí nos entraremos,/ y el mosto de granadas gustaremos./

6. Cuando en la oración aparece la aridez espiritual de la que hemos hablado, conviene recordar algunos consejos básicos para ese momento difícil por el que pasa la persona. Conviene recordar lo que hemos dicho antes, que hablamos de aridez espiritual, algo bien distinto de la tibieza. Pues bien, cuando uno se encuentra en esa situación ha de estar atento a estos aspectos que proponen los autores espirituales.

Primero, ha de continuar orando fielmente, debe mantener fidelidad a la oración y no debe recortarla porque le parezca inútil lo que está haciendo o que no obtiene ningún fruto. Segundo, no debe forzar el sentimiento recurriendo a tiempos anteriores, cuando se encontraba bien, satisfecha de su oración, ni debe forzar la afectividad. Tercero, debe aprovechar las visitas del Señor agradeciéndole todo de corazón, sin sombra de ninguna sospecha. El Señor sabe lo que hace, el porqué y cuándo. Cuarto, ha de cuidar el amor al prójimo en la vida ordinaria, porque los dos mandamientos del amor se entrelazan y se refuerzan. Quinto, ha de aprender a orar desde las actitudes, por debajo de las distracciones o del esfuerzo mental: paciencia, abandono de fe, entrega a su voluntad. Sexto, si aparecen dudas de fe, hacer actos de fe y sumergirse en la Iglesia, evitando la racionalización. Ha de ser constante en este modo de obrar porque el Señor tiene sus designios y él sabe lo que quiere de su hijo, conoce por dónde le lleva. Cuanto más probado, más fiel.

7. Respecto al sacramento de la reconciliación, teniendo en cuenta cuanto se ha dicho en los apartados anteriores, he aquí también algunos consejos.

Primero, no dejar la confesión porque no vemos que nos sirva de nada y que caemos siempre en las mismas faltas; uno cae, aunque se confiese, y es debido a su debilidad y fragilidad. Segundo, no perder el sentido del pecado. Pensar que éste se mide no por lo que se hace sino por el amor que se niega. Tercero, comprender el pecado desde la cruz del Señor; arrodillado ante ella, mirarla con amor y darse cuenta de lo que pasó el Señor por él, pecador, y que

el amor de gracia que perdona proviene de la cruz, de Jesús muerto por los propios pecados. Cuarto, no hacer una confesión moralista que busca sólo el perdón de las faltas cometidas; si se vive así, el pecado aparecerá y reaparecerá cuantas veces uno se confiese. Quinto, confesarse desde una perspectiva teológica, que lo que hace es ser bañado una y otra vez por la sangre del Cordero, de manera que ésta penetre en lo íntimo de la vida y vaya purificando la existencia, arrancando todas las raíces de pecado que hay en uno. Sexto, salir agradecido de que el Señor se haya dignado de nuevo, como siempre, de perdonar y no de condenar. Pero recordar ese “anda, vete y no peques más”. Séptimo, como uno se sabe y se experimenta débil y frágil, pedir al Señor que le dé la fuerza de su amor, que le ayude a no ofenderle, que le baste su gracia y sea eficaz en su vida.

8. Ante los acontecimientos de la vida, dos actitudes distintas según sean esos acontecimientos. Si son puntuales, si nos hacen felices, si nos mantienen en paz, vivir en agradecimiento continuo al Señor. Porque a veces cuando suceden cosas buenas, nos olvidamos de él y sólo en lo malo acudimos a él. Si son acontecimientos desagradables: primero, llegar a reconocer que allí está también la mano del Señor que guía y conduce todo en nuestra vida. Segundo, pensar que si él lo ha permitido, es que nos conviene aunque nosotros no lo veamos; sólo desde Dios y con sus ojos se pueden comprender las últimas razones de todas las cosas, y cómo en todo rezuma el amor del Padre que nos extrañaría si lo conociéramos. Ya hemos indicado antes el pensamiento de Calasanz. Tercero, tratar de aceptar lo que sucede; “tratar”, porque muchas veces nos damos cuenta que de primeras no podemos, que se nos hace demasiado cuesta arriba y será necesario acudir a él para que nos ayude. Cuarto, vivir en paz en cuanto nos sea posible el acontecimiento que nos ha ocurrido porque la paz aquieta el corazón; pero esa paz también es don del Señor y a él se la hemos de pedir. Quinto, no rebelarnos contra Dios y lo que nos sucede; no sentirnos abandonados por él; agarrarnos con más fuerza a él, a su amor y gracia. De lo que parece un mal, Dios sacará un bien.
9. En todo momento de la vida, acudir a María. Ella es la Madre y una madre nunca olvida a sus hijos. Por eso, examinar nuestra devoción y amor a ella; quizás la hemos olvidado demasiado;

quizás ha desaparecido el fervor de otro tiempo; es necesario volver a quien tanto amor nos tiene, a quien cuida de nosotros y nos quiere con todo su corazón.

10. Hay que hacer de la vida un culto continuo a Dios. El culto del corazón que vive para el Padre en todo momento y lugar. No hay lugar más sagrado que el propio corazón y desde él se ha de elevar nuestra oración. La verdad de nuestra oración que no está en la palabra que pronunciamos, sino en lo que brota del alma. No se hace sólo en los lugares sagrados; hay que saber que todo es sagrado porque todo ha sido santificado por Cristo Jesús. Oramos, cuidando a los hermanos. Oramos, ayudando a los demás. Oramos, haciendo el bien a los otros. Oramos, perdonando las ofensas, injurias y cuanto han podido hacernos. Oramos, gozando de la naturaleza. Oramos, dando fuerza a los débiles. Oramos, dando el tiempo a los que nos lo piden. Oramos, cuando aconsejamos a quien lo necesita. Oramos, cuando lo hacemos en espíritu y verdad. Debemos orar siempre y con todo.

5º La configuración con Jesús por medio del celibato

1. Espiritualidad

1. En el proceso de la vida religiosa buscamos la configuración con Jesús también por medio de la castidad consagrada. Quiere decir que la configuración con Jesús tiene en nosotros una relación muy especial con el celibato. Y, por tanto, con la afectividad. Esto ha de ser cuidado de manera muy especial. Aparecerá en este capítulo como uno de los elementos determinantes de la configuración con el Maestro. Pero al hablar de afectividad hay que distinguir tres niveles o dimensiones de la misma: el primero, el psicoafectivo. Es el mundo ligado a lo emocional, ligado a lo primario de la vida. Se da cuando alguien o una realidad nos afectan. Es lo contrario al conocimiento; en éste es preciso distanciarse para objetivar; en la afectividad sucede al revés, entro en el otro, me afecta. Es el mundo de lo emotivo, pulsional, del placer. Conocimiento y afectividad no están en el mismo plano.

En segundo lugar, está el nivel de lo afectivo motivacional o existencial. Se da cuando la afectividad va más allá de lo que acabamos de señalar, y se abre a horizontes no de meras satisfacciones; el hombre puede vivir intereses universales, incondicionales. No se trata de si siento o no siento a Dios; uno puede prescindir de la satisfacción de sentir a Dios, si Dios es para él lo más importante, si la afectividad está más allá de las satisfacciones inmediatas, si Dios me interesa, si es mi deseo profundo, si es capaz de polarizarme. Aquí Dios es importante, y tan importante que por él merece

la pena entregar la vida. Por eso con Dios prima lo afectivo sobre el conocimiento.

Tercero, el nivel espiritual. Es cuando se percibe al “tú” como otro, independiente de mi gratificación, como algo valioso en sí mismo. Este nivel espiritual presupone las motivaciones del segundo nivel. Es imposible que se desarrolle una experiencia espiritual cristiana sin este presupuesto.

He aquí la afectividad que interviene profundamente en el proceso de configuración con Jesús. En el celibato la afectividad tiene una presencia determinante. No hay celibato sin afectividad espiritual. El célibe entra en una relación profunda con el tú de Jesús y a él se entrega con todo su ser. La afectividad no viene desviada hacia otra realidad cualquiera, se centra en el Señor como lo más importante de la vida. Pero esto es don. El hombre no puede vivir una afectividad de entrega al Señor por sus propias fuerzas. En seguida otros muchos intereses aparecen en la vida que tienden a desviarle del Señor, porque aparecen inmediatamente gratificantes. La afectividad como pulsión y búsqueda de placer se despierta con fuerza y el hombre no puede superarla si no es por gracia. Por eso, el proceso de configuración con Jesús por medio del celibato tiene su inicio en la gracia, en el don del Señor.

2. El proceso se realiza siguiendo al Señor con corazón indiviso. Cuando todo el ser está centrado en él y en él sólo descansa. ¿Cómo es la afectividad en este seguimiento con corazón indiviso? Tenemos que distinguir para concretar. Está la afectividad preteologal, que es con la que nos relacionamos habitualmente de manera espontánea con Jesús. Él nos produce admiración y nos va atrayendo a medida que le vamos conociendo. Desearlo significa que nuestro corazón va concentrándose en él. Y hay un momento muy importante en el que uno comienza a desasirse y comienza a entrar en el mundo de la intimidad, desprotegiendo el corazón ante él.

De la afectividad preteologal se pasa a la teologal cuando dejamos que él tome la iniciativa en nuestra vida. Y entonces nosotros le seguimos con todo nuestro ser, es decir, con un corazón indiviso. Ha ganado nuestra vida y no podemos hacer otra cosa que pertenecerle. Por estos tres motivos: primero, porque al encontrarnos

con su mirada, se nos despierta lo más profundo del ser, liberándonos. Esta llamada no nos deja alternativa. Segundo, porque nos encontramos con que el Señor nos ama tan íntimamente que nos entrega su vida. Y ante este hecho no tenemos nada que discutir. Y, tercero, porque el encontrarnos con Jesucristo resucitado nos lleva a abandonarnos afectivamente en él. Así el Señor se ha hecho lo imprescindible en nuestra vida y no podemos hacer otra cosa que pertenecerle totalmente y esta pertenencia total se traduce en corazón indiviso. Si él se ha entregado de una forma tan total a nosotros, nosotros sentimos el deseo de entregarnos también totalmente a él; una totalidad que significa que él es el todo de la vida, él es lo único y más importante de la existencia y el corazón le pertenece completamente.

3. En el celibato nos unimos estrechamente a Dios Y, ya lo hemos dicho, con un corazón indiviso. Pero surge una pregunta: ¿Cómo se compagina este amor indiviso con Dios que unifica, con otras realidades afectivas, que también son de enorme importancia en nuestra vida, como por ejemplo: la fraternidad, la amistad, el amor a las personas que aparecen en nuestra vida, personas con las que estamos comprometidas afectivamente en la misma pastoral?

Problema delicado e importante. ¿Qué puede significar unificar la afectividad y vivir, simultáneamente, otras afectividades que no son parciales, momentáneas, de paso, sino que por su propia dinámica tienden a totalizar, a ser estables y permanentes? ¿Se oponen estas dos afectividades? Hay que clarificarlo no primordialmente a nivel intelectual. Se puede afirmar a priori que Dios no es rival de ningún otro amor, pero el problema no es intelectual, si no si se es capaz de vivir la pertenencia exclusiva a Dios, como el amor de la Alianza, el único que coge radicalmente el corazón, sin el que no se puede vivir, porque es el amor que da sentido a la vida, simultáneamente con otras afectividades, como pueden ser la fraternidad, la amistad, u otras. Es una realidad que sólo se clarifica a niveles afectivos. De lo contrario es una clarificación hecha desde normas morales, que a la larga deterioran el corazón.

Pero todas estas realidades están muy cargadas de ideología, que está bien, pero hay que clarificarlas principalmente desde dentro, es decir viviéndolas. La persona que no se atreva a vivir la afecti-

vidad, no podrá nunca unificarla. Quien vive midiendo siempre su afectividad desde esquemas morales, “esto puedo y esto no puedo”, nunca se unificará, por lo que la vida no se desplegará desde el amor, lo que significa una vida truncada. Hay que hacer la aventura de amar para que el amor mismo se sitúe, pero teniendo muy claro dónde está el centro unificador, que sólo puede ser Dios, y no la amistad, ni la tarea, ni las personas con las que coincidimos. La experiencia de poder descansar en Dios, de estar vinculado a Dios, son experiencias absolutamente intransferibles. Y cada uno las vive según se las da el Señor.

4. En el celibato nos configuramos con el amor de Cristo, nos dicen las Constituciones. Con él nos unimos. Un pasaje que demuestra hermosamente esta vocación es Juan 21,15-23. Y en el centro del mismo, la pregunta de Jesús: “¿Me quieres?” O, con más precisión, “¿Me quieres más que éstos?”. Jesús quiere que Pedro comprenda que no es amado porque sea mejor, sino porque él lo ha querido así, y desde ese amor encubierto y vivido le está pidiendo que le ame a él y también a los que le está encomendando. Este “más que éstos” tiene que caracterizar de ahora en adelante el amor de Pedro, que no es un amor posesivo, sino que se caracteriza porque es gratuito y hasta la muerte. Hay que ver si podemos responder a Jesús como lo hizo Pedro. Si el celibato entraña ese amor a él. A veces uno no se atreve a decirle “te quiero” porque al decirlo se le hace un nudo en la garganta. No le sale y habrá que ver por qué.

Algunos no lo pueden decir por pudor, falso pudor, pero en otras ocasiones porque la relación está congelada, especialmente con Jesús, por miedo a desprotegernos. Pero hay una tercera vez en que Jesús le dirige la misma pregunta a Pedro. Y éste recuerda la triple negación. Y Jesús se la está recordando pero con la delicadeza propia de uno que ama intensa y gratuitamente. Pero se la recuerda porque no podría amar si no comienza por recordar su propio pecado, para que su amor no sea posesivo. El reconocimiento de su pecado le permitirá que ame a Jesús sin poseerlo, desde un agradecimiento humilde. Jesús le está diciendo: “Yo te amo, Pedro; me negaste tres veces, pero te amo”. Y uno se siente agradecido, humilde, dispuesto a dar la vida por Jesús. Así el celibato quiere ser una respuesta de amor a quien tanto nos ha amado, pese a las faltas y

pecados y a como haya sido la vida. Con esa respuesta de amor que es la vida célibe se quiere responder al amor que se ha recibido. En lo que somos agraciados doblemente, porque su amor es gracia y porque la respuesta célibe que damos nosotros también es gracia.

5. Juan de la Cruz expresa el amor del Esposo por la Esposa: “O vos, aves ligeras,/ leones, ciervos, gamos saltadores,/ montes, valles, riberas,/ aguas, aires, ardores/ y miedos de las noches veladores,/ por las amenas liras/ y canto de sirenas os conjuro/ que cesen vuestras iras/ y no toquéis al muro,/ porque la esposa duerma más seguro”.
6. En el celibato vivimos una continencia perfecta. Que las dificultades afloran en este campo es normal. La naturaleza requiere su gozo. Y con frecuencia semejante gozo lo sitúa en el placer sexual. Un placer que se vive honrada y justamente en el matrimonio. Pero nosotros hemos sido llamados a seguir a Jesús como él vivió. Cuando miramos al Señor y pensamos en su vida, lo vemos como una persona completa que tiene amigos, que ama a sus discípulos y a otras personas que pasaron por su vida, que manifiesta ternura y a quien se le saltan las lágrimas cuando ve el sufrimiento y muerte de sus amigos. No podemos decir que Jesús no amó; amó, sí, ¡y de qué manera! Se entregó, y ¡hasta qué punto! Pero permaneció célibe; ni el celibato quitaba nada a la ternura y amor que daba, ni todo esto quebró de ninguna manera su celibato. Él pertenecía totalmente al Padre y el celibato era sobre todo sólo pertenencia.

Y pertenencia es la experiencia de saber que se es sólo de alguien. Uno se puede relacionar con muchas personas, puede quererlas, puede tener un trato especial con ellas, pero no les pertenece porque su pertenencia es de Dios. Y ya sabemos por experiencia inmediata lo que es la pertenencia, lo que es pertenecer a otro. Uno sabe si pertenece a otro o simplemente tiene una relación profunda con él, pero sin pertenencia. Por eso el celibato contiene continencia perfecta, pero va mucho más allá, llega a la pertenencia, y es un vivir en el corazón de alguien, que es dar todo el corazón a alguien. Si falta la pertenencia, por mucha continencia perfecta que haya, falla el celibato. El celibato no está tanto en la materialidad de un comportamiento digno, limpio y sin tacha, sino en un corazón abierto a un amor al que se entrega en forma de posesión. Ni la pertenencia

se permite quebrantar la continencia perfecta, ni ésta se queda en un simple hecho material, sino que llega a ser del otro. De esta forma nos configuramos cada vez más con el Señor que vivió en su ser esa realidad.

7. El celibato vivido con integridad y testimoniado con la vida atrae a los niños hacia Dios, los corrobora en el amor a la pureza e impulsa a todos a un amor sincero y a una entrega a los demás. Esta era una convicción profunda en el Fundador y la había experimentado sobre todo con un sacerdote que había trabajado con él antes de fundar la Congregación Paulina. Después dio testimonio de esta realidad en una carta dirigida al hermano de ese sacerdote que le había comunicado su deceso. Le decía: “Hoy, cuatro de septiembre, he recibido carta de V.S., escrita el 25 del mes de abril, y aunque me ha llegado tarde, he tenido un inmenso consuelo al ver algunas de las muchas gracias que su Divina Majestad se complace en conceder a quien se encomienda con devoción a la memoria del P. Gellio, mi carísimo compañero durante muchos años y hermano en el Señor. Porque he conocido interiormente la bondad de dicho Padre, no me es nada difícil creer lo que se cuenta, particularmente acerca de la integridad de su cuerpo después de haberlo tenido bajo tierra siete meses; estoy seguro que se hubiera conservado muchísimos años, que suele ser gracia concedida a quienes conservaron en vida la limpieza y pureza del cuerpo y del alma, en lo que él fue muy vigilante. Había llegado a tener tal oración que daba la sensación de que su gusto más grande era encontrarse entre los niños de edad pura y enseñarles a amar al Señor y a hacer oración. Y parecía también que con su pureza como un imán atraía hacia sí los corazones de los niños puros que no encontraban en la escuela gusto mayor que estar en compañía de semejante Padre, lo que no he notado hasta hoy efecto tan extraordinario en nadie. Podría seguir hablando de los sentimientos que gustaba en la oración y meditación de la Pasión del Señor y del ardentísimo celo por el honor de Dios” (EP 16).

Por eso quiso que se tratara siempre a los niños con inmensa delicadeza, y que se tuviera gran cuidado en este tema. Toda persona transmite lo que vive, y quien vive el celibato con limpieza y sabe que es un don de Dios y por eso se lo pide a él constantemente, es

lógico que atraiga a los niños hacia la limpieza de corazón. De esta manera el celibato se convierte también en una forma de ir haciendo el bien a los niños, y el ministerio escolapio de entrega a los niños y jóvenes queda reforzado por el celibato. Y así, mientras uno se va configurando con Jesús ayuda a los demás a que lo amen y que ese amor vaya obrando en ellos una vida que sabe observar los mandamientos. Lejos del escolapio el mal comportamiento en este campo de lo que se está hablando mucho en estos tiempos.

8. El sentido y valor del celibato, primero hay que descubrirlo. Se nos da por gracia, pero hay que tener un corazón abierto para recibirlo. Dios no llama a todos a vivir el seguimiento de Jesús de la misma manera. Hay personas a las que llama a seguirle imitando la forma de vida del Maestro. Esta llamada es un don. Pero semejante don es preciso descubrirlo en la propia vida. Si no se descubre uno no sabe a lo que Dios le llama y pierde la ocasión de hacer la voluntad de Dios. Descubrirlo requiere atención, escucha, apertura a Dios, aceptación de lo que Dios quiere de la propia vida. Se supone que quienes viven ya en la vida religiosa han descubierto ese don. Lo que no quita que haya habido personas cuya vocación no fue muy bien discernida y en un momento de su vida se dieron cuenta que lo que vivían no era lo suyo o comprendieron que lo que pasaba era que no habían recibido el don que ellas creían haber recibido y habían convertido su vida en una lucha sin cuartel para poseerlo, constatando las derrotas constantes que sufrían en su vida.

Descubierto el don, hay que adquirirlo. Lo que no se logra con el esfuerzo, aunque se requiere. En lo de Dios, siempre se da la conjunción de gracia y esfuerzo, don y combate, entrega misericordiosa y lucha. Y de tal manera se conjugan estos dos elementos que ninguno de ellos excluye al otro. Hay que suplicar y hay que luchar. Hay que agradecer y hay que agarrarse.

Y este don hay que conservarlo. Significa que hay que cuidarlo, que no se puede descuidar nada en esta materia y que siempre requiere esfuerzo, empeño y lucha. Por eso es don constante, pero también lucha constante; es algo que se nos da en todo momento de nuestra vida, pero también algo con lo que no se puede jugar dado lo delicado que es. Porque celibato es vinculación. Se puede decir que no existe un celibato, sino múltiples. Cada uno lo vive de una manera

distinta. Hay quienes viven su celibato desde una centralización en Dios, y apenas viven otras vinculaciones. Lo cual no quiere decir que no amen. Se entregan generosamente, pero no se comprometen afectivamente. No se vinculan personalmente con otros.

Hay otros que viven su celibato de otra manera, tienen muy clara su pertenencia a Dios, su castidad, su alianza, su vinculación última con Dios, pero viven relaciones afectivas que suponen auténtica vinculación, pero que no comprometen el voto del celibato. Pueden ser relaciones de amistad también con la mujer. Personas que han sido enormemente importantes en su proceso de transformación, con las que se ha vivido una relación afectiva intensa, etc..., pero siempre el Señor ha sido lo definitivo en su vida. Son distintas las mediaciones desde las que el célibe puede vivir su vinculación total, absoluta a Dios. Hay muchas formas, y matices. Definitivamente el celibato es vinculación extraordinaria con el Señor.

9. El celibato es la llamada de Dios a vivir para él con la totalidad de la vida. Este amor de Dios se experimenta como gracia inmerecida. En los procesos espirituales hay una larga temporada en la que el descubrimiento de que Dios nos ama, dilata el corazón y la vida. Pero se puede dar también un hecho, una especie de viraje que es cuando uno tiene la intuición de que Dios se ha fijado en él personalmente. Y es que mientras uno se siente dentro de un conjunto universal –Dios nos ama a todos–, no se siente incómodo. Pero cuando ve que es llamado personalmente a una historia de amor con Dios, siente el vértigo. Y esta experiencia especial, el amor como don gratuito, es clara en el proceso espiritual, en el proceso de la configuración con Jesús. Y como este amor de Dios es amor de alianza tiene que vincularse cada vez más con él. Y ahí se sitúa el deseo; no se niega pero tiene que ser resituado, purificado, transformado, tiene que pasar a una afectividad distinta.

Todo esto hay que vivirlo en oración. No hay celibato, amor que escoge vivir íntimamente unido al Señor, sin oración. Por eso es importante la mediación de la oración. Es cierto que sin absolutizarla. Pero es que de manera habitual para que la afectividad se totalice, se unifique a Dios básicamente, el camino normal para el célibe es la oración. Lo podemos comprender si pensamos en cualquier relación de amor. Lo vemos incluso en el amor humano de dos perso-

nas que se quieren. Si de hecho no se dedica tiempo a esa relación y se está preocupado por otras muchas realidades, difícilmente se puede crear una que totalice. El recorrido del camino del celibato como continencia puede ser corto, puede uno, siempre con la gracia de Dios, superar las pulsiones que siente; en cambio es mucho más largo considerado como relación de amor y más cuando esa relación de amor ha de totalizar a la persona. Por eso es importante que durante los años en que uno está fundamentando su propia vida, se vaya unificando afectivamente con Dios, porque después es mucho más difícil.

10. Terminamos este apartado con un número importante de las Constituciones. Dice: “La castidad consagrada –plenitud de vida y amor– exige de nosotros sobriedad constante y vigilancia, madurez afectiva en el trato amistoso con las personas, opción de nuestra fe renovada a diario, y deseo constante de profundizar en el conocimiento de Cristo y de orientar hacia Él con amor único, nuestra vida entera” (nº 61). Son elementos necesarios para vivir el celibato. Por una parte lo considera plenitud de vida y amor. El celibato no recorta la vida, no niega el amor. Es más bien plenitud de ambas realidades. Para vivir el celibato es preciso tener sobriedad. Esta sobriedad se refiere a toda clase de manifestación. Y hay que conjugar los dos elementos, que, como hemos dicho, son plenitud de vida y amor, y esa plenitud se refiere a Dios, pero sin negar el amor a los demás. Y es en este elemento donde se debe cuidar la sobriedad; se ama y se hace sobriamente; se entrega, pero no se pertenece; se puede estar fuertemente ligado, pero no se va más allá de la relación sobria.

Y junto a la sobriedad hay que cuidar también la vigilancia. Sabemos cómo en esta materia los estímulos que podemos encontrar para transgredirlo son muchos, y hay que estar vigilante para no ceder a lo que tan atractivamente se nos propone. Por eso se requiere madurez afectiva, que nunca hay que suponerla totalmente adquirida, y por eso mismo requiere atención y cuidado. No nos apartamos de las personas. No rompemos con ellas o negamos nuestras relaciones con ellas; pero hay que vivirlas con espíritu de madurez y serenamente. Hay que orientar hacia Cristo la vida entera como amor único, y así hacer del celibato la vinculación más fuerte que tenemos con nuestro Dios y con Jesús.

2. Discernimiento

1. Para llegar a vivir el celibato, para decidirse a elegir una forma de vida que incluya esa manera de vivir, hay que discernir si Dios ha concedido a la persona ese don. Si es don, no es cuestión de voluntad. Pero aunque sea don no quiere decir tampoco que se consiga vivirlo completamente a la primera; puede darse un proceso hasta llegar a vivir lo que Dios ha concedido.

Lo normal es que en un momento dado se haya despertado algo que totaliza la vida. Es don del Señor que unifica completamente la existencia. Sin esa totalización, aunque se dé sólo momentáneamente, no se puede concebir que alguien entre en la vida religiosa. Precisamente porque le totaliza momentáneamente, necesita ser trabajado y motivado. El don polariza la vida en el Señor. Es una primera polarización al principio; esto al menos ocurre normalmente, lo que no quita que pueda darse una polarización tan rápida y profunda que llene la vida por entero. Es don, pero no destruye la libertad humana, y por eso, necesita ser cultivado. Ese amor que va polarizando la vida necesita ser cultivado para que no se olvide de quién se ha recibido y se vaya por otros senderos. Lo que sería responder positivamente a los estímulos que aparecen en la vida. Es don cuando uno experimenta que por sí mismo no podría vivir de esa manera; es don porque ha tenido que recorrer muchas veces un cierto camino, a veces duro y cansado e incluso con caídas, para llegar a vivirlo. En ese camino ha habido dificultades, problemas, angustias, caídas, pero todo ello le ha servido para comprender que lo que ahora vive no es resultado de su esfuerzo, sino gracia de lo alto. Ha luchado constantemente, pero ha experimentado que sus luchas resultaban estériles y sin fruto. Ahora, reconciliado, es consciente de que lo que vive es gracia del Señor, don completamente suyo.

2. En el celibato se sigue al Señor con el corazón indiviso. Corazón indiviso indica que está completamente en lo que ama. Y esto también hay que discernirlo. Llegar a semejante entrega total normalmente no es resultado de poco tiempo. Muchas veces, más que una realidad conseguida de salida, es la meta a la que se llega después de recorrer un trayecto. No quiere decir que semejante trayecto tenga que ser largo; depende de la gracia del Señor, de lo que él dispone y depende también de los presupuestos de la persona, de su trabajo, cuidado, atención y delicadeza.

Corazón indiviso es aquel que ha unificado la afectividad en el Señor. Para vivir el celibato de una manera adulta y, en lo que estamos, para vivirlo con corazón indiviso, la afectividad ha de estar unificada. Ocurre muchas veces que los célibes no viven el celibato unificando la afectividad, sino que lo viven como una opción práctica respecto a determinados compromisos. Quien está en la vida religiosa tiene que preguntarse dónde tiene el corazón, y es que el problema radical está ahí. Por eso es tan importante que el corazón esté en aquel a quien se ha entregado la vida con radicalidad absoluta.

3. En el celibato debe darse una unión estrecha con Dios. Y esto hay que discernirlo. ¿Cómo hacerlo? He aquí lo siguiente. Si en algún momento no se ha despertado el fondo religioso afectivo que polariza en Dios, si Dios como persona no interesa afectivamente, es imposible que se dé un verdadero celibato. El comportamiento célibe puede responder a otras motivaciones. Si no se da el sentimiento de que Dios me quiere o de que yo le quiero, y de que afectivamente es para mí lo más importante, el corazón necesariamente va a estar a merced de otras instancias y no puede darse la unión estrecha de amor con él, que es lo que supone el auténtico celibato. Y debemos confesar que hay muchos religiosos que no han despertado desde un fondo afectivo religioso. Por eso, en este tema hay que examinar qué imagen afectiva se tiene de Dios. Si Dios no responde a una imagen positiva, si es una especie de superconciencia o de ley, uno no puede tener una unión estrecha con él. Para discernir este elemento hay que discernir qué calidad de relación afectiva se tiene con Dios, cuál es la imagen consciente o inconsciente que se tiene de él. Solamente si es positiva puede vivirse la relación estrecha con él. Este discernimiento es muy importante.
4. La configuración con Cristo es una realidad que se realiza en proceso. Por eso discernirla, es discernir el proceso. Hay que ver si el comportamiento de la persona se va pareciendo al de Jesús. Es lógico que semejante semejanza sea siempre lejana, porque ¿quién puede asemejarse a él totalmente? Pero hay que ver si se va dando un caminar que tiende a seguir los pasos de Jesús.

Que en el comportamiento se distinga que se le va imitando, que se van pisando sus huellas, que hay un deseo claro de ser como él, a su semejanza. Si se perdona como él perdona. Si se ama como él ama.

Si se ayuda a los demás como él se entregaba. Si se olvida el mal recibido, como él se olvidaba. Si se tienen los ojos pendientes de él porque se le quiere imitar. La distancia entre el comportamiento de Jesús y el propio será grande, pero hay que ver si la dinámica es la misma. Una dinámica que por otra parte el hombre recibe por gracia de Dios, y que camina hacia la unión con el Maestro y la configuración con él. Y no sólo el comportamiento, hay que discernir los sentimientos. También en este campo la distancia será insalvable, pero de nuevo lo que hay que ver es si la dinámica del corazón está en línea con la de Jesús. El sentimiento de agradecimiento al Padre, el de servicio a los hombres, el del empeño por extender el Reino, el de la cercanía a los hombres. Jesús vivió esas realidades y si uno quiere configurarse con él, también él tiene que vivirlas, sin duda por gracia del Maestro. Pero ya hemos dicho que se viven en proceso, que se va avanzando poco a poco en esas vivencias, que se le va imitando cada vez más. Sólo así podremos configurarnos con el amor de Jesús.

5. En el diálogo entre Esposo y Esposa, dice esto el Cántico espiritual de S. Juan de la Cruz: “Oh ninfas de Judea,/ en tanto que en las flores y rosales/ el ámbar perfumea,/ morá en los arrabales,/ y no queráis tocar nuestros umbrales./ Escóndete, carillo,/ y mira con tu haz a las montañas,/ y no quieras decillo;/ mas mira las compañías/ de la que va por ínsulas extrañas”.
6. Hay que discernir si a quien quiere seguir a Jesús en la vida que llevó entre nosotros se le ha concedido el celibato como continencia perfecta. Este discernimiento es delicado. Porque pueden darse diversos casos. Hay quien vive de esta manera continente desde que entró en la vida religiosa y siendo muy joven quizás no ha tenido ninguna experiencia en contra de la misma. Hay otros que no viven completamente esta realidad desde el principio. En su camino hay una decisión grande de vivirla y luchan por conseguirlo. Pero pueden darse equivocaciones y falta de fuerzas en ciertos momentos en que queda malparada la continencia.

Esto no los debe desanimar porque son momentos puntuales de un camino en el que van progresando en su donación a Jesús. Por otra parte, esos pequeños fracasos no rompen lo que es la tendencia íntima del corazón, la pertenencia al Señor. Esto es lo más fuerte

en sus vidas y por nada del mundo quieren negarlo con las faltas que de vez en cuando se dan en su vida. Van por el buen camino y están en manos del Señor. Llegará el momento en que la gracia limpie y purifique completamente los impulsos momentáneos de otros tiempos y encuentren una paz que notan que no proviene de su esfuerzo, porque también antes lo hacían sin conseguir nada, sino que es gracia del Señor. Lo que pasa es que desconocemos los caminos del Señor y el porqué de sus designios, porque, por otra parte, pudiera ser que no desaparecieran por completo esos pequeños tropiezos sin que por eso Dios no les llamara a un seguimiento de su Hijo en la vida religiosa. Muchos y distintos son los caminos de Dios y lo importante en este campo es la pertenencia a él con el empeño que casi siempre sabe a victoria de vivir el celibato en continencia perfecta.

7. Quizá no sea hoy tan fácil como en tiempos pasados que con la experiencia de un celibato vivido en integridad, los niños eran llevados a Dios. Por el ambiente de la sociedad moderna, los jóvenes y niños no son animados a vivir castamente. Hay que discernir cómo hacer atractiva esta virtud en medio de todas las sollicitaciones que encuentran y de tantos medios técnicos que no favorecen esta virtud.

Se les ha de educar con tiento y delicadeza en esta materia antes que los medios externos les introduzcan por caminos equivocados. Es verdad que han de vivir un proceso de encuentro con el amor y el sexo, pero es importante que ese trabajo lo hagan sus padres, y si no lo hacen, que les sustituyan con delicadeza los educadores. Hay que darse cuenta cómo viven, estudiar sus comportamientos y lenguaje, estar cercanos a ellos para que tengan confianza en los educadores o en un educador concreto y puedan abrirse a él. Cuando ven que quien se entrega a ellos vive abiertamente y con limpieza, cuando escuchan sus juicios y que en esta materia ni les engaña ni les oculta lo que deben saber, entonces el educador puede conducir su mente y corazón hacia Dios en este tema. Comprendiendo su adolescencia, hay que ayudarles a pasar el torbellino en el que pueden encontrarse en esos años, y se les ha de animar a madurar en la vivencia cristiana del amor y de la sexualidad.

8. Descubrir el celibato como don se hace examinando la propia vida y viendo las tendencias que anidan en el corazón. De por

sí, esas tendencias inclinan a la persona hacia realidades que nada tienen que ver con el celibato. Uno experimenta la fuerza de esas tendencias, y cómo todo lo que se encuentra en el mundo a su alrededor no ayuda a vivir el celibato. Entonces la persona descubre que si quiere vivirlo tiene que luchar en los dos campos: el externo, frente a todas las realidades que le incitan desde fuera, y el interno, ante las tendencias que siente que se le rebelan por dentro.

Es cuando percibe que no puede vivir como quiere el celibato con sus propias fuerzas y descubre que necesita recibirlo, es decir, que es don de Dios. Cuando ha descubierto eso, hay que vivir el celibato, es decir, adquirirlo, pero si sabe que es don, se comprende que adquirirlo es fruto de la gracia que se derrama sobre la vida. Y después de adquirido hay que conservarlo; y esto no es sino la tarea continua de mantener la adquisición. El corazón es una realidad muy delicada y hay que atender a sus necesidades.

9. En el celibato como llamada para vivir para Dios con toda la vida, en los últimos tiempos ha aparecido el tema de la comunidad. La comunidad no se valora únicamente como vivir o tener actos en común, sino primordialmente como relaciones interpersonales. Al valorar la fraternidad vocacionalmente como relaciones interpersonales, se debe vivir desde dinámicas afectivas. Pero no puede vivirse la fraternidad desde dinámicas afectivas, cuando desde el punto de vista espontáneo y natural nuestras relaciones afectivas no tienen una base suficiente, porque necesariamente no somos amigos ni afines los que pertenecemos a un grupo.

Es una conquista importante y positiva en la vida religiosa. Se trata de ser signo del Reino desde la reciprocidad del amor. Pero cuando esa reciprocidad del amor se entiende desde relaciones afectivas, y en esa afectividad se ponen unas determinadas connotaciones de tipo psicológico, natural, espontáneo, de amistad, plantea serios problemas.

Cuando una comunidad adquiere un valor determinante, si se da una crisis, casi siempre es simultáneamente crisis vocacional. Si uno no sabe distinguir por dentro lo que es amarla, pertenecer a ella, amar y entregarse a los hermanos, y si está poniendo en ella

unas determinadas expectativas psicoafectivas, repercute inmediatamente en los valores que fundamentan su vida. En cuanto aparece esta clase de crisis, está repercutiendo en la vocación: “no merece la pena nuestra vida”. Sin embargo, para quien ha aprendido a amarla desde otras connotaciones, una crisis de comunidad no tiene por qué repercutirle vocacionalmente. Desde el realismo normal de nuestra vida la mayor dificultad que existe en la vida humana, donde más limitados somos, es en el mundo de la relación interpersonal.

Por eso, hay que amar a Dios profundamente y nuestro celibato está también apoyado en la comunidad, porque de la relación que tengamos con ella depende en gran parte la capacidad de vivir en celibato.

10. Cada uno debe ver la sobriedad que emplea en este campo. Sobriedad no quiere decir alejamiento, falta de ternura y cariño, costra que cubre como caparazón a la persona. Por eso es necesario discernir cómo se vive en celibato. Si en relación con los demás uno vive alejado y de forma huraña; si nuestro modo de comportarnos desagrada a los demás; si la forma de vida que llevamos causa extrañeza a los otros porque da la sensación de que no se aviene al evangelio y a la forma de vivir de Jesús. Si los demás se sienten repelidos; si no pueden establecer relaciones cordiales con nosotros. El verdadero celibato no espanta a los demás, sino que atrae tanto hacia Dios como hacia quien lo vive. Así ocurría con Jesús. Hay que cuidar este hecho.

3. Metodología

1. Si el celibato es un don, para estar ciertos que lo tenemos es necesario: discernir si ese es nuestro camino; no dejarse llevar por el brillo que puede tener para algunos ojos. Darse cuenta de si es algo que atrae simplemente a la mente o afecta íntimamente al corazón. Hay que vivir un tiempo de experiencia que es el que dan los Institutos con los compromisos temporales, para ver si es el propio camino. Al ser gracia, pedirla insistentemente al Señor. Estar convencido que lo mejor para uno es lo que quiere el Señor y, por lo tanto no ensalzarlo por encima de la vida matrimonial. No razonar sobre el celibato en sí, que eso

no existe, sino del celibato como el destino de la propia vida. No sentirse defraudado por caídas, porque con frecuencia el celibato no se vive a la perfección a la primera. Pero ser serios en este tema.

2. Empeñarse en que el Señor sea el todo de la propia vida. No coquetear con el corazón, porque el celibato es una cosa seria. Hacer que la afectividad repose completamente en Dios. No vivir oposiciones falsas, como sería que no se puede amar a Dios con corazón indiviso y, al mismo tiempo, querer con ternura a otra persona; sólo que esto hay que cuidarlo, y entender que el amor a Dios es lo primero de todo y es trascendental, y la ternura al otro está sometida al amor de Dios y es algo categorial. El corazón indiviso somete cualquier otro amor al del Señor, cualquier otra entrega a la de Dios, cualquier realidad a la voluntad del Señor. Corazón indiviso es aquel en el que la afectividad está totalmente polarizada en Dios. Y él es lo primero en la vida.
3. La vida está en el amor. Quien ama, vive; quien no ama, está muerto. Por eso en el celibato toda la capacidad afectiva está puesta en Dios. Si somos célibes, si vivimos de verdad el celibato, tenemos que estar estrechamente unidos a Dios. En él debe reposar toda nuestra afectividad. A él debemos estar íntimamente unidos. Jesús debe ser el centro de nuestra configuración. No se trata tanto de si se ama, sino de cómo se ama y desde dónde se ama. Porque todo cristiano debe amar a Dios. Pero el célibe lo debe amar sin otra pertenencia, y lo debe amar desde las raíces más hondas que brotan de su corazón. Jesús amaba a todos, pero su corazón estaba con el Padre. Y así vivió célibemente. Y eso se nota en los evangelios.
4. Para configurarnos con el amor de Cristo, debe ser él el centro de la vida; la afectividad debe estar centrada en él; nuestro amor no debe ser sino el ansia de ser completamente suyos. Poco a poco y a medida que pasa la vida, el tiempo es más para él. Antes, en cuanto hacíamos queríamos buscarle a él y hacer todo por él; ahora es que más y más hasta el tiempo le pertenece, y nuestro tiempo lo vamos concentrando en él. No importa a veces tener la sensación de aburrimiento o de pérdida de tiempo. ¿Es que el tiempo se pierde cuando se está con quien más ama el corazón aunque no sienta nada?

5. Responde el Esposo a la Esposa con todo el amor de su corazón, en el Cántico espiritual de S. Juan de la Cruz: “La blanca palomica/ al arca con el ramo se ha tornado,/ y ya la tortolica/ al socio deseado/ en las riberas verdes ha hallado./ En soledad vivía,/ y en soledad ha puesto ya su nido,/ y en soledad la guía/ a solas su querido,/ también en soledad de amor herido”.
6. La continencia perfecta nos obliga a no ser débiles en este campo, a no coquetear con nadie ni nada; a no permitirnos cosas que nos parecen en este campo de poca monta. Cuando el corazón ama a fondo perdido, lo que a otro le parece insulsez a uno le enturbia la vista y lo siente como falta de delicadeza; a más amor, mayores parecen las pequeñas indelicadezas; a más amor, mayor deseo de que nada escape a ese amor.
7. Amar a los niños y jóvenes de tal manera que al mismo tiempo se sientan respetados. No permitirse la mínima indelicadeza en este campo, ni por ingenuidad. Más en los tiempos en que vivimos. Que los niños y jóvenes nos vean como sus amigos, pero amigos que educan, que enseñan el camino que lleva a Dios, que están dispuestos a cualquier cosa por su bien. Tratar que pasen los vaivenes de los primeros años de su adolescencia sin daño o con el menor posible, y comportarse de tal manera que puedan recordarnos como verdaderos educadores que influyeron de verdad en su vida.
8. Si estamos en la vida religiosa se supone que el celibato lo hemos descubierto (ha sido gracia del Señor) y lo hemos adquirido (aunque aún haya que caminar para perfeccionarlo y siempre según la voluntad del Señor). Lo importante por tanto ahora es conservarlo. No se trata de conservarlo en su materialidad, sino en su realidad más íntima. Es decir, que a medida que uno se hace mayor tiene que irse desprendiendo de muchas cosas de la vida para que se refleje con mayor nitidez el amor. El amor puede tener menos pasión, pero ha de tener mayor hondura, más entrega, más totalidad. El único foco de afectividad duradera ha de estar en Dios. Dios va siendo más y más el todo de la vida. Se ha de crecer sólo en amor, en disponibilidad y entrega.
9. ¿Y para qué se quiere el tiempo sino para orar? Debe ser cierta una experiencia que he escuchado relatar a más de un anciano:

ahora que se tiene más tiempo para orar, se tienen menos ganas de hacerlo. Pero uno de esos sabios ancianos, ya enfermo, me decía que no le salían las palabras, pero que el pensamiento lo tenía en Dios. El celibato hay que vivirlo en oración, porque ésta es amor de Dios que está con nosotros, y el celibato es experiencia de un amor incondicional, íntimo y total a Dios. Si el celibato es don, hay que pedirlo, lo que se hace en la oración.

10. Para vivir de verdad el celibato se requiere madurez afectiva. Es la que se ha ido adquiriendo con los años; por eso también, con los años el celibato ha de ser más íntimo y profundo. Madurez afectiva que se ha de manifestar sobre todo en el trato amistoso con las personas. Vivimos en un mundo en el que los estímulos contra el celibato son frecuentes, y uno se puede encontrar con personas de todo género y vivencias con quienes es preciso estar y trabajar. Sólo una fe vivida a diario y un amor que se fortalece con el trato diario con el Señor, puede ayudar a vivir en relación amistosa sin que peligre el corazón. Y cuando peligra es bueno tener alguien que conozca la propia vida y sea el acompañante que se necesita en el camino hacia la configuración con Jesús. Es muy bueno tener un acompañante en la vida, no importa los años que se tengan, aunque es lógico que a medida que pasan los años la relación con el acompañante será distinta.

6° La configuración con Jesús por medio de la pobreza

1. Espiritualidad

1. Si queremos configurarnos con Jesús tenemos que seguirle e imitarle. Uno de los aspectos fundamentales que se dan en Jesús es la pobreza. El ejemplo del Maestro lo tenemos delante de los ojos: se hizo pobre por nosotros. Pobreza que podemos examinar desde dos aspectos. Por una parte está el hecho, que jamás hubiéramos podido ni soñar, que siendo el Hijo de Dios, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, se hiciese hombre. Esto no se le podía pasar por la cabeza a nadie. Los judíos que adoraban a Dios, que habían tenido una historia con él a lo largo de los siglos, a quien Dios se les había revelado y conducido a través de una historia tormentosa, no podían aceptar este hecho. Y hoy día, quienes no tienen fe, tampoco lo pueden aceptar. Que Dios se haga hombre es algo incomprendible. Que Dios, permaneciendo Dios, tome carne humana, es algo fuera de sentido. Pero Jesús, el Hijo de Dios, lo hizo. Se rebajó hasta hacerse hombre. Se humilló hasta hacerse uno de nosotros, se empobreció por hacerse igual a aquellos que amaba, igual en todo a ellos menos en el pecado. Este es el primer ejemplo de pobreza de Jesús, que, como es lógico, no puede ser imitado, pero sí alabado, ensalzado y agradecido.

El segundo ejemplo se refiere a la vida mortal del Maestro. Vivió pobremente. Además del nacimiento que tuvo como viene narrado por dos evangelistas, y el andar y viene de los primeros años hasta su vuelta de Egipto, llevado por María y José bajo la indicación del

ángel, su vida oculta se desarrolló dentro de una sencilla familia: hijo de carpintero, o del “chapuzas” del pueblo, como algunos prefieren traducir. Y después, en la vida pública no tenía dónde reclinar la cabeza. Llevó una vida itinerante, con las inclemencias que esto supone, viviendo de lo que recibía de las gentes por donde pasaba. Pues bien, nuestro camino tiene que ser un camino de pobreza como el de Jesús.

2. Que Dios ame la pobreza lo vemos, además de lo dicho de su Hijo, en dos ejemplos que nos traen las Constituciones. Se trata de María y Calasanz. Por una parte la Virgen María. El Señor Jesús, entre los pobres y humildes, eligió por Madre a la Virgen María que aventajaba a todos en pobreza y humildad. María vivió una vida pobre. Pertenecía a una familia sencilla y se desposó con un hombre también de gente sencilla, y su vida en la familia fue así mismo sencilla. Durante todo el tiempo de la vida oculta de Jesús, María debió ser una mujer que cuidaba de su casa y ayudaba en lo que podía a su esposo José, teniendo cuidado del niño cuando era pequeño y admirándose a medida que crecía del modo de ser de su hijo. Vivió siempre en una familia trabajadora, pobre, pero no mísera.

Además María vivió otra forma de pobreza que fue el anonimato. Pobre, como la inmensa mayoría de la gente de entonces. Nunca aparece como la madre del gran predicador que recorre Galilea predicando y haciendo milagros y del que tanto debía hablar la gente. Sólo aparece en momentos de desconcierto y dolor. Desconcierto, cuando el clan familiar –primos, allegados, vecinos– tampoco comprenden al Maestro; desconcierto cuando van a llevarse a Jesús porque se decían cosas nada buenas de él. ¡Cómo tuvo que sufrir María al verse metida en ese trance que sin duda ella no creía! Y luego, aparece ante la Cruz. Dolor, cansancio, pobreza, ¡ver así a su hijo! María debe ser ejemplo para nosotros en el camino de configuración con el Maestro.

El otro ejemplo que nos ponen las Constituciones es el del Fundador. Afirmaba convencido y viendo lo que era su Instituto: “No hay religión más pobre que la nuestra” (EP 2364), por eso “quienes profesan la pobreza que profesamos nosotros, saben contentarse con pocas cosas” (EP 557). Vivir en pobreza, la pobreza suma, fue la gran aspiración de Calasanz y el vivir intensamente la pobreza ha de ser

el camino de sus hijos, queriendo así ir, a imitación del Fundador, por la senda de la configuración del Señor.

3. La pobreza en nuestra vida ha de tener estas dos finalidades: ser prueba y exigencia de nuestro amor a Cristo y a los hombres. Por una parte, prueba. Nuestra pobreza ha de encarnar el amor a los pobres. Sobre todo en nuestro tiempo que pasa por situaciones verdaderamente delicadas y graves en este tema. Queremos ser pobres con los pobres. Queremos estar cerca de ellos. Queremos que si el Instituto fue fundado para ayudar a los niños y jóvenes pobres, aunque en seguida se abrió a todos, siga siendo fiel a la vocación primera, siempre adecuándola a los tiempos. Queremos que así como en los primeros tiempos los paganos al ver a los cristianos decían: “mirad cómo se aman”, hoy día quienes miran al Instituto puedan también decir: “mirad cómo sirven a los niños y jóvenes necesitados”. El Instituto no puede perder la vocación que le hizo nacer. Recordemos que cuando el Instituto estaba degradado a Congregación sin votos y el Fundador cercano a su final, él predijo que no desaparecería si continuaba siendo fiel a los pobres. Y así fue de hecho. Que el Instituto haya de ser pobre incluye necesariamente el hecho de que los religiosos que a él pertenecen lo han de ser también. Si no, no podría serlo.

No sólo la pobreza ha de ser prueba del amor a Dios y a los hombres, ha de ser también exigencia. La pobreza en nuestra vocación brota y procede como exigencia vocacional. No podemos amar a Cristo, si no siendo pobres; no podemos decir que amamos a los niños y jóvenes pobres, la porción de la humanidad que nos ha tocado, si no viviendo en pobreza. Esto es exigencia vocacional. No nos sentiríamos hijos de Calasanz si no viviéramos en pobreza y ésta se notara en nuestra vida personal. Aquí hay un gran tema para examinarnos.

4. Si uno se pregunta en qué elementos se ha de encarnar y manifestar la pobreza, las Constituciones lo explicitan. Por una parte, llevar una vida de austeridad personal. Es un campo amplio en el que cada uno puede profundizar según la gracia del Señor y su propia disposición. Es importante tener en cuenta la delicadeza de conciencia porque según ésta, lo que para uno puede ser austeridad, para otro puede ser abundancia. Es el amor el que señala las líneas de la austeridad. Este es, como todos los votos,

vocación; y Dios suele llamar dentro de la austeridad constitucional a mayor o menor profundización de la misma. Hay que tener ojos especiales para distinguir lo que Dios pide a cada uno.

Otro elemento es el sometimiento a la ley del trabajo. Este es un elemento que vale para todo hombre. Pero el sometimiento puede ser más fuerte o más flojo. Hay que estar dispuesto a gastar a diario todas las fuerzas en el trabajo que a uno le toca. Lo que no quita que cada ser humano tenga derecho al descanso, a un tiempo de ocio y a un tiempo para su formación. Así lo exigen también para nosotros las Constituciones. Pero hay que cuidar no extralimitarse en estas cosas de forma que el trabajo, de tener que ser una obligación asumida y vivida, se convierte en algo casi accidental cada uno de los días.

La pobreza se manifiesta también en el uso equilibrado y moderado de los bienes. Puede ser que casi sin darnos cuenta vayamos acumulando cosas y más cosas en la habitación; quizá muchas de ellas no las necesitamos verdaderamente y podríamos prescindir de ellas si tuviéramos una auténtica vivencia de la pobreza.

Un elemento sencillo pero que se da en casa de las familias pobres, es el cuidado de las cosas comunes. Es una forma de atender al bien común, representa respeto por los demás que deben usar esas cosas e indica un espíritu que procura que los otros puedan disfrutar de lo que es de todos.

5. Dice s. Juan de la Cruz: “En una noche oscura,/ con ansias, en amores inflamada/ ¡Oh dichosa ventura!./ salí sin ser notada/ estando ya mi casa sosegada./ A oscuras y segura,/ por la secreta escala disfrazada,/ ¡Oh dichosa ventura!./ a oscuras y en celada,/ estando ya mi casa sosegada”.
6. A veces se hace de la pobreza un elemento puramente jurídico. Uno queda tranquilo con el simple hecho del permiso del superior. Y no es así. La pobreza no se mide por lo jurídico, sino por lo espiritual. Obtener el permiso del superior es un requisito, pero no puede tranquilizar la conciencia. Porque cada uno ha de medirse en este tema por lo que Dios pide de él. El superior desconoce con frecuencia el diálogo de amor entre Dios y el religioso, y no conoce tampoco las exigencias que siente un religioso ante Dios. Querer resolver ese diálogo y exigencias con un permiso, es algo que no tiene valor ni sentido; es algo totalmen-

te equivocado. El permiso puede ser muchas veces un requisito y puede indicar incluso un espíritu delicado; pero lo fundamental está en que uno esté atento a lo que Dios quiere de él. Porque aunque se trate de las mismas cosas, puede ser que el Señor le pida a uno el despegue de ellas, mientras que no se lo pida a otro.

Las Constituciones señalan el rasero mínimo que todos debemos observar según la profesión emitida. Pero el rasero señala lo mínimo que se ha de vivir. Desde ese rasero se puede avanzar mucho en los distintos votos, si se atiende a la voz de Dios, si se está atento a su voluntad, si se escuchan los susurros del Espíritu. Cada uno tiene una historia de amor con Dios y ha de comportarse según lo que Dios le pide en esa historia. De esta manera se puede y se debe recorrer el camino de la configuración con Jesús.

7. La pobreza no es un simple hecho personal y espiritual; es también un hecho social. Quiere decir que tiene una manifestación externa en edificios y lugares. Por eso a nosotros, las Constituciones nos dicen que la pobreza ha de brillar en nuestra vivienda y en las Obras. Es cierto que tenemos edificios, que son los colegios, y que ejercen un servicio educativo y requieren tener todos los elementos necesarios para impartir una buena educación, precisamente a favor de los necesitados. Por otra parte, cada vez más se va separando la vivienda de los religiosos de los colegios. Los colegios en los que trabajamos tienen que contar con cuanto sea necesario para el servicio que ejercen, pero no debe haber allí ningún lujo.

Y la vivienda de los religiosos tiene que manifestar limpieza, decoro, cuidado, pero nada que sea una extralimitación. Este es siempre un tema difícil de resolver. Por una parte es verdad que este cuidado se tiene en las nuevas fundaciones; en las Obras clásicas habrá que hacer lo que se pueda. Es verdad que un colegio no se puede juzgar sólo por lo externo; más importante es lo interno, los alumnos que acoge, los inmigrantes que estudian, las aulas especiales para los discapacitados, la atención a toda clase de personas. Ahora bien, siendo esto cierto, no quita que haya que cuidar el aspecto externo. El testimonio que se da ha de ser colectivo.

8. Lo hemos insinuado, pero ahora lo recalamos, los bienes materiales hay que usarlos en la medida que son necesarios para

el ejercicio de nuestro ministerio. Y esto es amor a los pobres. Que cuantos se educan en nuestros colegios puedan disfrutar de los medios que les preparen para la vida de nuestro tiempo. Que se haga el esfuerzo para que tengan todo lo necesario para una buena educación. Como religiosos, hemos de ser pobres, y es un elemento que hay que examinar constantemente. Es el camino para la configuración con Jesús. Pero como educadores se ha de tener todo cuanto se necesite para ejercer bien el ministerio propio. Ambos elementos son necesarios y de los dos se ha de tener cuidado.

9. La pobreza verdadera incluye también cuidar lo que ya tenemos. Los bienes se poseen para el servicio de los demás, y para que fructificando, se pueda ayudar a los necesitados. Lo que requiere una administración acertada y prudente. De ahí que cada vez más, bajo la vigilancia de un religioso que entienda de temas de economía, se va poniendo en manos de seculares competentes la administración de los grandes entes. En las pequeñas realidades, como las comunidades, la economía suele estar en manos de los religiosos, mientras que cada vez más la de las demarcaciones y la de los colegios descansa en manos de personas entendidas; esto es bueno siempre que exista la dependencia y supervisión de algún religioso.
10. En el empeño por vivir la pobreza es importante la capacidad de descubrir nuevas formas de pobreza. Se requiere para ello un intenso amor a la pobreza, atención a las intuiciones que el Espíritu suscita, y escucha atenta de lo que otros Institutos hacen, siempre teniendo en cuenta nuestro propio ministerio.

2. Discernimiento

1. Hay que discernir la propia pobreza. Si somos pobres de verdad como Jesús. Si la pobreza es una manera de vivir bien, quizá hasta mejor que nuestros familiares, o si es una realidad que ha penetrado en el corazón. Si la pobreza nos lleva a humillarnos ante los demás como el Señor se humilló haciéndose hombre como nosotros y por nosotros. Así la pobreza se da la mano con la humildad. Uno debe examinar toda su vida. Y ver si la pobreza realmente significa algo en ella. La pobreza en sus dos caras,

como en Jesús. En su cara interna, que en Jesús fue su abajamiento hasta hacerse hombre y en nosotros se trata de las pobreza que no son materiales, sino completamente de otra clase. Esas pobreza son a veces debilidades y otras imposibilidades o cosas que acaecen, como las reducciones de la existencia. La pobreza de las caídas en la vida espiritual, la pobreza de no poder superar algunas cosas que nos atormentan, la pobreza de la ancianidad, del dolor, del cansancio, de la depresión, de no lograr hacer lo que antes sí hacíamos. Son pobreza reales, duras y que contristan el corazón. Y, sin embargo, también en esas pobreza está el Señor. Y asumiéndolas, viviéndolas, aceptándolas y tantas veces poniéndolas en las manos de nuestro Dios, van ayudando a vivir el camino de la configuración con Jesús.

La cara externa de la pobreza, son las pobreza materiales, que también se han de discernir en la vida. ¿Somos pobres de verdad? ¿Qué es la pobreza en nuestra vida? ¿Hemos experimentado su aguijón o nos evadimos de ella de tantas maneras como encontramos sin que nos remuerda la conciencia?

2. En la pobreza, ¿imitamos a María? La pobreza de ser una persona sencilla que no destacaba en nada ante los demás. A veces nosotros deseamos destacar, estar por encima de los otros, hacer valer lo que juzgamos que son nuestros derechos. Se discierne esta pobreza viendo si nuestra vida no busca ser el centro de todo o de aquellos con quienes convivimos. Y ahí aparece también la pobreza del anonimato, de no ser tenido en cuenta, de pasar desapercibido. Que no nos importe que los demás pasen delante de nosotros, sean más que nosotros, más alabados, triunfen mientras nuestra vida queda quizá en el olvido porque no la consideran importante. Saber acoger con alegría los triunfos de los demás quizá en medio de nuestros fracasos o simplemente en el hecho de que nadie haga caso de nosotros. Y que esto lo vivamos en alegría, con paz, con serenidad, sin amargura alguna. Este discernimiento lo tenemos que hacer también desde un referente muy importante para nosotros, el Fundador.

Ahí, además de la pobreza que acabamos de enunciar, aparece la pobreza práctica, del tener. Calasanz pasó de ser una persona con bienes económicos más que suficientes, a vivir en absoluta pobreza.

Y eso lo prometió para toda su vida. E hizo el voto de pobreza suma. Y aunque es cierto que el carisma del santo no tiene por qué ser exactamente el nuestro propio, queda en pie la necesidad de vivir en pobreza material. Y en este aspecto sí que hemos de examinarlos personalmente. El tema ha sido siempre controvertido –somos o no somos pobres–, y las discusiones sobre él han solido terminar con la cabeza caliente y los pies fríos, pero sin que nadie cambiase de parecer. Ante la Cruz del Señor hemos de discernir la pobreza como camino de configuración con él.

3. Muchas veces nos preguntamos cómo manifestar nuestro amor a Dios y a los hombres. En la pobreza encontramos un medio. Y entonces se convierte en prueba y exigencia de ese amor. Por eso hay que discernir si nuestra pobreza es cercana a los pobres. Hay una pobreza que es la de ser y otra, la de “estar con”. Las dos hay que vivirlas, aunque la verdaderamente importante es la segunda. El dar es necesario. No solemos ser tan pobres como para no poder ayudar a quienes son de verdad pobres. ¿Hasta qué punto hacemos esto? ¿Nos desprendemos de bienes materiales, aunque sean pocos, para poder ayudar un poco a otras personas? Que sea una gota de ayuda en un mar de necesidad, no quita que no hayamos de hacerlo. Si alguien se siente ayudado un poco por lo que le ofrecemos, ese gesto de ayuda es manifestación de amor al otro. Y al ayudar al otro, vivimos el amor de Jesús, porque lo que se hace a uno de sus pobres, se lo hacemos a él. Y está también la pobreza del “estar con”. Es algo que nos puede tocar según dónde vivamos. Es el “estar con” los pobres. Es una ayuda a ellos y una experiencia que suele tocar y cambiar el corazón.

Pero no sólo es prueba, hemos de entrar más en nosotros mismos, para ver si la ayuda brota como exigencia. Nos damos cuenta de que los pobres tienen un cierto derecho sobre lo que nos sobra a nosotros. Los santos Padres hablan mucho de esto, pero su saber e intención por desgracia no se ha hecho carne y sangre en los cristianos, ni tampoco en nosotros, los religiosos. Por eso, examinar, discernir qué hay de exigencia que notamos y vivimos de ayudar y dar a los necesitados.

4. Algunas preguntas que ayudan a discernir nuestra vida en este campo y que así nos hagan ver si nuestra vida está en la sen-

da de la configuración de Cristo el Señor: ¿Somos austeros en nuestra vida? Austero es más que poseer sólo lo que se necesita. Porque de lo que se necesita hay muchas veces distintas comprensiones y diversos niveles. Basta mirar lo que uno tiene en su propia habitación y de todo lo que dispone. ¿Es necesario? ¿Hasta qué punto? ¿Se puede prescindir de ello, o poseerlo pero de modo más sencillo? El ansia de poseer es grande en el hombre; y ahora que aparecen instrumentos cada vez más sofisticados y perfectos, los buscamos muchas veces bajo la disculpa de que los necesitamos. Y no nos damos cuenta de que estamos bien equipados con lo que tenemos sin necesidad de adquirir algo más perfecto, cuando con lo que tenemos quedan satisfechas nuestras necesidades. Hemos de confesarlo, en este campo nos engañamos con bastante facilidad. Y hay un razonamiento no justo, pero que con frecuencia nos hacemos: si un compañero posee esto o lo otro teniendo mis mismas necesidades, ¿por qué yo no lo voy a poseer? Y esto se convierte en una especie de marea que abarca cada vez a más religiosos.

5. Según s. Juan de la Cruz, el corazón ha de ser luz y guía en nuestro discernimiento: “En la noche dichosa/ en secreto, que nadie me veía,/ ni yo miraba cosa,/ sin otra luz y guía/ sino la que en el corazón ardía./ Aquésta me guiaba/ más cierto que la luz del mediodía,/ adonde me esperaba/ quien yo bien me sabía,/ en parte donde nadie parecía”.
6. Un punto importante es discernir nuestro corazón en este tema y ver si nos engañamos o no. A veces tenemos y recibimos cosas que la delicadeza de corazón pediría que se lo indicáramos al superior. Y no hablo de todo aquello que el nº 69 de las Constituciones dice que se ha de entregar a la comunidad, aunque lo haya recibido un religioso. Lo que dicen las Constituciones en este punto, se ha de cumplir pues a ello nos hemos comprometido.

Pero más allá de ello, la conciencia delicada sabe que en muchas cosas depende del superior y a él ha de acudir. No se trata de infantilizar a las personas. Por eso se ha de discernir las cosas para las que se necesita de verdad permiso. ¿Obramos de esta manera? ¿Somos delicados en este campo? ¿Nos aprovechamos en cuanto podemos de todo y somos dueños y señores de todo, viviendo como si no tuviéramos un voto de pobreza? No estaría mal que examiná-

ramos nuestra vida desde esta perspectiva. Pero hay un más allá. ¿Nos quedamos tranquilos, tengamos lo que tengamos, con tal de tenerlo con permiso del superior? No se trata de ir al superior. La madurez personal nos exige comportarnos con este criterio de fondo, que el permiso del superior no legitima todas las cosas. Ahí ya depende de cada uno, de su relación con el Señor, de la intimidad que se tiene con él, de lo que siente que él le pide. ¿Por qué será que los santos cuando han sentido la mano de Dios sobre ellos, en seguida han buscado el desprendimiento de las cosas? ¿Por qué siempre se ha dado que han buscado y querido ser pobres? Es para pensarlo y aplicarlo a nuestra vida.

7. Puede ser que otro elemento de pobreza que piden las Constituciones no dependa de nosotros, religiosos particulares. Se trata de que la pobreza brille en nuestros edificios. Aquí cada uno tiene que tomar su propia vela. Están los superiores en cuyas manos se encuentran las decisiones últimas que se toman en este campo; están los encargados de vigilar y cuidar una Obra en construcción, viendo los materiales que se emplean y si se cumplen los planos aprobados y cosas semejantes. Y está el simple religioso que lo que tiene que hacer es ser consecuente con lo que tiene en su habitación. Ahora hablamos del edificio y de la vivencia de la pobreza en sí y no en función del ministerio que se va a realizar en ese lugar. ¿Qué desean y piden las Constituciones cuando dicen: “En nuestra vivienda y en nuestras Obras también debe brillar la pobreza”? Es verdad que en este sentido hay que considerar el lugar, el medio social en el que se vive. Una petición importante de las Constituciones que obliga también al discernimiento: “Rechazamos del todo hasta la apariencia de lujo, de lucro desmedido y de acumulación de bienes” (nº 70). Campo de examen de la vida religiosa, de las demarcaciones, de las comunidades y de los individuos.
8. Todo cuanto hay en un colegio ha de ser para beneficio de los pobres. El discernimiento es, ¿hasta qué punto se realiza esto en nuestros centros? Sin duda con cuanto se adquiere en un centro lo que se busca es siempre el bien de los educandos, pero esto ha de ser contrastado para ver si es así efectivamente. El amor a los educandos, la preocupación por ellos, el deseo de formarlos bien, el ansia de que salgan lo mejor preparados

para poder terminar sus estudios y vivir con dignidad, hace que se busque todos los medios que ayudan a ello. La pobreza no está reñida con las adquisiciones que se hacen para este fin. Siempre, por otra parte, que semejante hecho no suponga una discriminación en la recepción de los alumnos. El ministerio escolapio es un elemento tan apasionante para el religioso que hace todo lo posible para que los educandos tengan todo lo necesario para su formación y educación. En este caso lo que hay que discernir es si de verdad es así con cuanto se adquiere, y si el fruto que se espera obtener está en consonancia con los gastos que genera.

9. El ser cuidadoso con lo que se tiene, el no abusar de las cosas que pertenecen a todos, es también manera de vivir la pobreza. Son cosas que a veces parecen no tener importancia, pero hay que cuidar de ellas. Por eso, examinar nuestra pobreza es mirar hasta qué punto obramos de esa manera. El discernir este punto es muy sencillo, consiste simplemente en ver cómo obramos, cómo nos comportamos con las cosas que son de todos. Esto que puede parecer algo sin importancia, es, sin embargo, lo que nos piden las Constituciones. Y junto a esto tan simple, algo más importante: ¿administramos acertada y prudentemente los bienes que poseemos? Toca al encargado, bajo la mirada atenta del superior, examinar este punto. Hay que cuidar la gestión de los bienes y procurar siempre que se haga lo más correctamente posible, según los criterios evangélicos.
10. ¿Estamos abiertos a nuevas formas de pobreza? Así como en todo lo que concierne a la vida religiosa, tratamos de que nuestro seguimiento de Jesús sea cada vez más exigente, de forma que le sigamos con un corazón más íntegro, también en el ámbito de la pobreza tenemos que avanzar y no quedarnos estancados en lo de siempre. Ya el discernimiento de los puntos anteriores tiene que servirnos para crecer en el amor a la pobreza y para hacer de ella un verdadero eje del seguimiento de Jesús. Pero se requiere un paso más: ¿estamos abiertos a nuevas formas de pobreza? ¿Las buscamos? ¿Estamos disponibles a la voz del Espíritu que puede iluminarnos en este campo? Ya sería mucho que viviésemos la pobreza como piden las Constituciones, pero ellas mismas enseñan que es necesario esta búsqueda

para ser fieles a la voz del Espíritu cuando quiere comunicarnos o sugerirnos dar un paso más en esta materia, siempre que ese paso sea descubrir nuevas formas de pobreza, más adaptada a nuestro carisma y a las exigencias de nuestro tiempo.

3. Metodología

1. No hay que dejarse seducir por los bienes materiales. Estos atraen, y a veces con fuerza. No podemos sucumbir a esa atracción. Requiere, por tanto, fuerza de voluntad, examen del comportamiento en materia de pobreza, y, por otra parte, confianza inmensa en Dios. Confianza que ha de ser luz que ilumine todos los recovecos de nuestro ser. Hay que mirar al Señor y la forma de vida que él llevó. Y trasladar eso a nuestro tiempo con la luz del Espíritu, para obrar nosotros de manera adecuada. La atracción de los bienes tiene una fuerza inusitada, y tenemos que pedir ayuda al Señor, sabiendo que nuestro auténtico bien es él. Frente a él, todo es nada; frente a su seguimiento, no vale ningún otro seguimiento; frente al deseo de querer vivir como lo hizo él, cualquier otro deseo de bienes no tiene sentido ni valor. Hay que confiar en el Señor y pedir su ayuda.
2. ¿Nos fijamos en las actitudes de María para vivir como ella? En el apartado anterior hemos visto cuáles eran esas actitudes; hay que traducirlas a nuestra propia vida. Entre tantas actitudes podemos fijarnos en la del anonimato, que comprende muchas cosas. ¿Queremos hacernos ver ante los demás por lo que hacemos, por las consecuciones que hemos logrado, por lo que somos alabados, por los triunfos que hemos conseguido? Esto no es vivir anónimamente. Una cosa es que ciertos de estos hechos vengan sobre nosotros sin buscarlos, por diversas circunstancias de la vida, porque el Señor tiene su Providencia, y otra que hagamos lo posible para que todo lo dicho sea visible ante los demás. Y al revés: ¿ocultamos cuanto podemos nuestros fracasos, lo que hay de mal en nosotros, para que no nos tengan en menos? ¿Dónde está la pobreza de no ser tenido y considerado por los demás?

La sencillez es pobreza, el no ser considerado es pobreza, el no ser envidiado es pobreza, el no ser atendido es pobreza. Discernir es

ver cómo va nuestra vida en este aspecto. Como hijos de Calasanz hay que ver si se ha dado en nosotros una conversión semejante a la suya del tener al no tener ni desear. Es cierto que cuanto más se tiene, más se busca, y cuanto menos se tiene más fácil es el despojo de muchas cosas que no son necesarias.

3. Tenemos que vivir muchas clases de pobreza. Podemos citar distintos niveles. El nivel material, y ahí aparece la pobreza material. Es necesario vivirla según el ejemplo que hemos citado de Jesús, María y Calasanz. Siempre atentos a lo que Dios pide. Porque en este nivel no pide Dios a todos la misma intensidad de vivencia. Por eso hay que estar atentos a las sugerencias del Espíritu que habla al corazón de cada uno.

Está, después, el nivel psicológico, que puede acarrear pobreza. Hay personas con tendencias depresivas, otras en quienes la depresión puede manifestarse en edades más avanzadas y unas terceras que pasan una temporada bien y llegan después otras temporadas en que están afligidas por la depresión. Nadie puede llegar a saber lo que de pobreza tiene esta realidad mientras no la sufre.

Está, en tercer lugar, el nivel existencial, y son múltiples las pobrezas: sufrimientos, enfermedad, ancianidad, bajones de ánimo. Todo esto puede darse en una persona y son pobrezas que hay que saber asumir. Y, finalmente, está el nivel espiritual, y uno se descubre pobre, pequeño y pecador. Esto es pobreza. Todo esto hay que ofrecerlo al Señor, pedir su ayuda y saber que a través de todo ello nos vamos configurando a Jesús.

4. Ya hemos señalado en el apartado anterior en qué elementos se manifiesta la pobreza, según nuestras Constituciones. Aquí sólo hay que insistir en la necesidad de poner todo el empeño en llevar lo dicho a la práctica. Por eso hay que vivir austeramente, sin extralimitarnos, viviendo como viven los pobres; hay que trabajar, cada uno en lo que se le ha mandado, sin sacar excusa alguna. Más aún, nuestro trabajo, que se centra fundamentalmente en nuestro ministerio, ha de crear la pasión por vivirlo de corazón e intensamente porque ministerio es más que trabajo. Nada ama más nuestro ser que la entrega a los niños y jóvenes que necesitan nuestra ayuda. También se ha de manifestar la pobreza en el uso equitativo y moderado de los

bienes; nadie tiene que sobrepasarse en este campo. Otra de las cosas que hay que atender es el cuidado de las cosas comunes, ya hemos hablado de ello. Son cosas sencillas, pero a las que hay que atender como lo hacen también las familias sencillas en todos los aspectos.

5. En la noche de muchos desconciertos nuestros, aparece el Amado que nos ayuda: “¡Oh noche que guiaste!/ ¡Oh noche amable más que la alborada!/ ¡Oh noche que juntaste/ Amado con amada,/ amada en el Amado transformada!/ En mi pecho florido/ que entero para él sólo se guardaba,/ allí quedó dormido,/ y yo le regalaba,/ y el ventalle de cedros aire le daba.
6. Hay que conjugar dos elementos, por una parte la madurez personal, y, por otra, el sentido vocacional que nos pide que en este campo hay que depender de los superiores. La madurez nos obliga a no comportarnos de una manera extraña, a no ser como niños en este campo; el sentido vocacional nos lleva a saber pedir permiso en todo aquello que lo requiere. Pero en este campo no se tiene que caer en casuística, que nos llevaría a la falta de un sentido recto y sincero de la vivencia de la pobreza; y, al mismo tiempo, uno debe saber que el permiso, aunque parezca contradictorio, no lo permite todo; si se obra así no se podrá llegar al objetivo al que deseamos llegar al cabo de la vida, la configuración con Cristo Jesús.
7. Personalmente debemos dar testimonio de pobreza, y eso depende de cada uno; ya hemos indicado muchos elementos en los que se puede vivir la pobreza y manifestarla para dar hacia fuera un testimonio de seguimiento del Señor Jesús. También es necesario el testimonio colectivo. A veces puede considerarse como la suma de los testimonios personales, pero puede ser entendido también como el testimonio de las mismas Obras. Hay que entender que una cosa es el pasado y otra el presente-futuro. Este presente-futuro requiere que se tenga cuidado en las nuevas construcciones, sobre todo en las viviendas de los religiosos, aunque también en las Obras que han de servir para el ministerio propio. La pobreza y sencillez se ha de manifestar en todos los lugares, pero hay que atender de manera especial al medio social en el que se construye, para que no constituya una ofensa hacia quienes viven en ese lugar. Habrá que exami-

nar nuestras viviendas en relación con las de la gente de nuestro alrededor.

8. Se ha dicho repetidamente que otra cosa es lo que se refiere a las Obras en las que se ejerce el ministerio. Usar los bienes materiales en la medida que sea necesaria para el ejercicio del ministerio. Adquirir el instrumental pedagógico y auxiliar que redunde en bien de los pobres y de nuestro apostolado, pero en esto también hay que tener en cuenta el medio social. No que a los pobres haya que darles cosas más pobres, sería una injuria; a los pobres hay que ofrecerles todas las posibilidades para que se eduquen bien y puedan tener un futuro de vida mejor según sus conocimientos y habilidades, pero siempre sin ofender su pobreza.
9. Elegir bien a quienes se ocupan de la gestión de los bienes. Este punto es importante, porque de ello depende que los bienes económicos fructifiquen siempre dentro de la justicia y honradez. Hay que atender a esto. El pasado puede enseñarnos muchas cosas en este campo. El dinero ha de fructificar, pero se ha de hacer siempre según criterios sociales y evangélicos.
10. Hay que preocuparse por encontrar nuevas formas de pobreza. Esto requiere reflexión, atención a lo que pasa en el mundo, fijarse en lo que hacen otros, vivir las circunstancias de los tiempos, y pedir ayuda al Espíritu Santo.

7º La configuración con Jesús por la obediencia

1. Espiritualidad

1. Uno de los elementos básicos del camino hacia la configuración con Jesús es vivir en obediencia a Dios Padre. De esta manera hacer la voluntad de Dios se convierte en el principio básico de la vida cristiana y, por tanto, de la vida religiosa. Hacer la voluntad de Dios vale para la oración, para la acción y para el sufrimiento. Y es que lo que nos vincula a Dios no es el sentimiento, sino el amor del Espíritu Santo que se realiza en la obediencia al Padre. Cuando uno vive así, se simplifica la vida. Y lo que vale para la oración y la acción, sirve también para la misión. Porque ésta no consiste en realizar una tarea, en conseguir un proyecto, sino en hacer la voluntad del Padre, para que Dios actúe como quiera. Por eso, da lo mismo estar en un lugar que en otro, realizar un trabajo u otro, si eso es lo que Dios quiere de mí. Porque éste es el punto crucial de la vida del religioso. Y para cumplir esa voluntad del Padre nos dejamos guiar por la Divina Providencia que nos conduce por las sendas que desea para cada uno de nosotros.

Por eso es importante dar en la vida el primado a la voluntad de Dios. Pero esto no nace de ningún principio ascético, sino de experimentar que pertenecemos afectivamente a Dios. Si él nos ama, si él se ha dado a nosotros, si él se entrega constantemente por nosotros y conocemos y experimentamos su amor, es normal que busquemos lo que desea de nosotros, porque amor con amor se paga. “Tú eres mi Dios”. “Yo soy tuyo. ¿Qué quieres que haga?”. Así se expresa el amor

de obediencia o la obediencia de amor. En todo amor, el culmen del mismo, es la obediencia: “soy tuyo”. Así ocurre también en el verdadero amor humano. Por eso, el primado de la voluntad de Dios es cuestión de amor, pero no de cualquier amor, sino el de pertenencia. Ya hemos hablado en el capítulo del celibato de esta realidad.

La libertad consiste en entregarla al servicio de Dios. Es el amor de misión. El amor de pertenencia se hace amor de obediencia, y, por eso, amor de misión. Sólo el amor produce la transformación de la libertad en obediencia y la transformación de nuestros deseos en desear primordialmente la voluntad de Dios. Que es lo que Jesús quiso hacer en toda su vida. Por eso la configuración con Cristo camina a través de la obediencia. Es ésta la que nos lleva a unirnos con Cristo Jesús y a obrar como él lo hizo, y así asemejarnos a él.

2. Si tan importante es la obediencia es necesario descubrirla. Si queremos realizar lo que agrada al Padre, es preciso descubrir su voluntad, porque es la única manera de obrar según su querer. Y en ese sentido las Constituciones indican algunos modos. Uno de ellos es el intercambio de pareceres entre los miembros de la comunidad. El Señor se manifiesta cuando varios hijos suyos están reunidos y Jesús está en medio de ellos, y buscan con empeño y ahínco cuál puede ser el querer del Padre sobre un aspecto que están tratando. Ahí se manifiesta su voluntad, como ya lo dijo Jesús: “Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá”. Y dijo que esto lo realizáramos constantemente, sin cansarnos, con todo empeño, poniéndonos en una parábola el ejemplo de la señora a cuya casa llegan unos amigos y no tiene nada que ofrecerles y va a un vecino, y aunque es de noche y los criados están en la cama, insiste en que le dé algo; al final se lo da para quitársela de encima.

Otro medio es la comunión de oraciones. Entra también en el texto de Jesús que hemos citado. Si le pedimos a Dios que nos dé a conocer su voluntad, ¿cómo no lo va a hacer? Aquí lo importante es tener ojos capaces de percibir su manifestación. No estar distraído o preocupado por otras cosas. Dirigirnos a él, estar pendientes de él para que no pase desapercibida su voz. Pero para percibir su voz hay que dejarse poseer abandonándonos en él. No sé por qué los varones hace tiempo que hemos dejado el sentido del abandono como si fuera algo propio de mujeres. Está bien obrar socialmente para

liberarnos de las dependencias, pero la clave está en ser autónomo y vivir el amor abandonándose al otro. De cara a Dios es la manera habitual de vivir, y así podremos percibir su palabra, su voluntad y configurarnos con él.

3. La búsqueda de la voluntad de Dios se hace personalmente, pero también en grupo. Y los religiosos vivimos en comunidad. Esta no es sólo un medio práctico para ayudarnos en la vida diaria, de forma que cada uno se ocupe de una cosa, y así todos podamos dedicarnos al propio trabajo; es también un hecho religioso: vivimos juntos el amor de Dios, la manifestación de su caridad y la búsqueda de su voluntad. Cuando el grupo está presente en el nombre del Señor y lo invoca, el Maestro está en medio de ellos. Y cuando ora al Padre, el Espíritu se suele manifestar a través de alguno de ellos, a veces del más sencillo, el menos culto. Los caminos de Dios no son los de la ciencia y sabiduría humanas, sino los del corazón y amor a los demás.

En las reuniones de grupo hay que manifestar con libertad el propio parecer, que no busca imponerse a nadie, sino más bien contribuir con el pensamiento y los sentimientos al hecho de que todos y cada uno puedan conocer el querer del Padre sobre su vida. Al fin y al cabo es la voluntad del Padre la que les ha reunido en comunidad a todos, y cada uno busca seguir cumpliendo esa voluntad durante su vida. Para encontrar en común el querer de Dios, hay que poseer un corazón limpio; no se puede obrar con trampa, ocultando o escondiendo lo que a uno no le conviene; en las reuniones el comportamiento ha de ser claro, y se ha de manifestar con libertad las propias opiniones. Todo ello servirá para que conociendo el deseo del Padre, cada uno pueda dedicarse más eficazmente al servicio de Dios y al provecho del prójimo.

4. Nuestra obediencia está al servicio de la Iglesia y por ello hemos de obedecer a la Jerarquía como a la principal intérprete de la voluntad de Cristo. Ahora bien, para que se dé esta obediencia, como en toda obediencia, hay que relacionar autonomía y obediencia de fe; es decir, ser autónomo y tener la vida en las manos para poder entregarla libremente. Es decir, que la autonomía del creyente debe hacerse obediencia. Cuando ocurre así, entonces la obediencia no es sometimiento a una autoridad externa, sino experiencia de pertenencia, que es lo

que suscita la obediencia de fe. La obediencia a cualquier autoridad, ahora hablamos de la Jerarquía, está basada en este hecho teológico: “Señor, ¿qué quieres que haga? ¿Por qué me pides esta obediencia?”

Estamos en el mundo teologal, donde Dios asume el subsuelo antropológico, la autonomía, la alteridad y la forma suprema del amor, que también es obediencia. Obedecemos a la autoridad humana, porque descansa en la de Dios. Y en el fondo es a éste a quien nos sometemos en las mediaciones humanas. Lo que pasa es que en nuestra cultura no valoramos el amor como abandono, que es la forma propia de la alianza. No se construye la alianza hasta que no salimos de nosotros mismos, y desde dentro de nuestro propio ser le decimos al otro: “soy tuyo”. En la relación con Dios, al ser una relación agradecida ante un amor absolutamente insospechado, la dinámica normal es la del abandono amoroso, es decir, la obediencia: “¿Qué quieres que haga?”. Y en este punto, el Señor nos pide que obedezcamos, con madurez de fe a la Jerarquía que es quien le representa ante nosotros y a la que nos hemos comprometido a obedecer en virtud del voto de obediencia. Esta obediencia a la Jerarquía marcó profundamente la vida del Fundador, y de manera especial al final de su vida, y en ese sentido queda siempre como ejemplo inigualable para el escolapio.

5. Muchas veces no entendemos la obediencia, es el Señor quien nos la da a conocer: “Entréme donde no supe:/ y quedéme no sabiendo,/ toda ciencia trascendiendo./ Yo no supe dónde estaba,/ pero, cuando allí me ví,/ sin saber dónde me estaba,/ grandes cosas entendí;/ no diré lo que sentí,/ que me quedé no sabiendo/ toda ciencia trascendiendo./ De paz y de piedad/ era la ciencia perfecta,/ en profunda soledad/ entendida, vía recta;/ era cosa tan secreta,/ que me quedé balbuciendo/ toda ciencia trascendiendo”.
6. La obediencia la debemos también al superior. Es una obediencia de mediación. Por el voto nos hemos comprometido a obedecer al superior. A veces este hecho se entiende y vive de forma moralista y no de manera teologal. Se dice que el superior se puede equivocar en lo que manda, pero el súbdito no se equivoca obedeciendo. Sin duda que el superior se puede equivocar y tantas veces se equivoca. Lo que ocurre es que Dios en su Providencia quiere que obedezcamos, porque en la obediencia

conectamos con él. Es claro que no se trata de obedecer a cosas injustas o pecaminosas; esto se da por hecho. En este caso, a nivel psicológico-interrelacional hay que equilibrar abandono con autonomía. Por una parte está nuestra autonomía, y, por otra, el abandono en Dios. Ahora bien, en la relación con Dios no hay nada que equilibrar, sino consentir. De lo demás se encarga Dios. La gran dificultad en la relación con Dios está en el consentimiento, igual que ocurre en la relación interpersonal. Con Dios la autonomía es siempre abandono amoroso.

Al superior en virtud del voto de obediencia hay que someterle a su aprobación y discernimiento aun los carismas personales, en servicio de la comunidad. Someter significa que él puede servirse de esos carismas para bien del grupo, o del ministerio, animando al religioso a ocuparse de una cosa o de otra, de acuerdo con esos carismas. Esta obediencia al superior no tiene que infantilizar al religioso. Este debe saber compaginar su autonomía con la obediencia sincera a lo que le manda el superior. Y tiene que llegar a experimentar que no hay mayor autonomía que entregarse a Dios en obediencia, a través de las mediaciones que han de facilitar esa obediencia. Así se unirá más a Dios y se configurará con Cristo el Señor.

7. Pero a la obediencia también está sujeto el superior. Es decir, tiene ciertas responsabilidades en el servicio obediencial a sus hermanos. La primera cosa a la que debe atender es el cuidado pastoral de los religiosos. En eso debe imitar al Maestro, que cuidó con esmero de los doce, se dedicó a ellos, vivió con ellos y en ocasiones les habló sólo a ellos. Esto último sobre todo en la etapa de Jerusalén. Este cuidado del superior debe llegar a todas las necesidades de sus hermanos. Cuidará de ellos en los momentos difíciles que puedan tener, en las enfermedades por las que pasen, en las crisis que sufran, si son manifiestas o si las conoce porque se han abierto a él. Como Dios cuida del superior y éste siente su amor, así debe él darse a los hermanos y hacerles notar la atención, el cariño, la preocupación por ellos y todo lo que les concierne.

Ha de dialogar con ellos, pero las Constituciones dicen que en último término le corresponde a él la última palabra sobre una cuestión en la que no se puedan poner de acuerdo. Pero para comportarse de este modo tratará de descubrir la voluntad de Dios sobre

los hermanos; sólo entonces puede mandar con mayor autoridad. Obligación suya es conducir a su comunidad hacia la santidad con la palabra, pero, sobre todo, con el ejemplo de la vida.

Y ha de atender al consejo que le dan las Constituciones: “Recordando que se halla al frente de hombres, corrige sus defectos con benignidad y se sirve más de la dulzura del consejo que de la severidad del mandato” (nº 86).

8. Para vivir la obediencia, que nos lleva a la configuración con Jesús, es necesario llegar a experimentar la indiferencia espiritual. Sólo cuando partimos de ella podemos llegar a una obediencia teologal a Dios. Esta indiferencia consiste en colocarse en una balanza; en un platillo están los propios intereses vitales, lo que uno ama y desea, que pueden ser personas, proyectos, realidades espirituales, el trabajo, la autorrealización, y en el otro, la voluntad de Dios. Y ver cuál prima según el principio de la indiferencia espiritual que significa: “tanto cuanto Dios lo quiere”. No se trata simplemente de hacer el bien, sino de hacer el bien “tanto cuanto y como Dios lo quiere”. Una vez que sepa lo que Dios quiere, hay que intentar hacerlo bien, pero porque él lo quiere. Si nos metemos en esta dinámica van apareciendo intereses vitales que comprometen cada vez más.

Trabajar la indiferencia espiritual tiene por finalidad dos objetivos. Por una parte, centrar la vida en la voluntad de Dios, no en nuestros proyectos. Quien no está centrado en la voluntad de Dios, está mal fundamentado porque ya hemos indicado que la clave del cristiano está en cumplir esa voluntad.

Y, por otra parte, la finalidad no está en alcanzar una meta, sino en poder percibir si hemos entrado en esa dinámica. Lo notamos si tenemos libertad interior, si no dependemos de nuestros intereses y deseos. Todos hemos configurado nuestros deseos, nuestro corazón, a partir de determinadas realidades que consideramos como nuestros bienes. ¿Cuál es el bien que nos da seguridad? Para cada uno será uno diferente. Pues bien, tenemos que examinar si vamos entrando en la dinámica en la que vamos dando primado a la voluntad de Dios sobre nuestros planes, proyectos, deseos, ilusiones, lo que sea. Así podremos irnos configurando más y más con el Señor Jesús, que es el deseo de nuestra vida, asemejarnos a él, ser como él.

9. Un elemento delicado que puede darse en la obediencia es cuando aparece el conflicto entre lo que manda el superior y lo que un religioso cree que debe ser; es decir, cuando el religioso no está de acuerdo con lo que se le manda, incluso bajo voto de santa obediencia. He aquí cómo lo expresan las Constituciones: “Si alguna vez la decisión del superior y la conciencia del religioso parecen entrar en conflicto, ambas partes, puestas las miras en el bien común de la Orden y de los hermanos, sopesen con serenidad sus motivos y traten de discernir la voluntad de Dios, sin omitir la oración y las oportunas consultas. Si, a pesar de todo, no llegan a un acuerdo y es necesario dar ulteriores pasos, respetando siempre la caridad, el religioso está obligado a obedecer” (nº 88). No es fácil hacer esto y se han dado casos dolorosos, pero el mandato de las Constituciones es claro.
10. En la obediencia tenemos el ejemplo de María que se entregó totalmente a lo que Dios le pedía. Seguramente que nosotros muchas veces tendremos que reconocer ante Dios que no podemos entregarle a él muchas cosas. No somos capaces de llegar a esa decisión. Tenemos que examinaros y dar nombre a esas realidades que nos suponen una imposibilidad para entregárselas. No tenemos que justificarnos ni ocultarlas. Pero sí reconocer humildemente que todavía no tenemos las fuerzas suficientes para entregarle esos bienes a los que estamos apegados; a lo mejor tiene él que quitárnoslos. Se lo hemos de confesar con sinceridad: “Señor, en este momento aún no puedo hacer lo que tú me pides”. De hecho, suele ocurrir normalmente que hasta que él no se decide a quitárnoslos, no le damos el primado.

Pero tenemos que atender a una cosa: fácilmente asociamos hacer la voluntad de Dios con renunciaciones. Y no es así. A veces depende de la educación recibida y de los procesos vividos. Pero puede ocurrir que la voluntad de Dios pueda pedirnos que vivamos gratificaciones. La voluntad de Dios no es siempre una llamada al sacrificio o a la renuncia, sin más. Hay que discernir cada vez.

Pero es verdad que el camino normal, según Dios va dándonos libertad interior, es que vaya quitándonos esas cosas. Pero es muy distinto aceptar que nos las quite con toda libertad, que renunciar por ascesis y sacrificio. Cuando se hace por sacrificio y no por libertad interior, en cuanto podemos las volvemos a retomar. No se

trata, pues, de hacer ningún sacrificio heroico, sino de situarnos de verdad ante Dios y descubrir qué es lo que quiere hacer con cada uno de nosotros. Así también caminaremos en la senda de la configuración con él, viviendo como él lo hizo.

2. Discernimiento

1. El tema de la obediencia está íntimamente ligado a la experiencia de la libertad cristiana. Por tanto, para clarificar la obediencia hemos de distinguir diversos niveles de libertad. En primer lugar, está la libertad psicológica que supone una integración de las necesidades, de las tendencias, que permite que la persona pueda mostrarse con una cierta espontaneidad. Es muy importante como presupuesto bio-psíquico, de tal manera que si no existe este presupuesto, otros niveles de libertad quedarían dañados. Hace falta tener un mínimo de libertad psicológica, porque si la persona está a merced de sus represiones o miedos, le absorberán tantas energías que no podrá desarrollarlas en otros ámbitos. Por lo tanto la libertad psicológica.

Está también la libertad de opción, que es la libertad como capacidad de elección de distintas posibilidades. Yo puedo elegir una cosa u otra. Es también muy importante, porque la persona que no puede elegir, tiende a confundir los otros niveles de libertad. De esta libertad se ha hablado y dado mucho en la vida religiosa, cuando se ha insistido por activa y pasiva que uno es libre cuando hace la voluntad de Dios a través de los superiores, porque no se puede ser libre fuera de la verdad, fuera de la voluntad de Dios, manifestada por los superiores. Razonar así es una trampa que impide que la persona madure, y así se le tiene bien sumisa.

En tercer lugar, la libertad autónoma. Está íntimamente ligada a la autoridad. Es cuando uno descubre que la libertad crece desde dentro de uno mismo, más que desde las distintas posibilidades de instancias externas. Implica que el sujeto tiene gran sentido de sí mismo como persona e incluye o supone gran madurez interior.

Está también la libertad que nace del amor, que es la que se da en el encuentro interpersonal. Pero debe ser de verdad encuentro interpersonal, porque muchas veces el amor, en vez de liberar, esclaviza. Algunas maneras cómo se expresa este amor de encuentro interper-

sonal: cuando uno experimenta que es el tú el que le posibilita ser; que es con el otro como verdaderamente soy yo mismo; o cuando saber que significo para él es fuente de mi propia libertad. Mucho de esto lo saben los enamorados de verdad y de corazón.

La libertad evangélica. Esta forma de libertad se da cuando el amor accede a ser forma suprema espiritual. Es libertad liberada del propio yo. La obediencia es la clase de esta libertad. Es la libertad liberada. Por eso, toda la cristología del NT se introduce en la obediencia: el Hijo tuvo que aprender a obedecer con el sufrimiento, a base de sufrir. Elemento importante y difícil de vivir. Vivir así es tratar de configurarnos más y más con Jesús, asimilarnos a él, unirnos a él. Y esto se lo tenemos que pedir al Espíritu Santo.

2. Hay que descubrir la voluntad de Dios sobre la propia vida. Pero, ¿cómo conocerla? Las Constituciones nos ayudan en este sentido. Por una parte se nos da a conocer en los impulsos del Espíritu. Por desgracia, hay que reconocer que el Espíritu Santo está muy olvidado en la experiencia espiritual del cristiano y, sin embargo, somos hijos de Dios por medio de su Espíritu. Por eso, hay que estar abiertos a los impulsos del Espíritu, en escucha permanente de su palabra, ya que él suele manifestar de esa manera el querer de Dios.

Otra manera, atender los deseos de la comunidad. Cuando ésta se pone en oración, cuando se reúne en nombre de Jesús, cuando trata los problemas de la misma comunidad o bien de alguno de sus miembros, está presente el Señor, porque cuando dos o más se reúnen en su nombre, allí en medio se encuentra él. Y en este sentido está también la mediación de los hermanos y de los acontecimientos. Tenemos que pensar una cosa, si nosotros, hijos del Padre, le pedimos que nos dé a conocer su querer porque deseamos ardentemente ponerlo en práctica, ¿cómo no nos va a darlo a conocer? Recordemos las palabras de Jesús cuando dice que si uno pide pan Dios no le va a dar una piedra.

Todo esto entra en conexión con la libertad de la que acabamos de hablar en el punto anterior. Para conocer la voluntad de Dios es necesario que la libertad sea real y para ello necesita liberarse de la propia voluntad. Es la obediencia de amor la que hace que la libertad se libere del yo, de la propia voluntad. Sólo desde ahí puede

entenderse el voto de obediencia. Si se entiende sólo como una manera de que el grupo funcione bien, es decir, institucionalmente o en un sentido moralista como ascética y renuncia, esto no puede producir libertad. Y no puede darse una auténtica obediencia, que para nosotros tiene que ser la senda para configurarnos con Cristo el Señor.

3. La voluntad de Dios debe conocerse personalmente para que uno pueda cumplir en su vida el querer de Dios. Entonces busca cuál es esa voluntad, quicio de la vida cristiana. Porque si no se hace lo que Dios quiere, ¿cuál es el sentido de la vida? Esta voluntad, como hemos dicho, se puede conocer de muchas maneras, y no es necesario buscarla siempre en cuanto tal. Hay gente que no se hace esa pregunta, y al asumir los hechos de la vida con un corazón abierto, al aceptar con alma sencilla los acontecimientos que ella juzga que están bajo la Providencia de Dios, acontecimientos a veces dolorosos, pero otras gratificantes, se encuentra en contacto con esa voluntad.

Pero nosotros, como religiosos, sí que nos planteamos esa pregunta. En ocasiones es el mismo individuo quien llega a conectar con la voluntad de Dios, pero el documento constitucional habla de la comunidad como elemento importante para dar una respuesta a la pregunta sobre el querer de Dios. Esto exige una actitud de mente y corazón muy atentos, y un empeño al que a veces no se está acostumbrado. Y mal se puede caminar en la vida religiosa si no se da con esa voluntad.

Ahora bien, en contacto con lo dicho en los dos puntos anteriores, es bueno clarificarnos para ver por dónde andamos. Si pretendemos tener obediencia y no tenemos capacidad de elegir, tampoco tenemos capacidad de obedecer. Y esto hay que tenerlo bien firme. Si no tenemos capacidad de autonomía, no tenemos, tampoco, capacidad de percibir la entrega del propio yo. Nadie entrega lo que no tiene. Si yo no tengo autonomía, no puedo entregar mi propio yo, que es lo que se hace en la obediencia.

4. Es preciso discernir si en nuestra vida se da una obediencia a la Jerarquía. Pero aquí existen dos elementos que se pueden contraponer. Por una parte, concebir la obediencia como simple sumisión. Una sumisión que puede llegar a infantilizar a la

persona si anula su autonomía, si niega su juicio y capacidad de razonar, si lo único que se le pide es que acepte simplemente cuanto viene dicho desde arriba, desde la Jerarquía. Esto no es una manera evangélica de obrar. Aunque haya personas a las que les resulte muy sencillo, tranquilizante y seguro comportarse de ese modo. La auténtica obediencia, en ningún momento oscurece el juicio o niega la capacidad de pensar, examinar y aun criticar lo que ha escuchado.

Por otra parte estaría la actitud opuesta, la de quien sugiere que la Jerarquía no ha recibido la potestad de exponer con autoridad el mensaje de Jesús y no puede hablar con autoridad sobre doctrina y moral. Tampoco entonces se estaría en lo justo.

Entre ambas actitudes está la de quien reconoce la capacidad recibida por la Jerarquía, pero tiene el derecho y la obligación de pensar, de reflexionar y poder adherirse pacíficamente a lo enseñado o poder criticar ciertas cosas con las que no está de acuerdo, no por un simple esnobismo o por malquerencia a la Jerarquía, sino porque es una persona adulta, con madurez suficiente para juzgar de las cosas, y ve en lo que le dicen que las cosas no cuadran. Lógicamente admitimos la autoridad de la Jerarquía, pero también la adultez de la persona. Es decir, que hay que ser obedientes adultos, personas que no buscan la seguridad, sino la verdad y saben que en lo no infalible, también puede equivocarse la Jerarquía.

Un ejemplo lo tenemos en el Fundador. Cuando redujeron la Orden a Congregación sin votos, Calasanz aceptó lo mandado. Pero no se fue dada la edad que tenía a un monasterio (cosa que hubiese sido muy comprensible), ni se retiró a una casa para prepararse a la muerte, que no podía tardar en llegar. Ni hablar. Se quedó en el Instituto y luchó con todas sus fuerzas para que fuera de nuevo reconocido; acudió a instancias religiosas y políticas. Y así murió. Obedeció, sí, pero no estando de acuerdo en su fuero interno con lo que había ocurrido, trabajó incansablemente los dos años que le quedaban de vida para ver si cambiaban los destinos del Instituto. Y lo que no vio en vida, ocurrió después de su muerte. Quizá por dentro vivió una crisis entre dos realidades, concebidas ambas como voluntad de Dios: el nacimiento de su Obra, que la consideraba siempre como querida por Dios, y la reducción de la misma porque venía del representante del Señor en la tierra.

5. En situaciones de crisis es bueno recordar las palabras de Juan de la Cruz: “Estaba tan embebido,/ tan absorto y enajenado,/ que se quedó mi sentido/ de todo sentir privado,/ y el espíritu dotado/ de un entender no entendiendo,/ toda ciencia trascendiendo./ El que allí llega de vero/ de sí mismo desfallece;/ cuanto sabía primero/ mucho bajo le parece,/ y su ciencia tanto crece,/ que se queda no sabiendo,/ toda ciencia trascendiendo”.
6. Para discernir cómo ha de ser la obediencia al superior, hemos de ver lo siguiente: antes que nada ha de ser un acto de plena libertad; decimos esto porque a veces en la obediencia puede buscarse simplemente la seguridad. Obedecer para estar seguro; obedecer porque necesito que mis pies no se tambaleen; obedecer porque así no me equivoco. Ahí no se está poniendo en juego un acto de plena libertad. Este acto está impedido por el miedo que muchas veces viene de una equivocada educación. Y como la seguridad es algo que busca toda persona, no podemos decir que semejante actitud no se dé en personas cultas. La obediencia cristiana es una síntesis misteriosa entre libertad-finitud y amor. Si la obediencia no es libertad no es digna del hombre.

Esta libertad ha de estar enraizada en la fe y el amor. Una fe que no asume la finitud no es digna del amor de Dios. Del Dios que nosotros hemos conocido como amor que es el que nos dignifica, el que nos posibilita poder asumir nuestra finitud en su alianza. Es la obediencia de Jesús donde libertad-desapropiación-amor son realidades indisolubles.

Hemos de discernir también si esa obediencia nos conduce a una libertad interior. Si no existe esto, no es saludable ni buena esa obediencia. Dios no quiere quitarnos una de las realidades más grandes que nos ha concedido, la libertad interior. Una libertad que se entrega a él sólo por cumplir su voluntad, se manifieste ésta como sea.

7. Si el superior se pregunta por la voluntad de Dios sobre él en relación a sus hermanos, dada la responsabilidad que tiene, no tiene sino que acudir a los números 84 y 86 de las Constituciones y examinar su comportamiento con lo que ahí se dice. Voluntad de Dios es que cuide como padre de sus hermanos, atendiendo a sus necesidades espirituales, personalmente o por

medio de otras personas. Voluntad de Dios es que se aproveche de todos los medios que le sean posibles para que sus hermanos vivan lo más perfectamente posible el seguimiento de Jesús. Voluntad de Dios es que escuche a los religiosos que van a hablar con él, atiende las razones que le exponen y sepa interpretarlas en el conjunto de cualidades que cada uno de ellos posee. Voluntad de Dios es que sea signo y ejemplo de unidad en el amor a todos. Voluntad de Dios es que sea un elemento de unidad en la comunidad y no de separación o exclusión. Debe recordar el superior que en ciertos momentos le toca a él decir la última palabra y esto lo debe hacer con sencillez, pero sin echarse atrás en el momento dado. Aunque le cueste. Voluntad de Dios es que viva la vida religiosa junto con sus hermanos sirviéndoles de ejemplo y de ayuda, porque todos pertenecen al mismo Instituto.

Y algo importante: “Recordando que se halla entre hombres, corrija sus defectos con benignidad y se sirve más de la dulzura del consejo que de la severidad del mandato” (nº 86).

8. Hemos hablado de la indiferencia espiritual. En esta realidad hay que preguntarse: ¿qué siento? La persona puede percibir que desea defender sus intereses o bien entregarse a la voluntad de Dios. O puede sentir una paz de fondo al someter sus deseos y planes a la voluntad de Dios, y esto aunque le cueste, le produce paz. Que es uno de los signos del Espíritu. Cuesta porque somos humanos, pero, al mismo tiempo, nos sentimos liberados de muchas cosas: de nuestros planes, de nuestros intereses, de nuestra voluntad y de nuestras apropiaciones. Y uno tiene confianza de que la voluntad de Dios produzca más paz, más libertad interior que todos los logros personales, por muy espirituales que pudieran ser. O pensar que sucede al contrario, que al situar los propios intereses ante la voluntad de Dios, sienta por dentro que existen resistencias e incapacidad de adhesión, de entregar todo a Dios. Es como una especie de muro que no puede atravesar. Cualquiera de estas situaciones o sentimientos son profundamente significativos.
9. En el conflicto de conciencia hay que ser muy limpios de corazón. No hay que empeñarse simplemente en defender las propias posiciones. Así no se alcanza la voluntad de Dios y

no nos configuramos con el Señor. Hay que atender, escuchar, reflexionar sobre lo mandado por el superior para tratar de comprender el porqué de lo mandado. Hay que orar a Dios con la indiferencia espiritual que hemos explicado. Es bueno también acudir a alguna persona de confianza, que entienda el problema y pueda iluminar la conciencia. Si al final de todo no se consigue el acuerdo entre el religioso y su superior respecto al mandato recibido, con sencillez hay que obedecer con una inmensa confianza en Dios. En el Fundador la confianza en Dios logró que todo se arreglase, aunque hay que recordar que el santo trabajó intensamente por lo que creía ser justo. Y todo se arregló al cabo de algunos años, pero en su caso el problema que tenía no era personal, se trataba del mismo Instituto.

10. María fue la perfecta obediente. Obedeció confiando en Dios: no sabía exactamente cómo iba a suceder lo que le anunciaba el ángel, pero sabía que Dios se lo pedía, y eso le bastaba. Ella consintió, esperando que Dios hiciera lo mejor y sabía que ella debía dejarse en manos de su voluntad. Fue fiel desde la confianza hasta la esperanza, porque en su corazón residía un inmenso amor a Dios.

3. Metodología

1. Hay que dejarse llevar por la divina Providencia. Descansar en ella porque Dios quiere lo mejor para sus hijos. Concebir los acontecimientos de la vida como permitidos por Dios, y en ese sentido, uno sabe que en medio de ellos se encuentra Dios. No renegar de lo que ocurre porque es oponerse a Dios que permite lo que sucede. Vivir la libertad evangélica, en la que el amor accede a su forma suprema espiritual. Hacer ofrenda a Dios de la propia voluntad. Pase lo que pase estar seguros de que significamos para Dios. Y que este hecho sea fuente de la propia libertad.
2. Dialogar con los hermanos con la intención de buscar la voluntad del Padre. Entrar en la oración y hacerla con el deseo de que Dios manifieste su voluntad, que es lo que más anhelamos en la vida. Estar abierto a los deseos del Espíritu que se nos manifiesta a través de las sugerencias o impulsos que da a nuestro corazón. Estar atentos a los signos que se dan en nuestro mun-

- do; existen muchos signos que debemos percibir e interpretar porque en ellos se da también la voluntad de Dios. Los acontecimientos no son neutros; en ellos se puede ver la Providencia de Dios, la actuación del Padre, su querer al que debemos estar abiertos y atentos para que no pasen desapercibidos.
3. Vivir la comunidad sin escabullirnos de ella. Que las reuniones sean participadas, exponiendo los propios pensamientos, colaborando con los demás, escuchando lo que los otros dicen, aceptando todo lo bueno que aparece, procurando una ayuda mutua entre todos. Expresar las propias opiniones sobre lo que se dialoga, porque entonces todos colaboramos en el enriquecimiento de todos. Vivir la comunidad y sus reuniones con la conciencia de que el Señor está presente, porque cuando dos se reúnen en su nombre él les acompaña. Tener conciencia de que en esas reuniones, cuando se realizan con corazón limpio, en medio de los diferentes caracteres, a pesar de las distintas posiciones y quizás a través de ellas, el Señor da a conocer su querer. Ir a las reuniones con la conciencia y deseo de que Dios se manifieste a todos en ellas.
 4. No distanciar nuestro corazón de las intervenciones de la Jerarquía. Tener una posición abierta a lo que dice, combinándola con una actitud críticamente sana cuando sea necesario. No tener lo que dice la Jerarquía como verdadera palabra de Dios, sino que ha de pasar por el tamiz de un juicio sano que ama y obedece a la Jerarquía, pero, al mismo tiempo, no abdica de su autonomía de persona madura. No dejarse llevar por los prejuicios que a veces abundan en torno a ella; pero, al mismo tiempo, no ser tan ingenuos que aceptamos cualquier cosa simplemente porque proviene de alguien que pertenece a la Jerarquía. Que ni la voz de la Jerarquía destruya una sana autonomía, ni ésta desprestigie, deseche u olvide aquélla.
 5. Dice s. Juan de la Cruz: “Cuanto más alto se sube,/ tanto menos se entendía,/ que es la tenebrosa nube/ que a la noche esclarecía:/ por eso quien lo sabía/ queda siempre no sabiendo,/ toda ciencia trascendiendo./ Este saber no sabiendo/ es de tanto alto poder,/ que los sabios arguyendo/ jamás le pueden vencer;/ que no llega su saber/ a no entender entendiendo,/ toda ciencia trascendiendo”.

6. Ser consecuente con el voto de obediencia emitido nos lleva a una obediencia pronta y alegre a los superiores. Dialogar con ellos en muchas ocasiones, cuando nos mandan algo importante, pero junto con ellos también ver si se discierne bien la voluntad de Dios. Exponerles con corazón abierto y limpio las dificultades que podemos encontrar en lo mandado. No vivir en una actitud que prescinde completamente de superiores, ni juzgarlos simplemente como los encargados de que camine externamente bien la comunidad, olvidando su papel principal de pastores de los hermanos. Con sencillez, saber someter a su aprobación y discernimiento aun los carismas personales en servicio de la comunidad. No olvidar que están puestos como padres y guías del grupo y por tanto han de prestar ayuda a sus hermanos en todo aquello que pueden necesitar.
7. El superior tiene que tomar a pecho su cargo de pastor de la comunidad. Mírese con frecuencia en el espejo del Pastor de nuestras almas, Cristo el Señor, para saber cómo debe realizar la labor de pastor. Atienda de manera especial a quienes pasan por dificultades externas, que todos conocen, o internas, que él puede saber. Esté cerca de los atribulados, de los que sufren, de los enfermos. Cuide de forma especial a los depresivos. Procure que todos los que pasan por estas necesidades estén bien atendidos por médicos y especialistas. Manifieste a todos estos hermanos el amor que el Fundador manifestaba por ellos. Procure ser elemento de unidad en el grupo. Reprenda si es necesario, pero mantenga siempre un corazón misericordioso y ancho con todos y sepa perdonar y olvidar las afrentas que ha podido recibir. Sepa que todo lo que debe hacer no es simplemente por funcionalidad, para saber conducir un grupo, sino que es el resultado de una carga obediencial que ha recibido de los superiores mayores.
8. El superior confía en sus hermanos, y procura que se aproveche para el bien común y la felicidad del individuo, los carismas que de Dios han recibido. En lo que depende de él, ponga a cada uno allí donde mejor puede desarrollar su personalidad y sus carismas, donde se puede situar y encontrar mejor, y su trabajo y servicio pueda ser más provechoso para todos. Recuerde que el Fundador insistía en aprovechar los “talentos” de cada

- religioso. Cuando alguien se encuentre disgustado, procure conocer la causa, y en lo posible, si está en sus manos, procure discernir con él por qué se ha llegado a semejante situación y qué se puede hacer para salir de ella.
9. En conflictos que parecen insolubles entre lo mandado y la conciencia del súbdito, procure el superior hacerle ver por qué se ha llegado al mandato dado. Manifieste una actitud abierta y haga ver que lo mandado no proviene de un capricho, sino de una verdadera necesidad. Pero procure también que no se llegue a semejantes situaciones. Acuda con el hermano a la oración. Reexamine su posición y mandato, pero haga lo mismo con la actitud del súbdito. Cuando se ha cumplido todo esto, recuerde al religioso lo que dicen las Constituciones: “el religioso está obligado a obedecer”.
 10. Como María hay que descubrir progresivamente que la sabiduría de la vida está en entregarse, en crear un mundo propio, en crecer en autonomía sencilla y abierta a Dios, y en concentrarse en su voluntad. Relativizar muchas cosas, no suponiendo de por sí una forma de vida superior a otra, o unas cosas a otras, sino vivir que lo más perfecto, lo mejor para cada uno es hacer la voluntad de Dios, aunque no sepamos a dónde nos va a conducir ese camino. Sólo sabemos que el Padre nos quiere y que todo lo que nos viene, procede de su amor misericordioso y ternura infinita. Si obramos como María, al final del camino siempre encontraremos a Dios. Que al fin y al cabo nuestro deseo no es otro que configurarnos cada vez más con él.

8º La configuración con Jesús por el ministerio

1. Espiritualidad

1. Jesús envió a sus discípulos antes de subir a los cielos para que fueran por todo el mundo a predicar la Buena Nueva que él había traído y la había explicado a las gentes y que el Espíritu Santo la iba a recordar constantemente con su venida. Esto es la misión. Todo cristiano, en base a su bautismo, tiene que cumplir el mandato del Señor. Lo hace con sus palabras y con su comportamiento. No es algo propio de los sacerdotes o de los consagrados, sino de todos aquellos que han recibido el sello de Dios en su bautismo y son hijos de Dios.

Cada uno de los Institutos religiosos realiza la misión que le ha encomendado la Iglesia, según el carisma recibido de Dios, y esa manera de realizar la misión, es lo que llamamos ministerio. Por eso, la misión es única, mientras que el ministerio es múltiple.

Las Escuelas Pías han recibido una forma concreta de misión evangelizadora. La han recibido a través del Fundador quien, atento a las realidades que vivía y a cuanto veía a su alrededor en la vida cotidiana que iba llevando en Roma, comprendió que Dios quería de él que se ocupara de un sector de la humanidad, abandonado, dejado a sí mismo, del cual nadie hacía caso y que vio que era necesario atender. La realidad que descubrió en Roma le tocó el corazón y desde el discernimiento en el que le ayudaron algunas personas que le comprendieron y atento a lo que estaba viviendo en aquella Roma desastrada y llena de críos sin ninguna educación, entendió

que Dios le pedía que se dedicara a esa realidad que veía como llamada de Dios. Así nació su vocación, que no fue otra que la dedicación total y exclusiva a la niñez y juventud necesitadas de aquella Roma a la que había ido por otros motivos. Nadie se preocupaba por aquella chiquillería que jugueteaba por la ciudad eterna y que desconocía los elementos básicos de la cultura, como también de la religión. Nació así en su corazón el deseo de trabajar en la acción evangelizadora de la Iglesia por medio de la entrega a los niños y jóvenes abandonados, necesitados y solos que estaban en Roma. Entonces, si uno pregunta, cuál es el ministerio particular del Instituto de las Escuelas Pías, se le tiene que responder que es la entrega a los niños y jóvenes necesitados y abandonados, es decir, a los pobres.

2. Dentro de la misión general de todo cristiano y del ministerio particular de un Instituto, se puede hablar también de la misión personal, que tiene un sentido distinto del que hemos dado a la misión general. Algunas características de esta misión particular que nos llevan a la configuración personal con Cristo el Señor emergen desde la profundidad personal, sin ningún plan predeterminado. Para ello hace falta un nivel de interioridad que perciba dinámicas personales; aquí no se depende del grupo al que uno pertenece, que tiene su ministerio particular. En la persona brota, sin que sepa cómo, una llamada especial a vivir una misión personal, dentro del grupo en el que se encuentra.

Esta misión particular surge de una síntesis entre fidelidad a sí mismo y obediencia a Dios. En este caso la persona se encuentra ante todo no delante del grupo, sino ante Dios, ante su libertad y obediencia, y su ser persona ante Él. Es necesaria una especie de distanciamiento, que no de ruptura, del grupo para percibir la misión personal, porque Dios le va a manifestar su misión personal más profunda. Teresa de Lisieux vivió su vida de carmelita, cumplió todo lo que debía hacer según su carisma, pero en la soledad de su corazón, recibió una llamada a vivir de una manera determinada, y su misión personal, dentro de la más general de evangelizar como carmelita, fue la del camino espiritual del amor: en medio de la Iglesia yo seré el amor, escribió. Ella había comprendido que Dios la llamaba a eso, pero dentro de su vida carmelita y sin salirse de ella.

Esa misión personal no viene dada desde fuera, sino que procede de un proceso interior en el que Dios está bien presente y manifiesta su deseo.

Finalmente, esta misión es algo personal. La primera persona que se extraña de lo que le está sucediendo es ella misma. A veces, esta persona tiene la tentación de dejar la Institución, no porque esté en desacuerdo con ella o crea haber sido llamada a una forma de vida superior, no se trata de nada de eso, es, como lo hemos indicado, una llamada personal de Dios que la persona siente por dentro y comprende que tiene que dedicarse a ella, y podemos pensar en Madre Teresa de Calcuta; ésta luchó por ser fiel a la misión personal que le pedía que saliera de la Congregación a la que pertenecía, pero normalmente la persona permanece en el Instituto porque comprende claramente que en él puede vivir su misión personal y que Dios no le pide que deje la forma como vive.

3. La misión educadora del escolapio, o sea, su ministerio, busca la formación integral de la persona. Es a toda la persona a la que va dirigido el ministerio escolapio. Esta integralidad se centra en algunos acentos que se ponen en la educación de los niños y jóvenes: se quiere que amen y busquen siempre la verdad, porque va a ser un aspecto importante en su vida de hombres de bien; es la manera que tiene el ministerio escolapio de contribuir en lo que puede al cambio de la sociedad actual; se empeña también en que trabajen esforzadamente como auténticos colaboradores del Reino, y es que el ministerio escolapio no se centra sólo en la cultura que puede ofrecer; la educación no sería integral si no mirara y se ocupara también del espíritu, del ser cristiano de los alumnos que tiene, respetando por otra parte en nuestros días las distintas mentalidades y vivencias religiosas de los educandos, que a veces pueden no ser cristianos. La educación trata de suscitar en los alumnos el deseo de trabajar por la construcción de un mundo más humano, que viva más en paz y justicia, en el que ellos han de ser y vivir siempre de una manera coherente con sus respectivas creencias.

Así podemos distinguir claramente entre ministerio y misión personal. El ministerio ha de ser vivido teológicamente; pero aquí no se trata de eso, sino de que cada uno tiene que descubrir su misión personal y única para la que ha sido predestinado desde toda la eterni-

dad. Es claro el ejemplo anteriormente citado de Teresa de Lisieux. Uno puede descubrir que Dios le quiere y mucho, pero dentro del conjunto de la humanidad. Pero cuando comienza a sospechar que Dios se ha fijado en él personalmente, cambia todo, y a uno le viene el vértigo; es el vértigo de la llamada personal, de que Dios se haya fijado tan profundamente en él, haya hecho lo que haya hecho con los demás. Y esta llamada hay que cuidarla muy atentamente, porque el ministerio se puede y se debe vivir teologalmente, pero otra cosa es descubrir teologalmente la misión personal a la que ha sido llamado.

4. ¿Qué hay que hacer para conseguir el fin de nuestro ministerio? Si queremos trabajar eficazmente con los niños y jóvenes, es preciso llevar una vida evangélica, de seguimiento de Jesús, de amor a él, de asemejarnos a él. Así nuestro ministerio tendrá una fuerza especial, la fuerza de Dios ante nuestros educandos. Verán hombres de vida intachable que se dedican a ellos y que dan la vida por ellos. Y esto atrae y sugiere o puede sugerir en algunos el deseo de imitación, de ser como los educadores que tienen.

Es necesario también cuidar la preparación en todos los campos en los que tenemos que servir a los educandos; no podemos quedarnos con lo aprendido una vez, hay que ponerse al día, de lo que se sigue que hay que cuidar la preparación en el campo de lo profano y de lo sagrado. No se puede tratar con los niños y jóvenes, si no se tiene una madurez afectiva sólida de forma que se sepa tratarlos bien, acogerlos y quererlos, pero cuidar, al mismo tiempo, la relación que se tiene con ellos.

Al mismo tiempo que se vive la riqueza del ministerio recibido, se puede vivir por dentro la misión personal. Esta misión está más allá de la oración y de la acción; es obediencia de amor a aquel que nos ha llamado a esa misión. Por la misma obediencia se ora y por la misma obediencia se sale de la oración, de la intimidad con Dios para dedicarse a los demás. Nuestro gran referente es Jesús. El llamado vive dentro de un sistema determinado, funciona bien, pero cuando Dios le llama, cambia todo. Ya hemos dicho que normalmente no se trata de un cambio de status, sino de una nueva experiencia vocacional. Uno puede permanecer toda la vida en el mismo status, y pensamos en el ejemplo ya citado de Teresa de Lisieux, que continúa siendo carmelita de corazón y de obras, pero cambia radicalmente su experiencia de misión.

5. Y he aquí cómo dice s. Juan de la Cruz que se vive: “Vivo sin vivir en mí/ y de tal manera espero,/ que muero porque no muero./ En mí yo no vivo ya,/ y sin Dios vivir no puedo;/ pues sin él y sin mí me quedo,/ este vivir, ¿qué será?/ Mil muertes se me hará,/ pues mi misma vida espero,/ muriendo porque no muero./ Esta vida que yo vivo/ es privación de vivir;/ y así, es continuo morir/ hasta que viva contigo./ Oye, mi Dios, lo que digo:/ que esta vida no la quiero,/ que muero porque no muero”.
6. El ministerio escolapio ha tenido siempre una exigencia determinada, ya desde del Fundador. Si algo preocupaba al santo era la preparación profesional de los suyos. Trabajó para que aprendieran lo que no sabían y les era necesario para las escuelas, porque nadie puede dar lo que no tiene. Creó casas de formación, aunque no siempre le salió bien este aspecto. A veces por no tener religiosos que pudieran llevar bien esas casas, otras, porque él mismo no concedía el tiempo necesario para la formación, debido a las necesidades que le presentaban y a las que no se sabía resistir. No podía ver una necesidad, no podía recibir una petición de ayuda, sin hacer todo lo posible por acudir a socorrerla, aunque con ello sufriera la preparación de los suyos. Hoy comprendemos de manera especial que es necesaria la formación de los que se preparan para el ministerio antes que introducirlos en el ministerio sin la formación debida. Pero los tiempos del santo eran otros tiempos y había otras necesidades.

El educador ha de aprovechar todo lo bueno que conoce para instruir bien a los niños. La tradición calasancia, ya invocada por el Fundador, ha seguido y pedido siempre métodos sencillos y eficaces, es cierto que coherentes con el progreso de las ciencias de la educación. En este empeño de la educación de los niños, últimamente ha nacido en las Escuelas Pías una nueva riqueza; se trata de muchos laicos que se vinculan al Instituto en grados y modalidades diversas. Son miembros activos y valiosos de nuestro obrar apostólico. Hay que tratarlos como hermanos, pues lo son, y pueden desarrollar, muchas veces mejor que los religiosos, una cercanía con los niños que les otorga el mismo hecho de ser laicos, muchos de ellos padres y madres de familia y que, por lo tanto, conocen de una manera especial a los niños.

En este aspecto y ya desde la misión personal, aparece un elemento importante que es la autoridad, porque no puede haber misión sin autoridad, siempre misericordiosa. Quien tiene semejante autoridad lo nota de vez en cuando, en los momentos en que la Palabra de Dios pasa por él como fuego, como dardo que va directo al corazón.

7. El objetivo final del ministerio escolapio es la educación en la fe. Ahí aparece un rasgo típico de la educación religiosa calasanziana, la catequesis. Está presente en las Escuelas Pías desde sus inicios. El gran catequista en tiempos del Fundador, mientras vivió, fue el abad Glicerio Landriani. Catequista en las escuelas, y catequista en las parroquias los días festivos. La catequesis toca el corazón de la misión escolapia. Es el medio fundamental del escolapio. Una catequesis que ilumine la fe, inicie en la liturgia y prepare para la acción apostólica. Catequizar es hacer que los niños y jóvenes que van a ella conozcan lo que Dios ha hecho por ellos y por todos los hombres, que cultiven una verdadera vida cristiana, que profundicen en la Buena Nueva que viene del Señor, que vivan según el modelo de Cristo, que sepan reaccionar ante las propuestas del mundo como lo deben hacer los auténticos discípulos de Cristo. La catequesis tiene que ir conformando la vida del creyente a la del Señor.

¿Y qué ocurre con quien vive la misión personal que ha recibido del Señor? Pues que esta misión tiene que ver con la libertad, pero no es problema de autoafirmación. El catequista que vive esa misión y es enviado al trabajo que fuere, no tiene nada que perder; sabe que a él le toca simplemente sembrar lo mejor que sepa y pueda. Los frutos pertenecen a Dios. Aquí podemos recordar la parábola del sembrador. Esto da una inmensa libertad, porque, como hemos dicho, los frutos pertenecen a Dios y son cosa suya.

Otra cosa, toda persona que ama con amor teologal de misión se suele encontrar sola para siempre. Pero, atención, no se trata de una soledad que aísla, sino en comunión. Esta soledad nace de pertenecer a Dios: obediencia y pertenencia son correlativas, porque pertenezco a alguien, le obedezco de corazón. Por eso, esa soledad ha de ser una soledad habitada.

8. En el ministerio escolapio medio indispensable es la escuela. Así comenzó Calasanz. Y había escuelas en aquel tiempo, pero los

pobres apenas podían acceder a ellas en un número casi inapreciable. El Fundador se da cuenta de la necesidad de la educación de los niños necesitados para que tengan posibilidades de abrirse paso en la vida. Y él, con su ingenio, mirando también un poco al Colegio Romano, que cuidaba de las clases superiores –para entrar en él había que saber latines–, creó las primeras clases, aquellas que preparaban a quienes después deseaban entrar en el Colegio Romano o aquellas que servían para preparar para la vida a quienes no iban a seguir en la escuela. La escuela de Calasanz, y en consecuencia la escuela escolapia, ha querido ser siempre popular y animada de espíritu evangélico, de libertad y caridad. Su función, en medio de las materias en las que educa, es dar una visión del mundo, de la vida y del hombre que estén iluminadas por la fe; al mismo tiempo pretende que las facultades de los alumnos adquieran su desarrollo y madurez más completa. En ella pasa gran parte del día el educador escolapio, laico y religioso, y ha de aprovechar ese tiempo para lograr que los alumnos sean verdaderos creyentes, hombres de paz, que luchan por la justicia y la paz, y son capaces de entenderse con todos aquellos que defienden sus mismos valores, sin importarles ninguna otra realidad religiosa o social que puedan separarles de ellos.

Mientras el escolapio esté realizando, su trabajo, ¿cómo vive quien ha llegado a descubrir su misión personal recibida del Padre de los cielos? Porque de las dos cosas estamos tratando al mismo tiempo, y ambas han de ser medio para la configuración íntima con el Señor. La misión llega a su punto máximo cuando se convierte en misión de amor. Y aquí aparecen dos aspectos. Por una parte, cuando la misión se concentra en el amor. Y cuando se hace destino de muerte a través del sufrimiento, aparece la intercesión. Por otra parte, a través del sufrimiento da vida al mundo. Allí donde Dios nos ha puesto en la misión, ahí tenemos que entregarnos hasta dar la vida, hasta la donación total. Ahí donde entregamos el máximo de nosotros mismos, ahí se nos pedirá el máximo de desapropiación. La desapropiación en la misión es otra forma de sufrimiento.

9. El ministerio escolapio no se circunscribe únicamente a la catequesis y a las escuelas, preferentemente elemental y media, que constituyen el fundamento de la educación popular; no, el ministerio escolapio se puede realizar trabajando en cual-

quier actividad que favorezca la educación de la juventud. Este hecho hace que la extensión del ministerio sea muy amplia, y abre caminos muy ricos para evangelizar a la niñez y juventud; lo que hay que cuidar es que atienda sobre todo con cuidado y atención a los necesitados. Lo que ocurre es que la expresión “necesitados” se puede aplicar a muchas realidades y, sin duda, a todas ellas se puede dedicar el escolapio. Pero sin que pase desapercibida u olvidada la necesidad material. Hay que agradecer en las Escuelas Pías que su ministerio sea tan amplio, siempre dentro del ámbito de la niñez y juventud. Es una gracia dada por el Señor que nunca se puede olvidar y de la que siempre hay que estar agradeciendo.

Si esta es nuestra realidad, es entonces importante el amor teologal de misión. Es el primero que fundamenta a la persona y que recibe gratuitamente de Dios. Es un amor que se preocupa ante todo de la dignidad de la persona humana, independientemente de la eficacia de la causa. Este amor teologal puede ser sentimiento, pero no depende de él, ni dispone de este amor, es gracia. El momento privilegiado para descubrir este amor teologal es cuando no se puede amar desde las propias fuerzas. La misión se percibe como amor y como don, y en el mismo momento que se percibe la misión como don de Dios, transforma el corazón. Es obediencia de amor.

10. Al ser tan amplio el ministerio, en una comunidad puede haber religiosos que trabajen en lugares distintos, en trabajos diferentes, atendiendo a distintas necesidades. Lo que piden las Constituciones es muy sabio: “Nuestras Comunidades amen por igual a los religiosos que trabajan en nuestros centros y a los que, por mandato de los Superiores, cumplen su misión fuera de ellos, de modo que en la diversidad de cometidos se mantenga íntegra la comunión de la vida religiosa. Y los religiosos que ejercen el ministerio fuera de nuestras Obras sean conscientes de su pertenencia a la Comunidad que les envía” (n 102).

2. Discernimiento

1. Hay que examinar hasta qué punto el Instituto participa en la misión de la Iglesia. Para ello, examinar si se da en él el seguimiento de Jesús; si es altavoz de la Buena Noticia; si se va edu-

cando a los niños y jóvenes que estudian con nosotros en lo que fue la vida de Jesús, mostrándoles sus sentimientos, animándoles a seguirlos, instándoles a que vivan a semejanza de cómo lo hizo el Maestro. Y hay que examinar también hasta qué punto los niños y los jóvenes son objeto del trabajo de las Escuelas Pías. Dedicarse a ellos es lo que ha de dar vida al instituto. Los niños y jóvenes han de ser la niña de los ojos de la Orden. Por ellos debe luchar, a ellos ha de entregarse, de ellos preocuparse. ¿Hay pasión en el escolapio por esta franja de la sociedad? Se nota en si a los escolapios les agrada estar con ellos y si constituye el objeto de su trabajo y preocupación.

La misión personal, de la que hemos hablado anteriormente, suele llegar tarde. A veces con tranquilidad y constituye, cuando se descubre, la gran alegría de la vida. Como narra en sus escritos Teresa de Lisieux cuando describe cómo descubrió cuál era su puesto en la Iglesia. Unas veces mantiene a la persona en el estado en el que se encuentra, otras, en cambio, empuja a la persona a dejar la forma de vida o el estado en el que está y a comenzar una nueva vida como le ocurrió a Teresa de Calcuta cuando ella también descubrió su misión, la que Dios le concedía con amor. Los caminos de Dios son impensables y con cada uno obra como quiere.

2. Llegará el conocimiento de tu misión personal en la vida, tu puesto en la Iglesia cuando se den en ti algunas de las notas que hemos citado. Al escuchar hablar de esta misión personal, ¿has sentido animada tu vida? ¿Cuál es tu nivel de interioridad para percibir dinamismos personales, pero que no dependan del grupo de pertenencia? Esta misión brota de una síntesis entre fidelidad a sí mismo y obediencia a Dios. Esta misión te sitúa no ante un grupo o ideología, sino ante Dios. Y es preciso un distanciamiento personal, porque de no darse no puede desarrollarse con la profundidad que de por sí no está prestablecida. No te preocupes de lo de fuera, la misión nace y crece por procesos interiores, aunque a veces los hechos externos pueden ser un medio que sirvan para hacerla estallar, y pienso otra vez en Teresa de Calcuta. El proceso interior por el que se descubre puede durar muchos años, hasta treinta y cuarenta, aunque como Dios es impredecible, él puede manifestarla cuando quiera. Cuando brote en ti, tú serás el primer

extrañado porque el hecho de que Dios se fije personalmente en uno, produce extrañeza e incluso vértigo.

3. ¿Educamos integralmente a las personas a nosotros confiadas? ¿Trabajamos para que nuestros educandos logren y amen siempre la verdad? La verdad os hará libres. ¿Qué grado de libertad encuentras en tus alumnos? ¿Los conoces de verdad? ¿Te es posible o imposible entrar en ellos, conseguir su confianza, penetrar en su mente y en su corazón? ¿Qué sintonía tienes con ellos? ¿Les has enseñado cómo pueden trabajar sencillamente por un mundo más humano y cómo esto depende también de su propio comportamiento? Si tienes ya una cierta edad, ¿vienen a ti agradecidos ex alumnos que te recuerdan y te agradecen lo que por ellos hiciste? ¿Estás contento porque les enseñaste a ser hombres de provecho o te limitaste simplemente a enseñar una asignatura? ¿Están contentos ellos porque el desarrollo de su vida proviene del germen recibido cuando fueron tus alumnos? Y si eres joven, ¿cuál es tu comportamiento con quienes te rodean, con quienes trabajas?

¿Has sentido en tu vida el vértigo del amor personal de Jesús, de su llamada única? No se trata de si crees que Dios te ama o de que Jesús es tu amigo. Ahí se puede racionalizar. Es algo más profundo; es como si la vida se mareara al ver la relación de amor que Dios instaure con uno. Es algo totalmente personal. Tiene que dar paso a la vida creadora y salvadora de Dios. Considera que la misión de Jesús no fue la de María, pero no hay Reino sin María.

4. Puede ser que una vez terminados los estudios, cansado ya de ellos, y con muchas ansias de trabajar, comprendiendo la importancia del ministerio escolapio, hayas dejado aparte la formación permanente. Y si ésta se deja, es fácil caer en el aburguesamiento, aunque se trabaje mucho. El trabajo suele ser muchas veces repetición de actos, de costumbres, y la educación que se da va siendo la misma de hace años, sin abrirse uno a nuevas perspectivas. De ahí la necesidad de una continuada renovación. Es necesario examinar la vida desde esta perspectiva. ¿Tratas de avanzar en tu madurez en todos los sentidos, madurez humana, madurez afectiva, tan necesaria en toda la vida, sobre todo en los célibes, y madurez espiritual en el seguimiento de Jesús? Igualmente tienes que cuidar el desarrollo de

tus aptitudes humanas y religiosas. Todo esto se exige a un educador si quiere ayudar de verdad a aquellos a quienes se dedica. Para el escolapio esto es necesario, de lo contrario su educación no estará al día, ni hará el bien que podría hacer a sus alumnos.

Mira también tu misión única, personal, especial, que siempre es obediencia de amor. Ya hemos dicho que el referente es Jesús. Esto no quiere decir que sea un modelo a imitar, ni se trata de hacer las funciones que él hizo en las tres etapas de su vida. ¿Cuáles fueron? Nazareth, en la que vivió una vida oculta, como el hijo del carpintero, sin llamar la atención, aunque tuvo sin duda que ser apreciado por su trabajo, por su bondad y porque iban pasando los años y él no mostraba ningún deseo ni intención de desposarse, cosa extraña en aquel tiempo. Vino luego la etapa de Galilea, donde puso en marcha el Reino, predicando la Palabra, haciendo el bien, tratando de cambiar el sistema en el que vivía la gente. Y, finalmente, la etapa de Jerusalén, lugar de su pasión y muerte. Efectivamente, las tres etapas tan distintas a nivel de funciones, tienen una marca única, vivir en obediencia al Padre.

5. Que hay que estar muy unido al Señor, atento a la propia vocación, lo expresa así s. Juan de la Cruz: “Estando ausente de ti/ ¿qué vida puedo tener,/ sino muerte padecer/ la mayor que nunca vi?/ Lástima tengo de mí,/ pues de suerte persevero,/ que muero, porque no muero./ El pez que del agua sale/ aun de alivio no carece,/ que en la muerte que padece/ al fin la muerte le vale./ ¿Qué muerte habrá que se iguale/ a mi vivir lastimero,/ pues si más vivo más muero?”.
6. En cierta manera ya hemos dicho lo que de nosotros exige el ministerio. Cuidarlo, lo que no se hace si no nos renovamos en todos los niveles de la vida. Quien permanece quieto, quien no avanza, retrocede, dice el dicho, y es cierto. Nuestro mundo es un mundo en marcha, que avanza rápidamente. Las nuevas generaciones en algunos aspectos avanzan velozmente, casi exponencialmente. En otros, se muestran frágiles, y hay que ayudarles; y el buen consejo puede ser de gran ayuda. Finalmente en otros, tienen una facilidad enorme, por ejemplo en el técnico. Por eso, hay que esforzarse, pero de forma que la autoridad en la ciencia nos dé también autoridad en lo religioso y en aquellos campos en los que se manifieste la fragilidad del niño o del joven.

Y, al mismo tiempo, hay que vivir la misión personal con sencillez de corazón. Nunca la elección es superioridad, y esto hay que tenerlo bien grabado. En todo caso, tiene que ser sorpresa agradecida de sentirse llamado. Quien así ha sido llamado sabe que eso es un regalo y que no puede no reconocerlo, pero, al mismo tiempo, reconoce que no le pertenece. Lo contrario de la misión es la apropiación. En cambio, la desapropiación siempre pasa por la humildad, por el agradecimiento humilde. Como se ha dicho, agradecimiento sin humildad, caradura; humildad sin agradecimiento, orgullo.

7. Si el ministerio escolapio tiene como elemento principal la catequesis, se ha de examinar qué presencia tiene esto en la educación que damos a los niños, si constituye un elemento importante de la actividad de los centros educativos. Tiene que ocupar un lugar preponderante en la pastoral educativa. Y hay que ver también los contenidos de la misma. Es cierto que existen muchos materiales que pueden ayudar, unos de alcance común, otros propios de los mismos catequistas y de su historia en dar una materia, otros publicados por los centros educativos o las demarcaciones para los catequistas de la misma. ¿Es la catequesis un modo de entrar en lo que es la experiencia religiosa de los educandos? ¿Se adapta a ellos? ¿Se sustenta fundamentalmente en el conocimiento o va dirigida a las actitudes, a la vida, al corazón? Mente sin corazón, no crea cristianos, en todo caso personas que conocen la doctrina y nada más; corazón sin mente, fomenta los sentimentalismos, y esto desaparece a la menor dificultad que brota en la vida o ante proposiciones extrañas que pueden provenir de otros ambientes. Por eso, la catequesis que se imparte, ¿ilumina la fe para que sea más fuerte, sólida y convencida? ¿Inicia a la liturgia para que los educandos se vayan introduciendo en ella y no la dejen en cuanto reciben la confirmación o salen del colegio? ¿Prepara para la acción apostólica de forma que pueda ser un sustento cada día del mañana, sobre todo cuando la vida pase por problemas y dificultades?

La misión crece en el amor. A nosotros nos gusta medir el éxito que logramos por la cantidad de gente que viene a nuestras catequesis o celebraciones o por los que pertenecen a nuestros grupos. En cambio, ese no es el verdadero éxito. El Señor, para usar la misma expresión, obtuvo el éxito en la cruz y de ahí, resucitando, vino la salvación. La

obediencia a Dios da libertad interior para enfrentare cuando sea necesario y callarse cuando uno cree que es lo conveniente.

8. Aquí hay que examinar si nuestras escuelas realizan lo que indican las Constituciones. La escuela escolapia ha de seguir siendo popular. Sin duda, en muchos sitios lo es, aunque “popular” puede tener ahora un contenido distinto en algunos aspectos de los que tenía en tiempos de Calasanz; es decir, sin desechar lo que indicaba entonces, ha podido ampliar su significado. Debe estar imbuida de espíritu evangélico y, por tanto, debe suscitar en los educandos toda clase de valores humanos, religiosos e interrelacionales. Este espíritu evangélico ha de marcar a los estudiantes. Ha de fomentar la libertad y la caridad. Si no, no es una verdadera escuela calasancia. La persona ha de desarrollar la libertad en una línea de progreso humano, de tal manera que no haga mal a nadie. La justicia ha de ser, junto a la paz, uno de los grandes valores inculcados. Debe ayudar también a dar una visión de fe de todo, del hombre, de la naturaleza, del mundo, de las personas que es lo más digno que existe, de las demás religiones. Todo cabe en un corazón cristiano.

Así, en la escuela, el educador, haciendo referencia a Jesús, ha de ofrecerse por los demás. La autodonación, el sacrificio que nace de la solidaridad hasta el autosacrificio voluntario. No estamos hablando de heroísmos. Sólo asumiendo esta dinámica podremos asumir en paz nuestra situación actual en la Iglesia: los pocos frutos pastorales que se están recogiendo en todos los campos. Este es un momento de gracia, percibir en desapropiación el seguimiento de Jesús. Pero ocurre que nos aferramos a nuestros planes, en vez de dar paso a Dios y vivir lo que nos toca vivir. No es heroísmo, sino vivir el misterio de dar vida a través de la muerte.

9. Ya hemos dicho que es muy amplio el campo del ministerio escolapio. Y en cualquier trabajo en el que nos encontremos tenemos que poner la marca calasancia, la preocupación por y la donación a la niñez y juventud abandonadas. Siempre, allí donde estemos, somos llamados a entregar la Palabra, que no es nuestra ni nos pertenece. Muchas veces ver que no vivimos lo que predicamos nos hace sentir culpables. Para amortiguar esta culpabilidad, tendemos a decir “en nuestra opinión”. Pero no se nos ha enviado para que prediquemos nuestras opinio-

nes, sino la Palabra, que no es nuestra. Pablo dice “que llevamos el tesoro en vasijas de barro, para que quede claro que la fuerza viene de Dios y no de nosotros”. Y tenemos que recordar que uno no educa si no pone a la persona por encima de toda pedagogía y de todo método.

10. ¿Qué relación existe entre los miembros de la comunidad? ¿Existe el mismo cariño y afecto para los que trabajan en distintas obras, tienen diversas ocupaciones, están en nuestros centros o cumplen su misión fuera de ellos por mandato de los superiores? Lo importante es que se está extendiendo el Reino.

3. Metodología

1. Dar gracias al Señor por el carisma recibido. Todo carisma es don. Todo don es amor. El amor de Dios siempre es gratuito. Delante de ese amor siempre estamos en deuda. La única manera de satisfacer semejante deuda es el agradecimiento. El Señor espera ese agradecimiento como lo vemos en los evangelios con los diez leprosos curados, cuando uno sólo volvió para darle las gracias. No seamos de los que no volvieron para agradecer al Señor por la curación recibida.
2. Examina tu persona para ver si emerge desde lo profundo de tu ser la vivencia de que Dios te muestra cuál es tu misión personal. No se trata de esperar que venga desde fuera, siempre llega por procesos interiores. Cuando aparece esta misión, uno se sorprende, pero comprende lo que Dios le pide. Es algo personal. No te extrañes de lo que te pasa. Abre tu corazón. No te preocupe si es que te llama después de muchos años de trabajar en el ministerio escolapio. Muchas cosas de Dios llegan con el tiempo, llegan aparentemente tarde. Sé, por una parte, fiel a ti mismo y, por otra, obediente a Dios. La misión brota de la síntesis de esos dos aspectos.
3. Ama a los educandos que te han sido dados. Siempre, aunque a veces sea duro comportarse así. No te fijas tanto en los comportamientos externos, trata de comprender el porqué de los mismos, y procura desde ahí llegar a ellos. Tu función es educarlos integralmente. No abduques de esta perspectiva. Alimenta su cultura, afianza su espíritu. Eleva sus conocimientos, esfuérzate

para que Dios cuente en sus vidas. Procura dar paso con ellos a la vida de Dios. Que salgan de tus manos de tal manera que, si no es ahora, el día de mañana, ya mayores, comprendan cómo te preocupaste de sus personas, de su dignidad, de su ser completo.

4. Vive de verdad tu consagración religiosa. Que tu vida sea evangélica, es decir, que el evangelio esté presente en ella, que en todo momento lleves el evangelio a tu modo de ser y de comportarte. Así podrás hacer el mayor bien a tus alumnos. Prepárate en todos los campos. Intenta tener afinidad de espíritu con los pobres. Harás el bien cuidando tu misión y siendo fiel a ella. Piensa que lo importante que tenemos que hacer todos en este mundo es creer, esperar y amar.

Si te preguntas por tu misión personal, recuerda que quizá la tengas que vivir inconscientemente, sin saber nada. Puede ser que tardes en descubrirla o que la descubras cuando estés ya en el Reino. Y al pensar en esa misión, no pienses en cosas extraordinarias, especiales, rupturistas. Puede suceder esto en algunos casos, en otros ocurre todo lo contrario. Ya hemos citado a las dos Teresas, ejemplo cada una de las dos formas distintas de manifestarse la misión personal; en Teresa de Lisieux, manteniéndose donde estaba, en Teresa de Calcuta en forma de ruptura.

5. Y di con s. Juan de la Cruz: “Cuando me pienso aliviar/ de verte en el Sacramento,/ házeme más sentimiento/ el no te poder gozar;/ todo es para más penar/ por no verte como quiero,/ y muero porque no muero./ Y si me gozo, Señor,/ con esperanza de verte,/ en ver que puedo perderte/ se me dobla mi dolor;/ viviendo en tanto pavor/ y esperando como espero,/ muérome porque no muero”.
6. Preocúpate por conseguir una manera de enseñar que cale en los educandos. Lo importante no es demostrar que tú sabes mucho, sino que ellos aprendan. Por eso Calasanz se hizo pequeño, y por eso pedía seguir métodos sencillos y eficaces. Dependerá, sin duda, de dónde te encuentres y de a quiénes te dediques. No es lo mismo trabajar en una Universidad que estar en clase de infantiles, pero la dinámica siempre es la misma, buscar la mejor manera de que aprendan lo que se les enseña, y por eso cuidar cómo se hace, siendo siempre coherentes con el progreso

de las ciencias de la educación. En la enseñanza sé sencillo, porque no hay misión sin humildad. Recuerda que la gran alegría de todo maestro es que sus discípulos le superen. Cuando se da, esto llena el corazón del auténtico maestro de inmensa alegría.

7. Ten en cuenta que el objetivo final de nuestro ministerio es la educación en la fe. Y cualquiera que sea la materia que enseñes y la edad de los alumnos, has de procurar hacer de ellos verdaderos cristianos. Trabajar para que una persona sea cristiana no consiste en insistir cansinamente en los aspectos religiosos, más bien en hacer personas adultas de quienes educamos, siempre según la edad que tengan. Educa cristianamente quien enseña con rigor y manifiesta actitudes de amor, comprensión, aceptación y sencillez en su obrar. Y no educa cristianamente quien se fija en elementos religiosos pero que quedan negados por sus propias actitudes de autoritarismo, desatención y despreocupación de los alumnos.
8. En tu manera de estar, de actuar, de relacionarte con los alumnos que se respire el espíritu evangélico que ha de ser una de las notas de la escuela calasancia. Crea libertad en tus alumnos y siembra caridad. Que se note luego en ellos. Intercede por cada uno. Procura conocer sus necesidades, y también las familiares, para comprenderlos mejor. Puede que vivas la desapropiación de la misión, por edad, enfermedad o por algún destino que te saque del lugar donde te encuentres tan a gusto y feliz. Recuerda siempre que la desapropiación de la misión es un gran sufrimiento que también ayuda a la configuración con Jesús.
9. El escolapio puede trabajar desarrollando su ministerio en muchos lugares y muchas actividades. Pero siempre y en todos ellos ha de poner la marca calasancia, que es la preocupación y dedicación a los niños y jóvenes más necesitados, y eso se puede hacer en todas partes y en todos los trabajos.
10. Recemos unos por otros, sin importar el lugar donde trabaja cada uno o el servicio que realiza, y amemos con sincero cariño a todos sea cual fuere su trabajo. Así seremos de verdad escolapios.

9º La configuración con Jesús por medio de la formación

1. Espiritualidad

1. “El Espíritu Santo, que actúa en la Iglesia, guía a cada creyente en la construcción del Cuerpo de Cristo y lo conduce a una determinada configuración con Cristo en la que encuentra su vocación y su estado de vida, realizando así el Proyecto Salvífico de Dios Padre para toda la humanidad y cada persona.

La vocación religiosa escolapia nos lleva a ser miembros de la Orden y nos conduce a la consagración religiosa, vivida en comunidad, y al ministerio propio de las Escuelas Pías, como quiso Calasanz y aprobó también la Iglesia.

La Formación para la vida religiosa escolapia es un proceso a través del cual responde a los impulsos del Espíritu Santo, que guía a los candidatos y se manifiesta en la tendencia profunda que lleva, entre otras cosas, a “ser auténticos Pobres de la Madre de Dios” y a orar y vivir como los sencillos, “niño entre los niños”.

Supone, por tanto, el crecimiento del candidato en nuestra identidad eclesial y la adopción de una forma evangélica de vida, que no coincide en muchos aspectos con los criterios de la sociedad, concretamente del mismo ambiente social donde vive. En medio de este mundo, nuestra forma de vida nos lleva a encarnar la Bienaventuranza de los pequeños, los sencillos y los puros de corazón, y a ser fermento del Reino de Dios que ya está presente y opera en medio de nosotros” (Formación y estudios del escolapio= FEDE n. 14-16).

2. “Fases del Evangelio de la vocación. En todo camino vocacional se distinguen tres fases características, del llamado ‘Evangelio de la vocación’: “buscar a Jesús, seguirlo y permanecer con Él”.

Este proceso dinámico se concreta en los tres pasos o momentos de *suscitar, discernir y acompañar*, distinción que debe entenderse más desde el punto de vista metodológico que cronológico. Cada uno de estos momentos tiene un objetivo general, sus características educativas y pastorales propias y sus contenidos formativos peculiares.

El objetivo del primer momento es: lograr que todos aquellos adolescentes y jóvenes a quienes afecta nuestra acción pastoral y educativa, particularmente los que consideremos idóneos, puedan recibir una propuesta vocacional especial.

El objetivo general del segundo momento es lograr que aquellos adolescentes y jóvenes que se han cuestionado por la posible llamada a la vida escolapia o a otra vocación de especial consagración, puedan discernirla.

El objetivo general del tercer momento es lograr que aquellos adolescentes y jóvenes que después de un tiempo de discernimiento han visto en principio que la vida escolapia u otra vocación especial de consagración puede ser el camino de su vida, continúen su crecimiento vocacional” (Directorio escolapio de Pastoral vocacional =PV, n. 37,38,47,59).

3. “Llamados en comunidad a trabajar como “jornaleros en una mies fertilísima”, los escolapios, “cooperadores de la Verdad”, deben hacer suyo con empeño, al comenzar su proceso formativo, el objetivo global de la formación inicial:
 - responder a la llamada de Dios
 - por un proceso de maduración y de autonomía de su persona
 - para poder identificarse libre y fielmente con el proyecto de vida y misión de la Orden escolapia y así encarnarlo en la Iglesia y en el mundo de hoy.

Misión de la Orden, a través de personas e instituciones, es cooperar a que los jóvenes tomen conciencia del don divino de la vocación, ayudándoles a integrar el proyecto personal en el plan de Dios, e invitándoles a dar una respuesta agradecida y generosa ofrecien-

dose como instrumentos en las manos de Dios en la Orden de las Escuelas Pías. Asumirá esta responsabilidad orientadora toda la comunidad escolapia acompañando con particular esmero a quienes muestren indicios de vocación, aunque, en la práctica, sea ejercida por las personas designadas específicamente para ello.

Se posibilitará la presencia de formadores itinerantes, bien sea de la propia Demarcación o de otras, que apoyen el proceso formativo con cursos, retiros, talleres, ejercicios espirituales” (FEDE, n. 31,32).

4. “El *prenoviciado* es la primera etapa de la formación inicial del Escolapio. Durará al menos un año. En esta etapa los candidatos podrán continuar sus estudios compaginándolos ordenadamente con la formación escolapia. Todo lo previo al *prenoviciado* se considera *pastoral de las vocaciones* (PV) y tiene su *directorío* propio en la Orden.

Los objetivos del *prenoviciado* son: iniciar un conocimiento en profundidad de sí y de su propia vida, integrando los elementos positivos y negativos. Profundizar en la *persona* de Jesucristo como discípulo que lo sigue, lo conoce, lo escucha, ora con Él y trabaja para Él. Profundizar en la persona de San José de Calasanz” (FEDE, n. 36.37).

5. San Juan de la Cruz: “Por toda hermosura/ nunca yo me perder,/ sino por un no sé qué/ que se alcanza por ventura./ Sabor de bien que es finito/ lo más que puede llegar/ es cansar el apetito/ y estragar el paladar/ y así por toda dulzura/ nunca yo me perderé/ sino por un no sé qué/ que se halla por ventura”.
6. “El *noviciado*, como iniciación a la vida religiosa dentro de la comunidad escolapia, es el tiempo para la maduración en la vocación, durante el cual se clarifica la opción personal. Es una etapa especial, intensa y exigente, pero que no debe apartar de la realidad sino ayudar a iniciar en ella un nuevo estilo de vida.

Objetivo de la etapa. Al término del *noviciado* cada formando consigue discernir, en un clima de serenidad espiritual, la llamada al seguimiento de Jesucristo a través de una experiencia real de vida religiosa escolapia, encaminada a configurar la propia personalidad desde los valores del Evangelio y según el proyecto de vida propuesto en las Constituciones para acogerla libremente por el compromiso de la primera profesión” (FEDE, n. 42, 43).

7. “Se entiende por *juniorato* el periodo formativo durante el cual los candidatos, ya profesos, en una *casa de formación* legítimamente designada, maduran su vocación y cursan los estudios, sobre todo filosóficos y teológicos. Este periodo formativo está constituido en dos fases en referencia a la opción vocacional definitiva: fase primera, más lejana a la *profesión solemne* y centrada en la renovación anual de los votos; y fase segunda, o próxima a la *profesión solemne*, centrada en la maduración de una opción religiosa de por vida, acompañada normalmente por los estudios teológicos.

La duración del *juniorato* es de seis años, que pueden prolongarse hasta nueve, como máximo, por la conveniencia de alargar el tiempo de profesión simple, o la necesidad de completar los estudios eclesiásticos, o haber interrumpido el curriculum formativo con experiencias especiales fuera de la *casa de formación*. Por consiguiente, siguen en periodo de formación inicial tanto el profeso de votos simples que ha concluido los estudios eclesiásticos, como el profeso de votos solemnes que todavía no haya terminado dichos estudios.

La experiencia curricular fuera de la *casa juniorato*. Durante los años de profesión simple el junior podrá tener un año, por lo menos, de experiencia de nuestra vida y ministerio en una comunidad distinta a la del *juniorato*. La experiencia podrá colocarse después del primer año de teología, hacia la mitad de la etapa del *juniorato* o previamente a la *profesión solemne*, acabados los estudios teológicos. El *superior mayor*, con los formadores y el *candidato*, diseñarán el plan de la experiencia, que deberá ser acompañada y evaluada al final. La experiencia forma parte del “curriculum” formativo del escolapio.

El tiempo formativo del *juniorato* se ha de configurar como un itinerario personal vivido en comunidad, en cuyo proceso formativo cada fase y aún cada curso tienen una cierta identidad determinada por:

- los diversos hitos encaminados hacia la *profesión solemne* y las *órdenes*;
- los estudios que se realizan;
- los ministerios que se preparan y reciben;
- la renovación anual de los votos” (FEDE, n.47-50).

8. “La Formación permanente, como proceso continuo a través del cual actualizamos nuestra respuesta vocacional, ha de estar presente en todos los períodos de la vida. Esta FP habitual se realiza:
 - según un ritmo propio y personal pero en coordinación con toda la comunidad;
 - según lo establecido por la comunidad (religiosa, educativa...) pero atendiendo a las diversas situaciones personales.

En ambos casos requiere, como condición previa, una actitud de disponibilidad y un esfuerzo de armonización entre las personas y de éstas con las comunidades.

Para la FP habitual se han de fijar y programar en cada nivel los procedimientos o medios para conseguir los objetivos sectoriales... Cada persona y cada comunidad, profundizando en dichos objetivos y en las áreas características de cada uno de ellos, y considerando también las sugerencias que se proponen, establecerá responsablemente los proyectos y programaciones de su FP habitual” (“Directorio de Formación permanente”, n. 59,60).

9. “Después de la formación inicial pueden distinguirse tres ciclos vitales sucesivos en la vida escolapia del adulto:
 - la primera edad adulta, de madurez juvenil, aproximadamente de los 25 a los 45 años;
 - la segunda edad adulta, de madurez plena, orientativamente de los 45 años a los 65;
 - la tercera edad adulta, de madurez serena, de los 65 años hasta el momento fuerte del ocaso.

En cada uno de estos ciclos, la mayoría de los escolapios viven situaciones características semejantes. Ello nos lleva a señalar para cada período un objetivo general amplio, común a todos (que se verá en el apartado de “discernimiento”), y a proponer medios adecuados para alcanzarlo (que se verá en el apartado de “metodología”).

“Situaciones características vividas por el escolapio adulto joven:

- entusiasmo y total dedicación al apostolado escolapio,
- compromisos encomendados a su plena responsabilidad,
- ampliación del campo de relaciones personales,

- mayor sensibilidad y contacto con las relaciones sociales, culturales, eclesiales,
- estudios de especialización,
- reafirmación social de sí mismo,
- grandes expectativas y actitud crítica, respecto a la Orden y a la Iglesia,
- afirmación de su vocación escolapia acentuando la misión,
- encarnación práctica del proyecto escolapio de vida descubierto y asumido en la formación inicial,
- experiencia vital en la que la “profecía” supera a la “memoria”.

Algunas de sus dificultades más frecuentes:

- la actividad excesiva, que puede mermar la atención a la comunidad, a la vida espiritual o a la atención personal,
- el individualismo que empuja sutilmente hacia planteamientos y actividades al margen del carisma,
- primeras experiencias constatando las propias limitaciones,
- las dificultades personales en que puede verse envuelto: enamoramiento, incomprensión, fracaso profesional...
- desequilibrios emocionales imprevistos al ceder algunos mecanismos de contención,
- posible entrada en la rutina y aparición del cansancio interior,
- obediencias demasiado frecuentes o no asimiladas,
- el envío a países de otra cultura o distintos del propio,
- la pérdida de sentido de lo que se es o se hace que puede aparecer ya delante del ciclo” (FP, n. 75-77).

“Situaciones características vividas por el escolapio adulto maduro:

- tiempo de plenitud en el que decrece el activismo juvenil pero se posee más experiencia e información para afrontar la complejidad de los acontecimientos,
- responsabilidad y cargos dentro y fuera del grupo,
- sensibilidad mayor ante nuevas llamadas y retos nuevos que provocan el sentido de la superación,
- necesidad vital de realizarse según la identidad escolapia,

- afirmación de la vocación escolapia buscando la comunión,
- oportunidad de vivir, integrándolas, la estabilidad y la creatividad,
- se impone definitivamente el realismo al idealismo juvenil,
- experiencia vital de equilibrio entre “memoria” y “profecía”.

Algunas de sus dificultades más frecuentes:

- el segundo momento fuerte o crisis de la mitad de la vida, que puede hundir a la persona o darle nueva vitalidad,
- tendencia a la instalación y mediocridad,
- riesgo de encerrarse en el individualismo o en el egoísmo,
- tentación de reducir al mínimo el trato con Dios, con los demás, con los jóvenes,
- deseo de no ser molestado (comodidad, adocenamiento),
- posibilidad de no realizarse, afirmarse o sentirse a gusto con el riesgo de una fuerte crisis vocacional, profesional, afectiva e incluso existencial,
- peligro de anclarse en el pasado, ensimismarse, deprimirse,
- aceptación de responsabilidades importantes en la Orden,
- inicio de una nueva etapa de vida o ministerio en ambiente o circunstancias distintos,
- algún percance serio de salud,
- búsqueda de compensaciones en el uso exagerado de los bienes, en el activismo, en la vagancia, en la enfermedad imaginaria, en relaciones afectivas poco claras” (FP, n. 82-83).

“Situaciones características vividas por el escolapio adulto mayor:

- tiempo de progresiva espiritualización, de llegar a la profundidad de uno mismo,
- oportunidades apostólicas nuevas, distintas de las anteriores,
- mayor disponibilidad de tiempo,
- posibilidad de cultivar más intensamente el núcleo fundamental de la vida consagrada (oblación personal, lectio divina, oración contemplativa, ministerio de intercesión...),
- afirmación de la vocación escolapia interiorizando la consagración,

- aceptación progresiva de la experiencia de la kénosis,
- aumento de la confianza en Dios ante la cercanía de lo definitivo, experiencia vital en que la “memoria” supera la “profecía”.

Algunas de sus dificultades más frecuentes:

- disminución progresiva del tono vital y de la dedicación al ministerio escolapio,
 - experiencia no siempre bien asimilada de soledad o de sentimientos de inutilidad,
 - retiro de ciertas actividades profesionales y resistencia psicológica para iniciar otras funciones en la ancianidad,
 - agudización de los aspectos negativos del período anterior, con manifestaciones de insatisfacción, amargura, crítica...,
 - crecientes limitaciones debidas a la edad y dependencia mayor de otras personas,
 - sensación de hundimiento psicológico y moral en casos de enfermedad grave o crónica” (FP, n. 88-89).
10. “Significado de la enfermedad y acompañamiento en la misma. Todos hemos de sentirnos especialmente comprometidos con los escolapios que, por enfermedad o ancianidad, experimentan el declive definitivo de su salud y viven este tercer momento radical de existencia.

Conviene que cada Demarcación disponga de algún lugar bien preparado como enfermería para poder atender los casos más graves. A estos religiosos, además de ofrecerles con amor y dedicación todas las atenciones humanas y sanitarias requeridas, les acompañaremos psicológica y espiritualmente en esta última etapa de su existencia de configuración plena con Cristo en el misterio de la pasión. No dejaremos de visitarles asiduamente con sentimientos de amor y agradecimiento” (FP, n. 94).

2. Discernimiento

1. “Este proceso formativo es dialogal: a quienes llama a ser escolapios, Dios nos va formando y convirtiendo a Él en la medida que respondemos a esa llamada. Es un proceso permanente a

través del cual cooperamos con el Espíritu Santo que actúa en nosotros para seguir a Jesucristo según la vivencia escolapia del Evangelio y nos esforzamos en configurar y fortalecer continuamente la propia identidad ante Dios, ante nosotros mismos, ante la comunidad y ante el mundo, realizando progresivamente nuestra unidad de vida en Cristo por el Espíritu.

Esta identidad vocacional es una experiencia personal que vivimos y expresamos en:

- la vida espiritual
- la paz interior
- la confianza en el propio futuro
- la capacidad de amar y de trabajar con y por los demás
- la fidelidad creativa al carisma calasancio
- la práctica del ministerio escolapio

Nos acompaña en cada etapa en que nos encontremos, y ha de integrar todos los aspectos de nuestra personalidad bajo el dinamismo del seguimiento de Jesús en la vida religiosa escolapia” (FEDE, n. 17,18).

2. Todo lo dicho en el apartado primero sobre el objetivo del primer momento lo han de hacer “mediante un adecuado proceso educativo y pastoral, para que descubran más claramente que su vida es un don de Dios y que cada uno está llamado a vivirla como respuesta personal al plan divino de salvación (PV, n. 38)”.

Y lo indicado en el objetivo general del segundo momento lo deben realizar “mediante un proceso de maduración humana y cristiana y de verificación de su idoneidad personal, para que sea posible su respuesta germinal, libre y consciente, a una vocación especial dentro de la Iglesia.

El discernimiento en el proceso vocacional es del todo necesario porque la vocación no la crea ni la construye la persona sino que es un don de Dios a descubrir. Por tanto, hay que ayudar al joven a escuchar en su interior y a mirar a su alrededor para buscar la voluntad de Dios sobre su vida; y ayudarle también a acogerla, elegirla y responder libremente a ella” (PV, n. 47,48).

Finalmente, lo indicado en el objetivo general del tercer momento se debe realizar “mediante un acompañamiento formativo adecuado, para que realicen sus primeras opciones y construyan las bases que les permitan comenzar la formación inicial” (PV, n. 59).

3. “Aceptar la llamada vocacional a las Escuelas Pías implica:
 - actitud permanente de búsqueda,
 - fidelidad a Dios siempre fiel;
 - deseo de servir en la comunidad;
 - valentía y empeño para superar las dudas y los miedos (discernimiento);
 - integración progresiva en la familia escolapia por medio de la formación, a través de las etapas de *prenoviciado*, *noviciado* y *juniorato*.

Para ir formando armónicamente las diversas facetas de la personalidad del candidato, el proyecto formativo escolapio prevé unos objetivos en cada etapa, con sus indicadores y mediaciones formativas” (FEDE, n.33).

4. “Al término del *prenoviciado* cada formando habrá realizado un discernimiento inicial de su vocación, desde la propia realidad, a la luz de la fe, y en la perspectiva de la vida escolapia a través de una primera experiencia de vida en grupo comunitario para estar preparado y poder iniciar el *noviciado*” (FEDE, b. 38).
5. Indica s. Juan de la Cruz: “El corazón generoso/ nunca cura de parar/ donde se puede pasar/ sino en más dificultoso/ nada le causa hartura/ y sube tanto su fe/ que gusta de un no sé qué/ que se halla por ventura”.
6. “Para ser aceptado al Noviciado, se exige:
 - salud y ausencia de impedimentos canónicos;
 - decisión por la vocación desde una suficiente experiencia de fe;
 - capacidad de opción por el celibato, la obediencia y la pobreza con suficiente equilibrio psicológico y afectivo;
 - aptitudes para la vida comunitaria escolapia;
 - aptitudes para el ejercicio de nuestra misión” (PV, n. 44).

7. “Objetivo de la fase primera del *juniorato*. A su término, cada formando, habrá progresado en la maduración de su vocación escolapia, desarrollando las capacidades de su persona a través de los estudios, vivencias religiosas, pedagógicas y culturales características de esta fase y experimentando plena y gozosamente el modo escolapio de vida.

Al junior se le exige en esta fase del *juniorato*:

- una personalidad inicialmente integrada en todas sus dimensiones, que le permita experimentar de manera global y satisfactoria el género de vida profesado, y progresar en ella;
- la cualificación profesional por medio del estudio sistemático como preparación responsable al ministerio pastoral y educativo;
- una vivencia espiritual ascendente, utilizando con actitud positiva los medios de crecimiento espiritual.

La comunidad escolapia se compromete a:

- acompañar al junior en el crecimiento y discernimiento vocacional;
- crear las condiciones y ofrecer los medios necesarios para conseguir la formación exigida;
- asegurar el acompañamiento y guía de un religioso como Maestro, y de un equipo capacitado, tanto para convivir con los juniorees en comunidad como para ayudarles en su crecimiento;
- posibilitar los *centros de estudios* más aptos.

A los formadores y candidatos la Orden exige:

- caminar juntos en la vida religiosa, aceptando las diferencias mutuas y las diversas funciones de responsabilidad en las decisiones comunitarias;
- el trabajo y estudio responsables;
- la elaboración del proyecto personal y comunitario;
- la participación, a su nivel, en la vida de la Orden y de la *demarcación*...

Objetivo de la segunda fase del *juniorato*. A su término, cada formando habrá conseguido la madurez de persona adulta, que ha integrado

las dimensiones formativas y consolidado su personalidad como escolapio. Alcanzará esta meta a través de los diversos medios formativos, como los estudios, la oración y el discernimiento, las vivencias teológicas, apostólicas y pastorales características de esta fase formativa, de modo que pueda orientar definitivamente su vida con la profesión solemne y, en su caso, la ordenación diaconal y sacerdotal.

A los juniorese se les exige en esta fase:

- una personalidad suficientemente estructurada en todas sus dimensiones, que les permita prepararse responsable y comprometidamente para las opciones definitivas de su vida escolapia;
- la cualificación teológica y pastoral por medio del estudio sistemático, como preparación seria al ministerio pastoral y educativo” (FEDE, n.53-56, 58-59).

8. “Medios de FP personal:

- oración personal,
- lectio divina de la Escritura,
- profundización de las Constituciones y Reglas,
- silencio y tiempos de soledad,
- dedicación del tiempo en la habitación,
- vivencia de los compromisos de la vida consagrada,
- trabajo ascético personal,
- vida sacramental,
- acompañamiento y evaluación espiritual, ejercicio de las virtudes comunitarias,
- atención a la salud física y psicológica,
- trabajo diario: doméstico, apostólico, profesional, puesta al día en teología, pastoral, pedagogía,
- uso adecuado de los mass-media y de otros instrumentos culturales,
- desarrollo de alguna especialización y de hobbies,
- conocimiento de la situación real del mundo, de la política...
- dedicación, al menos, de una hora al día a la FP personal, FP en determinados períodos” (FP, n. 61).

9. “Objetivo de la FP para la primera edad adulta:

Durante los años de la primera edad adulta el escolapio deberá alcanzar una madurez juvenil como persona y como creyente, como religioso y como sacerdote (o catequista) educador desarrollando los rasgos que le caracterizan por procedimientos y medios adecuados, a fin de vivir satisfactoriamente su propia identidad de religioso adulto joven.

Rasgos característicos de la madurez juvenil escolapia. Son rasgos característicos:

- poner en práctica el proyecto global de vida escolapia asumido progresivamente en la formación inicial,
- vivir plena y comprometidamente la misión,
- crecer en fidelidad al Evangelio y a la vocación escolapia en la vida activa,
- decantar el propio carisma personal en el carisma común escolapio,
- actualizarse teórica y prácticamente en temas pastorales, educativos...
- saber buscar y recibir el consejo debido en este primer tiempo de religioso adulto” (FP, n. 78-79).

“Objetivo de FP para la segunda edad adulta: Durante los años de la segunda edad adulta el escolapio deberá alcanzar una madurez plena como persona y como creyente, como religioso y como sacerdote (o catequista) educador, desarrollando los rasgos que la caracterizan por procedimientos y medios adecuados, a fin de vivir satisfactoriamente su propia identidad de religioso adulto maduro.

Rasgos característicos de la madurez plena escolapia. Son características de estas dimensiones:

- tener una actitud abierta ante las nuevas circunstancias y capacidad de adaptación a las mismas,
- vivir de manera plena y personalizada la comunión,
- desear profundizar en los valores de la vida personal en un tiempo prolongado de recuperación espiritual y apostólica, distanciándose de su vida ordinaria,
- actualizarse teórica y prácticamente en temas teológicos y en otros afines a nuestra misión,

- buscar el necesario apoyo espiritual y psicológico para afrontar positivamente la segunda parte de la vida” (FP, n. 84-85).

“Objetivo de FP para la tercera edad adulta: durante los años de la tercera edad adulta el escolapio deberá alcanzar una madurez serena como persona y como creyente, como religioso y como sacerdote (o catequista) educador, desarrollando los rasgos que la caracterizan por procedimientos y medios adecuados, a fin de vivir satisfactoriamente su propia identidad de religioso adulto mayor.

Rasgos característicos de la madurez serena escolapia. Son características de estas dimensiones:

- dedicarse más intensamente al núcleo Fontal de la vida religiosa,
 - vivir de manera más plena e interiorizada la consagración,
 - compartir en la comunidad las dificultades y alegrías de la vida,
 - compensar la disminución progresiva de las fuerzas con una readaptación de su vida y apostolado,
 - actualizarse teórica y prácticamente ante las nuevas oportunidades apostólicas,
 - buscar la ayuda espiritual y material para afrontar animosamente las propias limitaciones” (FP n, 90-91).
10. “Preparación inmediata a la muerte. Siguiendo la exhortación de nuestro Santo Padre, ayudaremos al hermano que parte con la celebración de los sacramentos de la Iglesia, y con oraciones y exhortaciones que le induzcan al arrepentimiento y a la entrega total y definitiva a Dios, para que viva este momento con fe y amor, como una hora suprema de confianza y esperanza, y se disponga, bajo la protección de María, siguiendo a Cristo Resucitado a ser recibido en el Misterio de Dios por toda la eternidad” (FP, n. 95).

3. Metodología

1. “A conseguir una formación así concebida contribuirá:
 - tener delante el modelo evangélico y calasancio del ‘hombre nuevo’ que necesitan la Iglesia y el mundo de hoy;

- interiorizar y asimilar el conjunto de valores por los que hemos optado como proyecto total y unitario de vida;
- conocer y compartir los dramas y urgencias de la sociedad;
- sensibilizarnos y trabajar por los niños y jóvenes que más padecen las injusticias y sus consecuencias;
- vivir el proceso formativo, con referencia al Evangelio y al carisma calasancio, como una experiencia de Dios encarnada en la realidad histórica;
- prepararnos para la misión que se nos confía por medio de una dedicación responsable al estudio y a otras directrices formativas;
- asimilar e identificarnos con el proyecto escolapio de vida –específico, globalizante y unificado– que nos proponen las Constituciones y Reglas;
- hacer el camino de la consagración religiosa, que hace aprender el modo de vida de Jesucristo pobre, casto y obediente, a través de la práctica del ministerio escolapio;
- descubrir la inclinación interna que el Espíritu Santo suscita en cada candidato que trae la vocación religiosa escolapia, identificando con nombre propio los contenidos que manifiestan dicha inclinación;
- realizar el ejercicio del propio conocimiento que permite poner de manifiesto las aptitudes y “tendencias torcidas” que anidan en el corazón del candidato cuando se pone en contacto consciente con la realidad (personal, social, educativa, eclesial, institucional, comunitaria) para enseñarle a discernir y optar por lo que es típico de la acción de Dios en su interior; de esa manera previene el mal y secunda el bien;
- desarrollar las aptitudes intelectuales en armonía con la vida del Espíritu para garantizar la integración personal de los contenidos pedagógicos, filosóficos y teológicos;
- cultivar las facultades personales de inteligencia, libertad y voluntad para que los candidatos aprendan a leer su interioridad de manera realista, sabiendo discernir lo que corresponde a su identidad más profunda (inclinación interna) y desarrollando la capacidad para elegir libremente aquello que los llevará a la práctica de la perfecta caridad” (FEDE, n. 19).

2. “Esto supuesto, el itinerario vocacional comienza con el despertar en la conciencia de la persona el don de la llamada. Suscitar la vocación es desarrollar en su corazón la capacidad de escucha del Señor y la actitud de responderle positivamente. Esto exige al agente pastoral vocacional promover en el muchacho un planteamiento personal que fomente actitudes de inquietud y disponibilidad ante formas especiales de vida y misión evangélicas” (PV, n. 40).

“Cada Centro de Orientación Vocacional buscará y utilizará los medios más aptos para que los candidatos vayan asumiendo los contenidos formativos:

- creando ambientes educativos y de talante cristiano;
 - teniendo un buen conocimiento y manteniendo relación con la familia del candidato;
 - potenciando la vida grupal desde valores evangélicos;
 - observando directamente al muchacho ayudándose, si fuera necesario, de personas expertas;
 - acompañando personalmente a cada uno;
 - organizando encuentros periódicos de todo el grupo; programando una catequesis básica de la fe” (PV, n. 66).
3. “Los objetivos mencionados, por su propia naturaleza, deben ser:
 - progresivos a lo largo de las etapas;
 - coherentes entre sí;
 - adecuados a cada situación y persona;
 - unificadores de las dimensiones existenciales de la formación escolapia: humana, cristiana, religiosa y calasancia” (FEDE, n.34).
 4. “A los candidatos que ingresan al *prenoviciado* se les pide:
 - tener equilibrio personal psicológico y los estudios requeridos;
 - vivencia adecuada de la vocación cristiana;
 - deseo explícito, aunque no sea todavía absoluto, de llegar a ser religioso escolapio;

- propósito de vivir en grupo comunitario aceptando lo que ello significa.

Por su parte la comunidad escolapia se compromete a:

- acogerlos en una casa designada para este efecto;
 - ofrecerles una visión completa de todo el proceso formativo inicial;
 - desarrollar el plan de formación para esta etapa;
 - acompañarles en su vivencia vocacional por un religioso experto, de manera personalizada y grupal” (FEDE, n. 39-40).
5. Dice s. Juan de la Cruz: “El que de amor adolece/ de el divino ser tocado/ tiene el gusto tan trocado/ que a los gustos desfallece/ como el que con calentura/ fastidia el manjar que ve/ y apetece un no sé qué/ que se halla por ventura”.
6. “La comunidad escolapia se compromete por su parte a:
- acoger a los candidatos con alegría y cordialidad;
 - recibirlos como son, con sus iniciativas e inquietudes, con sus experiencias, cualidades positivas y limitaciones;
 - poner a disposición de los mismos, con dedicación plena, un religioso idóneo como Maestro de Novicios;
 - poner a su disposición una Casa Noviciado adecuada y un equipo de religiosos con los que forman comunidad;
 - ayudarles a responder, con libre voluntad, a la llamada de Dios en el seno de la Iglesia;
 - poner los medios para que puedan hacer una experiencia significativa de fe en comunidad;
 - estar abierta a la acogida que supone aceptar nuevos miembros para la comunidad;
 - discernir la vocación de los candidatos.

Opción del candidato y evaluación final de etapa:

- Al principio del Noviciado cada candidato pondrá por escrito sus expectativas.
- Al final del Noviciado el candidato solicitará por escrito la profesión simple, exponiendo los motivos.

- El equipo formativo, al terminar el Noviciado, evaluará por escrito al candidato a la luz del objetivo de etapa para, en su caso, proponer al Superior Mayor su admisión a la primera profesión” (PV, n. 45,46).
7. “La Comunidad escolapia se compromete a:
- mantener el acompañamiento adecuado al crecimiento y discernimiento vocacional;
 - crear las condiciones que ultimen la formación inicial de los juniore;
 - elegir los *centros de estudios* aptos a sus estudios teológicos;
 - ofrecer una comunidad formativa especialmente adaptada a la edad psicológica y espiritual de los formandos y a sus estudios y compromisos religiosos;
 - discernir con ellos la opción al ministerio ordenado.

A formadores y candidatos se les pide en esta fase:

- crear un ambiente comunitario en el que sean posibles las relaciones interpersonales de servicio, la práctica de la corrección fraterna, y el discernimiento personal y comunitario;
 - el estudio responsable de la teología;
 - la elaboración de los proyectos personal y comunitario;
 - la participación, a su nivel, en prácticas ministeriales, escolapias preferentemente;
 - vivir una experiencia espiritual profunda y madura” (FEDE, n. 60,61).
8. “Proyecto y programaciones personales. Con éstos y otros medios posibles de FP habitual, cada religioso debería formular la programación concreta de su FP, incluyéndola en su proyecto personal de vida.

En dicho proyecto deben figurar estos elementos:

- grado de autoconocimiento personal en el momento presente, conseguidos por la propia reflexión, iluminada por la gracia, y con la ayuda de las observaciones de los demás (*análisis*);
- juicio crítico sobre esta situación descubierta respecto a la relación personal con Dios, con los demás, dentro y fuera

de la comunidad, y con la misión en las actividades apostólicas (*diagnóstico*);

- algún proyecto personal, elaborado a ser posible, con la ayuda de alguna otra persona, y oportunamente dado a conocer a la comunidad, si cabe, debe concretarse en programaciones periódicas, con objetivos por dimensiones y áreas formativas, con medios y procedimientos adecuados para alcanzarlos, y con evaluación en momentos determinados” (FP, n. 62).

9. Medios para alcanzar los rasgos característicos de la madurez juvenil escolapia:

- “aceptar un acompañamiento especial en los primeros años,
- dialogar con maestros espirituales,
- facilitar al joven religioso su primera inserción en una comunidad que no sea de formación inicial,
- completar su formación con estudios de especialización,
- vivir en un ambiente comunitario estimulante y de fácil comunicación entre los religiosos,
- asignar al joven religioso un trabajo apostólico que pueda realizar responsable y satisfactoriamente,
- fomentar algunos encuentros con religiosos de su edad,
- asistir a cursos de pastoral juvenil, pedagogía, dirección...
- sentir cercanía y comprensión en las primeras dificultades,
- dedicar algún tiempo especial de vez en cuando para recuperar fuerzas y espíritu,
- hacer ejercicios de mes o un retiro espiritual prolongado, avanzado el ciclo o cuando convenga,
- recibir ayuda psicológica y espiritual adecuada cuando se manifiesten fisuras graves en la vocación” (FP, n. 80).

Medios para alcanzar los rasgos característicos de la madurez plena escolapia:

- “participar de cursos de puesta al día en biblia, teología, catequética, moral,
- asistir a algún encuentro sobre nuestro carisma (Calasanz, Escuela Pía, espiritualidad escolapia),

- profundizar en temas de apoyo a nuestra misión (doctrina social de la Iglesia, medios de comunicación social, relaciones fe-cultura, pastoral especializada),
- encuentro festivo y espiritual con los compañeros para celebrar las bodas de plata de profesión solemne o de ordenación sacerdotal,
- confrontar en un retiro prolongado la experiencia vivida con el proyecto asumido en la profesión (Constituciones),
- aceptar propuestas adecuadas a esta edad para estimular la fecundidad apostólica, p. e., estancia temporal en situación de frontera, en misiones,
- esforzarse por mantenerse abierto y en proceso de renovación, con capacidad de asumir nuevos valores, métodos...,
- recibir ayuda psicológica y espiritual para resolver positivamente la crisis de la mitad de la vida,
- realizar un año sabático u otra experiencia similar” (FP, n. 86).

Medios para alcanzar los rasgos característicos de la madurez serena escolapia:

- “prepararse adecuadamente para este período de la vida antes de iniciarlo o al principio del mismo,
- compartir la vida comunitaria con religiosos de edades y mentalidades diversas,
- fomentar actitudes de tolerancia, flexibilidad, buen humor, interés, disponibilidad, apertura, diálogo, servicio...,
- desarrollar un apostolado escolapio de apoyo, de presencia, con pequeños grupos de oración, de recuperación, de escucha,
- realizar cursos de preparación para nuevas actividades, como grupos adultos de oración, pastoral de enfermos, grupos culturales para la tercera edad,
- ejercer la función santificadora del ministerio sacerdotal,
- colaborar sacerdotalmente en nuestras iglesias, en parroquias y conventos, en grupos cristianos,
- frecuentar talleres para aficiones artísticas u otras,

- participar en encuentros fácilmente accesibles de oración, liturgia, espiritualidad, teología,
- organizarse de forma racional y variada el tiempo libre,
- dedicarse a la lectura de clásicos cristianos, santos padres, autores espirituales,
- comunicar vivencias y recuerdos con religiosos de su edad,
- sentirse útil ocupando el lugar debido en comunidad como punto de encuentro y de acompañamiento,
- ayudar a los religiosos más jóvenes: ejemplo, comunicación, escucha, estímulo, apoyo...,
- llevar una vida de oración más intensa y prolongada,
- prepararse para afrontar con serenidad, paz y esperanza el ocaso que es el alba de la Vida” (FP, n. 92).

10. Oremos por nuestros difuntos.

Epílogo: Retomar la vida

Al finalizar estas páginas, uno comprende que tiene que volver a retomar la vida. Muchas cosas se han dicho a lo largo de estas páginas. Se ha presentado una espiritualidad que ha pasado por el discernimiento y se ha buscado la metodología conveniente para llevar la espiritualidad a la práctica, a la vida personal. Ahora, con la gracia de Dios, con su amor salvador, con su divina misericordia, hay que volver a retomar la vida, a vivirla profundamente, como el Señor quiera.

¿Qué es retomar la vida? Muy sencillamente:

1. Volver a los sentimientos básicos que han aparecido al leer cada uno de los capítulos de este libro. Es decir, volver a las experiencias fontales, p.e., “El Señor es el lote de mi heredad”; pero, al mismo tiempo, procurar vivir y dar a conocer la Buena Noticia que se nos proclama en el Sermón del Monte.
2. Es también vivir en continuo discernimiento para agradar en todo al Señor y hacer en todo su querer. La vida cristiana hay que vivirla así. El discernimiento no es algo puntual, es la manera de vivir en cristiano. No hay que dejarse llevar por los ideales, sino partir siempre de nuestra auténtica realidad. Realismo frente a idealismo. Después de lo que hemos vivido, de lo que ha sido nuestra vida, no podemos estar pendientes de idealismos que no han dado fruto alguno, lo que sólo han logrado es que nos encontráramos con nuestra verdadera realidad.
3. Hay que caer en la cuenta qué experiencias concretas me permiten hacer la síntesis de las bipolaridades que aparecen en la vida:
 - Verse pobre y no extrañarse de la propia realidad, de lo lejos que estamos de la configuración con Jesús.

- Sentirse pobre y, al mismo tiempo, esperar todo de Dios.
 - Conocer la realidad de mi torpeza en las cosas de Dios y, sin embargo, estar en sus brazos, amándole con todo el ser.
 - Sentirse libre y, no obstante, ver cómo la libertad se hace obediencia de amor.
4. Es tomar la vida para entregarla totalmente a la voluntad del Padre. Retomar de una manera más responsable, libre y voluntariamente, la vocación esencial que es la actitud básica de hacer la voluntad de Dios. Es fundamental vivir la existencia desde la indiferencia espiritual, volver a plantar la vida en la voluntad de Dios.
 5. Finalmente, asumir e integrar la vocación específica con la vocación personal si ya se ha encontrado (se nos ha dado a conocer), es decir, sabemos cuál es nuestro puesto en la Iglesia. A veces se puede conocer claramente ese puesto, como en Teresa de Lisieux, otras, lo vivimos inconscientemente, porque así es el designio de Dios sobre nosotros. Pero desde el puesto que sin saber estamos ocupando en la Iglesia, nos configuramos con Jesús y trabajamos por la extensión del Reino, que es lo que Dios quiere de nosotros.

Gracias sean dadas a Dios por lo que hace en nosotros, lo conozcamos o no. Sea bendito por siempre nuestro Dios.

La vida pasa por muchos momentos distintos en el camino de la configuración con Jesús. A continuación indicamos algunos textos bíblicos indicando la situación en la que nos pueden ayudar. Pondremos un texto bíblico breve, pero indicaremos el capítulo del libro bíblico del que ha sido sacado para que se pueda uno extender en el gozo de la Palabra.

1. *En momentos tristes*: “No estéis agitados; fiaos de Dios y fiaos de mí. La casa de mi Padre tiene muchos aposentos. Si así no fuera, ¿os habría dicho que voy a prepararos un sitio? Cuando vaya y os lo prepare volveré para llevaros conmigo; así donde esté yo, estaréis también vosotros” (Jn 14, 1-3 y todo el capítulo).
2. *Si sabemos que hablan mal de nosotros*: “A ti, Señor, te invoco; Roca mía, no seas sordo a mi voz; que, si no me escuchas, seré igual que los que bajan a la fosa. Escucha mi voz suplicante,

- cuando te pido auxilio, cuando alzo las manos hacia tu santuario” (Sal 27, 1-2 y todo el salmo).
3. *Cuando estamos angustiados*: “Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces” (Sal 50, 1-3 y todo el salmo).
 4. *Cuando estamos preocupados*: “No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos” (Mt 6,34).
 5. *Cuando estamos en peligro*: “Aunque germinen como hierba los malvados y florezcan los malhechores, serán destruidos para siempre. Tú en cambio, Señor, eres excelso por los siglos. Porque tus enemigos, Señor, perecerán, los malhechores serán dispersados; pero a mí me das la fuerza de un búfalo y me unges con aceite nuevo. Mis ojos despreciarán a mis enemigos, mis oídos escucharán su derrota” (Sal 91, 3-7 y todo el salmo).
 6. *Cuando nos parece que Dios está lejano*: “Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento, protege mi vida del terrible enemigo; escóndeme de la conjura de los perversos y del motín de los malhechores... El justo se alegra con el Señor, se refugia en él, y se felicitan los rectos de corazón” (Sal 63, todo el salmo).
 7. *Cuando uno se siente solo y con miedo*: “El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre... (Sal 22, todo el salmo).
 8. *Cuando uno necesita amar*: “El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal; no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre” (1Cor 13, 4-7 y todo el capítulo).
 9. *Cuando sabemos el secreto de la felicidad*: “Fue él quien os asoció a su resurrección por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó a él de la muerte; y a vosotros, muertos como estabais por

vuestros delitos y por no extirpar vuestros bajos instintos, Dios os dio vida con él, perdonando todos nuestros delitos, cancelando el recibo que nos pasaban los preceptos de la ley; éste nos era contrario, pero Dios lo quitó de en medio clavándolo en la cruz” (Col 3-12-17).

10. *Cuando tiene que aumentar en nosotros la confianza:* “¿Cabe decir más? Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra? Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo es posible que con él no nos regale todo? ¿Quién será el fiscal de los elegidos de Dios? Dios, el que perdona. ¿Y a quién tocará condenarlos? A Cristo Jesús, el que murió, o, mejor dicho, resucitó, el mismo que está a la derecha de Dios, el mismo que intercede en favor nuestro. ¿Quién podrá separarnos de ese amor de Cristo? ¿Dificultades, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada?... Pero todo esto lo superamos de sobra gracias al que nos amó. Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes ni altura ni abismos ni ninguna otra criatura podrá separarnos de ese amor de Dios manifestado por Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 8, 31-39).

A Dios honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

